



Universidad de Chile
Facultad de Ciencias Sociales
Magíster en Ciencias Sociales, mención Sociología
de la Modernización

LA LECTURA DE LIBROS EN CHILE

Una práctica cultural dispuesta por el gusto

Tesis para optar al grado de Magíster en Ciencias Sociales,
mención Sociología de la Modernización

CRISTÓBAL MOYA

Profesora guía: Dra. Marisol Facuse

Julio de 2013

Índice

Índice	2
Introducción.....	6
La lectura de libros desde una perspectiva sociológica: el circuito social de la lectura de libros	10
1. Hacia un modelo comprensivo de las prácticas lectoras	10
2. Lo social en la lectura de libros	12
<i>2.1. Niklas Luhmann, la escritura como logro evolutivo</i>	<i>14</i>
<i>2.2. Jürgen Habermas, los libros como aporte al mundo de la vida</i>	<i>21</i>
<i>2.3. Pierre Bourdieu, la lectura de libros como práctica cultural.....</i>	<i>26</i>
3. El circuito social de la lectura de libros.....	33
Los discursos institucionales sobre la lectura en Chile: entre el placer y el desarrollo	41
1. Los discursos institucionales sobre la lectura como parte del circuito.....	41
2. La cultura escrita y su relevancia histórica: los libros y la lectura.....	42
3. La necesidad de la lectura: desarrollo social y económico.....	45
4. ¿El gusto a la base del desarrollo?	53
5. Discusión.....	58
Los obstáculos a la lectura de libros en Chile: el gusto como un nuevo factor	61
1. Los obstáculos a la lectura de libros en Chile	61
2. Las prácticas culturales en Chile, el orden de los libros y la lectura en un nuevo escenario	64

2.1. <i>El universo de las prácticas culturales</i>	64
2.2. <i>El orden de los libros y la lectura</i>	66
3. El gusto por la lectura	68
3.1. <i>El gusto por la lectura como un nuevo factor</i>	68
4. Hipótesis, Datos y Análisis	70
4.1. <i>Muestra</i>	71
4.2. <i>Variable dependiente y método</i>	71
4.3. <i>Variables independientes</i>	72
5. Resultados	73
5.1. <i>Análisis bivariado</i>	73
5.2. <i>Análisis multivariado</i>	75
6. Discusión	78
Conclusiones	80
Bibliografía.....	85

A Soledad, Diego y Leonardo

Agradecimientos

Son muchos los que debería mencionar aquí, todos aquellos que en mayor o menor medida hicieron posible este trabajo, pues toda producción social es tributaria de unos esfuerzos colectivos.

En primer lugar, le agradezco a la Fundación Volcán Calbuco por la beca que me dieron, sin la cual no podría haber entrado al mundo de las ciencias sociales. Mi gratitud es enorme por la oportunidad otorgada. Le agradezco especialmente a mi profesora guía, Marisol Facuse, quien fue una especie de Virgilio que orientó mis primeros pasos en la sociología. En ella siempre encontré consejos, sugerencias y apoyo. Más allá, de ella aprendí una serie de valores que, como veo hoy, no pueden ser dejados de lado en la vida académica. También le expreso mi gratitud al profesor Omar Aguilar, por poner a mi alcance el núcleo de la sociología y mostrarme los rendimientos de un proceder riguroso.

Quisiera agradecer también a mis amigos que estuvieron cerca en la realización de esta investigación, Milenko, Nelson y Nicolás. Les agradezco por los incansables momentos de discusión y esparcimiento. Mi gratitud es mucha para quien me acompañó por casi todo este proceso de aprendizaje e investigación, Stefania. A ella mis más sinceros y afectuosos agradecimientos.

Introducción

Al observar el mundo actual se hace evidente que estamos frente a un mundo lector, especialmente si lo consideramos en relación con el panorama de hace un siglo. El saber leer es cada vez más requerido en la vida social y se constituye como una de las competencias básicas que se espera transmitan los sistemas educacionales. La lectura y la escritura se expanden a lo largo de la historia en términos de su uso y apropiación por distintos sectores sociales. Si bien algunos ámbitos como las leyes y la religión ya habían sido codificados escrituralmente en la Antigüedad, ahora se trata de generar un acceso amplio a este código tan distinto y, a la vez, tan parecido al habla. Pues la lectura y la escritura aparecen conjuntamente dentro de la cultura escrita, tributaria de la comunicación lingüística, siendo en muchas ocasiones dos momentos del mismo fenómeno. Los distintos usos de la lectura y la escritura varían según el contexto espacial y temporal (Carvallo y Chartier, 1998), así como según las capacidades que proveen para los contextos determinados. Hacia finales del siglo XX ya se destacaba la importancia que tendría el conocimiento y la información en las formaciones sociales, donde, por tanto, la lectura y la escritura se consideran como herramientas fundamentales para transmitirlos. No es menor, en este sentido, que en la misma época se haya dado el *giro lingüístico* en el seno de las ciencias humanas, relevando la relación entre lenguaje, pensamiento y sociedad.

Dentro de los medios de lectura se encuentra un rico acervo de soportes: pergaminos, folletos, grafitis, pantallas electrónicas, libros, entre varios otros. Los desarrollos en la reproductibilidad técnica desde el siglo XV le han dado preeminencia a los medios impresos, dentro de los cuales los libros han tomado un lugar privilegiado, manteniéndose vigentes hasta la actualidad. A través de una larga historia, desde el códice manuscrito hasta los *bestseller* en formato electrónico, pasando por las novelas de bolsillo y los libros de divulgación científica, los libros han sido paradigmáticos en la evolución de la cultura escrita dentro del mundo occidental. Preguntas tales como ¿qué hace del libro un soporte tan exitoso?, ¿cómo se justifica su lugar privilegiado en la actualidad, si es que es tal? o ¿cuál es la especificidad de la lectura de libros en tanto práctica cultural? son exploradas en la presente investigación.

La preocupación por la lectura, y en especial la lectura de libros, ha estado presente en organismos nacionales e internacionales, tales como el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC), que han vinculado la lectura de libros al nivel de desarrollo social y económico de los países desde finales de la década de los 60. El problema de la lectura, así, se encuentra dentro de las tareas que la sociedad se asigna a sí misma como aliciente para su propio sostenimiento y progreso. Por otra parte, en el ámbito internacional hay diversos estudios que muestran a la lectura de libros, como a las prácticas culturales en general, caracterizadas por su realización restringida, segmentada por distintos fenómenos, como las credenciales educativas o los recursos económicos. La obra del sociólogo Pierre Bourdieu, *La distinción*, marca un hito al respecto, estableciendo las bases sociales del gusto que, en tanto sociales, tienen pautas comunes que orientan las prácticas como la lectura de libros en el espacio social. De tal manera, la cuestión del desarrollo provisto por la lectura de libros se encuentra cruzada por el problema de la desigualdad.

La pregunta que originó esta indagación, en efecto, se relacionaba con la desigual distribución de la lectura de libros y la posibilidad de una explicación plausible para aquello. Por lo mismo, el estudio de la lectura de libros que se busca desarrollar en las páginas siguientes excede la consideración de esta como una actividad de transmisión de significados; se trata de comprenderla como una práctica inserta en un marco social, donde produce y reproduce diferencias y distinciones, que contiene una dimensión simbólica asociada a posiciones de *status*, y que está siempre en relación con el espacio social, especialmente con las otras prácticas culturales que toman forma allí. El ejercicio que se busca realizar aquí es particularmente difícil al provenir de una institución académica que, casi por antonomasia, defiende la legitimidad y la necesidad cultural de los libros. La posibilidad de caer en una apología de los libros se evita no sólo con la pretendida distancia del investigador hacia su objeto, sino que también con la explicitación de este riesgo normativo. Como se analizará más adelante, son numerosos los discursos que pregonan las virtudes de la lectura y que llaman activamente a realizarla. No es este el propósito de la presente investigación, sino dar cuenta de cómo la lectura de libros se constituye discursivamente como una práctica relevante, así como se busca caracterizar con mayor detención los obstáculos que mantienen distanciados a ciertos segmentos de la sociedad de esta práctica.

En el contexto chileno se ha estudiado a los libros y la lectura, aunque no profusamente. Se ha abordado la relación de estos con las políticas culturales y el Estado (Martínez, 2004; Salas, 2010), se han hecho diversos estudios cuantitativos, siguiendo el modelo de las encuestas de la década de los 70 en Francia (CNCA, 2009; 2011; Fundación La Fuente, 2006; 2008; 2010), así como se han analizado los determinantes de la lectura de libros (Cociña, 2007), o la relación de esta con el *status* (Torche, 2007), incluso las diferencias entre leer en papel y en pantalla (Peronard, 2007), y en menor medida ha habido exploraciones cualitativas (Girardoni, 2006; CISMO, 2009). También se cuenta con una historia del libro en Chile (Subercaseaux, 2010). En general, se constata una falta de profundización en la comprensión misma de la lectura de libros como una práctica de raigambre social y queda de manifiesto que hay una serie de temas no cubiertos todavía, tales como el análisis de los tipos de lectores y no lectores, el gusto por la lectura, los principios que lo orientan, entendidos, por ejemplo, desde una crítica ordinaria, las trayectorias de lectura durante la vida, entre varios otros.

En esta línea, la presente investigación se propone avanzar en la caracterización del sustrato social de la lectura de libros, para lo que se propone en el primer capítulo un modelo de análisis denominado Circuito social de la lectura de libros. Esto se hace a partir de los aportes de la teoría social, para lo que Niklas Luhman, Jürgen Habermas y, especialmente, Pierre Bourdieu, son los referentes utilizados. Este primer análisis nos conduce a la consideración insoslayable e irreductible del nivel social en el estudio de la lectura de libros. Difícilmente un análisis que no lo considere podrá describirla o explicarla adecuadamente. Este nivel es inevitable en el sentido de que, incluso si se quiere indagar en la relación más individual de un lector y su lectura, esta relación se encuentra mediada socialmente y supone una incorporación de la sociedad tanto en el lector como en la lectura.

Luego, en el segundo capítulo, a partir de los discursos institucionales de organismos gubernamentales y no gubernamentales, nacionales e internacionales, así como corporaciones privadas, se reconstruye la lógica que justifica el fomento de los hábitos lectores. Aquí se hace evidente que existe una contradicción a la base de las intenciones por expandir la lectura de libros en la sociedad. Si bien esta sería necesaria porque es capaz de aportar desarrollo económico y social, según se diagnostica en los discursos, la manera adecuada y duradera de expandirla es creando una voluntad de asir los libros y de apropiarse

de ellos a través de la lectura, en definitiva, la creación de un gusto por la lectura. El gusto, en tanto disposición de los agentes, se contrapone a una imposición y, en especial, a una imposición concertada y planificada en lo que respecta a su producción. Ya que el gusto ha mostrado distribuirse desigualmente según patrones sociales, que responden a condiciones estructurales como el nivel educacional y los recursos económicos, cualquier intento de creación de dicha disposición aparece como insuficiente si no apunta a tales factores estructurales.

Por último, en el tercer capítulo se tratan los “obstáculos” a la lectura de libros, a partir de una serie de modelos logit. Se pone especial atención en el gusto por la lectura que, finalmente, muestra ser el mayor determinante de la lectura de libros, reduciendo incluso el efecto del nivel educacional. Además, aparece como factor que favorece la lectura de libros el usar internet, mientras que, en contraste, el preferir ver televisión en el tiempo libre y el ser hombre desfavorecen la práctica en cuestión. También se constata que a mayor edad hay menos posibilidades de ser lector de libros. Es de mayor importancia el hallazgo de que el gusto por la lectura no se supedita al nivel educacional, ya que nos lleva a considerar cuál es la naturaleza social del gusto por la lectura, si no se sostiene principalmente sobre el nivel educacional.

A modo de hipótesis de trabajo esta investigación plantea que existe una distribución desigual de la lectura de libros en el contexto nacional, y que una de las principales barreras de acceso a la práctica es, precisamente, el gusto. Aquello desemboca en la existencia de grupos lejanos a la lectura de libros que no claman por entrar en ella, sino que se sitúan en un mundo aparte, donde la lectura de libros aparece como una práctica anómala, que simplemente no corresponde al mundo personal.

La lectura de libros desde una perspectiva sociológica: el circuito social de la lectura de libros

El lector está siempre preparado para convertirse en escritor.

Walter Benjamin

[El sociólogo] ni puede ni quiere reemplazar al político en la definición de los fines (por ejemplo, hacer que el 80 por ciento de los adolescentes accedan al bachillerato o el 100 por ciento de los niños escolarizados al dominio de la lectura); pero puede recordar las condiciones económicas y sociales para el logro de estos fines a quienes los proponen con pleno desconocimiento de causa, y que así se exponen a conseguir resultados opuestos a los que creen perseguir.

Pierre Bourdieu

1. Hacia un modelo comprensivo de las prácticas lectoras

La lectura de libros ha sido abordada a partir de variadas perspectivas, desde los estudios cognitivos, pasando por investigaciones bibliotecológicas, hasta estudios sociales e históricos. Cuando optamos por analizar la lectura de libros desde la sociología y, en particular, como una práctica social, nos enfrentamos a una serie de disyuntivas. En primer lugar, han de considerarse los réditos que se pueden extraer de este ejercicio para producir un conocimiento más acabado sobre la lectura. No existe *la* manera de abordar la lectura de libros desde la sociología, muestra de aquello son los desarrollos europeos y norteamericanos del siglo XX que pusieron distintos énfasis en el estudio de ésta; así, por ejemplo, algunos privilegiaron su dimensión literaria (Goldmann, 1965; Escarpit, 1962), otros la relación con el gusto (Schücking, 1960), a la vez que coexistían con enfoques centrados en los lectores y sus diversas clasificaciones.

Hay un paso analítico previo que debe ser considerado en el estudio de la lectura de libros, relativo a la constitución de la lectura de libros como algo que acaece en un contexto propiamente social. ¿Las lecturas son decididas por los lectores, de manera individual? ¿Hasta qué punto la lectura de libros está determinada por factores estructurales? En una primera mirada a la lectura de libros nos encontramos con su sustrato social y la necesidad de situarla como un proceso cruzado por la social, expuesto, por tanto, a las fuerzas de los

agentes y de las estructuras. De tal manera, examinar la lectura de libros desde la sociología implica tomar una posición sobre la articulación de lo social, parándose en los hombros de las elaboraciones teóricas previas. Para esto, debe considerarse, explícita o implícitamente, el dualismo agencia y estructura (Archer, 2009), aproximándonos, consecuentemente, al cuestionamiento por *lo social*; es así como una primera mirada a la lectura de libros debe tomar forma. Aunque escapa con creces al objetivo de este capítulo el encontrar una salida a los diversos caminos de este dualismo, su consideración sí ha de traer réditos para la comprensión de la lectura de libros.

De lo que se trata aquí es de examinar distintas articulaciones posibles de la teoría social con las que se puede comprender la lectura de libros en la sociedad –entendiendo esta como su marco primero–, con tal de construir una perspectiva adecuada para la explicación y comprensión de esta. Cabe considerar que hay elementos gravitantes alrededor de la lectura de libros que entran en juego y que han de tenerse en cuenta para esta tarea, al estar directa o indirectamente relacionados. Como marco general, estos se agrupan en torno al prolífico tema de la cultura escrita, donde se considera el desarrollo de la escritura, la imprenta, los manuscritos, los sistemas de codificación, entre varios otros, así como lo que respecta a la comunicación, donde aparece la pragmática, la teoría del significado, la hermenéutica, etc. En este sentido, son muchas las teorías que pueden ser un aporte para el presente estudio. Hemos de revisar las que presentan un mayor poder explicativo tanto para la tarea de reflexionar sobre la lectura de libros desde la teoría social, así como por las que aporten elementos sustantivos para dar cuenta de la constitución de esta práctica en otros niveles. En este sentido, las teorías y autores revisados se basan en los criterios del aporte de estos a la teoría sociológica contemporánea, así como a la posibilidad de extraer rendimientos de estos para nuestro objeto particular.

En el presente capítulo, entonces, se presentan primero consideraciones sobre la lectura de libros en relación a su rol en la sociedad, desde la perspectiva de tres autores: Niklas Luhmann, Jürgen Habermas y Pierre Bourdieu. Tales consideraciones desde la teoría social permiten avanzar hacia la comprensión de la lectura de libros como una actividad que necesariamente acaece y toma forma en la sociedad, vale decir, una donde lo social se constituye como un nivel insoslayable e irreductible respecto a cualquier otra dimensión

presente en esta. A partir de los mismos autores, buscamos réditos para la discusión sobre la constitución de la lectura de libros entendida como portadora de cierto componente activo en este contexto, ya sea como acción o práctica social. Al esclarecer la relación de la lectura de libros con lo social se abre el camino para una construcción conceptual que sustente el análisis de la lectura de libros. Con esto, entonces, se construye un modelo comprensivo para la lectura de libros como práctica inserta en la sociedad, al que denominamos *circuito social de la lectura de libros* y que busca proveer un esquema de análisis primero a la hora de profundizar en los estudios de la lectura de libros, pero que en ningún caso ha de agotar las posibilidades de indagación. Este circuito no sólo considera los aportes teóricos y de la investigación aplicada, sino que se orienta también desde y hacia la práctica. El objetivo de éste es ordenar y ampliar la posibilidad de análisis sobre la lectura de libros.

2. Lo social en la lectura de libros

La sociología de la lectura empieza como tal avanzada la segunda mitad del siglo XX, teniendo un enorme auge en Francia en la década de los 80. Esto tiene dos mayores implicancias: es un enfoque de estudio que viene de Europa y tiene como referente empírico la realidad europea (también la estadounidense, parcialmente); y es relativamente reciente, en tanto es desde esta década en Francia que se trabaja con mayor rigurosidad el problema de la lectura, por ejemplo, a través de las encuestas sobre la lectura y los libros (Poulain; en Lahire, 2004b). Este enfoque, sostenido por este tipo de encuestas (“¿Cuántos libros lee al año?”, “¿Lee novelas policíacas?”, etc.), ha sido el dominante en general. Es importante hacer notar que la sociología de la lectura que se describe está marcada por una preocupación sobre lecturas y libros literarios, y cuando se piensa en fomentar las lecturas, o en medir lecturas y libros, es generalmente pensando en la literatura. Los acercamientos de la sociología de la literatura, como los de Goldmann (1965) o Escarpit (1962), donde se hace patente que no sólo la literatura es un producto social, sino que la literatura también es capaz de mostrar la sociedad, mucho más allá de los designios del autor individual, son otra arista de la preocupación social por la literatura.

El enfoque del consumo cultural se ha comenzado a cuestionar, no en un sentido de dejarlo de lado, sino más bien en el de marcar su insuficiencia y la necesidad de encontrar nuevas aproximaciones (Lahire 2004b), por ejemplo, avanzando en términos de ajustar los

procedimientos metodológicos y ahondando en la distribución de las lecturas o en la clasificación de estas. En tal sentido, Lahire piensa que: “una sociedad no puede dotarse de una fotografía realista del estado de la democratización de las prácticas, competencias y objetos culturales fuera de toda medida estadística rigurosa y analizada de las variaciones entre los diferentes grupos o clases” (2004b: 12), a la vez que menciona el énfasis por el consumo cultural prevaeciente en los estudios sobre lectura. Este enfoque del consumo cultural es insuficiente para él, ya que “la reflexión sobre las desigualdades sociales respecto del acceso al material impreso (en especial al libro) es necesaria, pero no debemos olvidar que la lectura no es una práctica homogénea en todo lugar y espacio social” (2004b: 179), de forma que “es un error considerar que un lector obrero, que lee menos de cinco libros por año, vive «en versión limitada» o «con menor intensidad» la misma experiencia que el lector universitario que lee más de 25 por año” (2004b: 179), estas reflexiones son motivadas por un error común en el análisis de estos estudios de consumo cultural ya que:

En materia de análisis de las prácticas de lectura de grupos sociales específicos (clase social, edad, sexo) el error teórico y metodológico más frecuente consiste en considerar una realidad social como hipóstasis de categorías fijas como «literatura popular», «literatura intelectual», «literatura juvenil», etc. (2004b: 180)

Para Lahire, el trabajo del sociólogo consiste en “esforzarse en reconstruir las formas de experiencias específicas que viven los lectores socialmente diferenciados en su contacto con las obras o categorías de obras” (2004b: 181). (Re)construir desde las prácticas, y no al revés. Desde un enfoque distinto, como el de los *empirical literary studies*, también podemos encontrar la preocupación por relevar una dimensión social en la lectura. En este enfoque, Allington y Swann creen que estudiar la lectura como una práctica social implica indagar en las formas en que esta está sujeta a determinantes sociales o institucionales de lo que está disponible para leer, así como de lo que vale la pena leer y de cómo esto ha de leerse (2009: 220).

En definitiva, estos enfoques relevan la necesidad de considerar lo social al momento de estudiar la lectura de libros. A continuación abordaremos esta dimensión desde la perspectiva de tres autores: Niklas Luhmann, Jürgen Habermas y Pierre Bourdieu. La selección de estos autores se basa en la relevancia que tienen en los desarrollos de la teoría sociológica contemporánea y en la posibilidad de extraer rendimientos para el análisis de la lectura de

libros que proveen. No obstante los dos primeros autores no han abordado de manera directa el problema de la lectura, sí van a dar pie para una reflexión sobre la relación de la lectura de libros y la sociedad, como veremos más adelante. Este ejercicio busca desentrañar las relaciones de la lectura de libros en tanto realización social, así como los principios y mecanismos que estarían a la base de su producción.

2.1. Niklas Luhmann, la escritura como logro evolutivo

Desde la perspectiva de Luhmann, lo propiamente social es la comunicación (Luhmann, 1998) que consiste, básicamente, en la síntesis de tres selecciones: notificación, información y comprensión. Estas selecciones dan paso a una unidad emergente, que es la comunicación. El modelo lingüístico utilizado por el sociólogo alemán no es un modelo de transferencia, como se ha entendido convencionalmente a la comunicación, y el que las comunicaciones sean aceptadas o rechazadas, en tanto selecciones notificadas de sentido, es indiferente. Aun así, la comprensión es fundamental para la comunicación. El análisis de lo social se realiza a partir de la observación de sistemas sociales que tienen una estructura particular, la que se lleva a cabo desde las acciones que dejan ver al sistema. Una distinción fundamental es la que se da entre el sistema –cuyos límites son de sentido– y su entorno.

Esta distinción también funciona, a su modo, dentro del sistema. El distinguir entre sistema y entorno al interior del sistema mismo lleva, a lo largo de la evolución, a la constitución de nuevos sistemas al interior de la sociedad, en tanto reducción de complejidad. Estos se encuentran especializados en determinados problemas sistémicos y, según el nivel de evolución social, pueden llegar a ser autorreferenciales y autopoieticos. La teoría de la evolución social de Luhmann se apoya, así, en el concepto de diferenciación funcional. Según este concepto, sólo algunas formas funcionalmente equivalentes de diferenciación social han llegado a desarrollarse debido a que las posibilidades de diferenciación son reducidas por la cadena de selecciones en la comunicación que la anteceden y que limitan y orientan las selecciones del presente y el futuro. Desde la perspectiva de la teoría de los sistemas sociales luhmanniana no se dan constantes estructurales en el proceso de evolución, entendidas como soluciones únicas a problemas únicos. Entre causa y efecto no hay relaciones invariables (Luhmann, 1973).

De tal forma, el sistema no requiere de estructuras invariables para enfrentar las perturbaciones del ambiente, no hay instituciones sociales inamovibles o trascendentales. La única constante es la necesidad de mantener una diferencia de complejidad con el entorno, donde el sistema logra reducir complejidad a través de operaciones. En este sentido, es paradójico que como operación de reducción de complejidad, mediante la diferenciación sistémica, los subsistemas que se constituyen son fuente de nueva complejidad, lo que exige consecuentemente más reducción de complejidad. Esto es precisamente la evolución sociocultural y para esto el desarrollo de la escritura, que supone la lectura, es fundamental (Luhmann, 2002). En especial, marca un hito el desarrollo de una reproducción técnica-comunicativa muy superior, como fue la posibilitada a través de la imprenta y luego la informática, que extiende el alcance de las comunicaciones sustancialmente, haciendo disminuir, a su vez, uno de los obstáculos que hacen altamente improbable la comunicación, relacionado con la extensión física y temporal de la comunicación. La figura que viene a cristalizar la lectura en este orden de cosas es, precisamente, el libro. En palabras de Luhmann:

“La adquisición evolutiva más importante producida por la separación de las dimensiones del sentido estriba en la introducción de la escritura. Mediante la escritura, la comunicación se mantiene independiente de la memoria viva de los participantes, y aún más independiente de la interacción en general. La comunicación puede llegar hasta los no presentes y seleccionarse a voluntad, sin que medien para tal efecto cadenas de interacción (mensajeros, rumores, narradores). Aunque la comunicación, hoy como antaño, exige la acción, se desliga de sus efectos sociales desde el momento de su primera aparición y formulación. Con ello, la capacidad de variación puede elevarse mediante el uso de lo escrito, ya que se descarga de la presión inmediata de la interacción. Se formula para situaciones sociales imprevisibles en las que no es necesario estar presente. Esto significa también que la orientación objetiva y la orientación social se diferencian una de otra, y en este sentido resulta posible la filosofía (comunicación resultado del placer de la cosa misma). Aquí van de la mano grados de libertad más altos, contingencia más elevada, invariancia y variabilidad superiores. Lo escrito, por lo pronto, se mantiene estable; se cambia sólo cuando se le quiere cambiar, si justamente es lo que se quiere” (Luhmann, 1998, p. 100)

De tal forma, la escritura y la imprenta transforman la comprensión misma de la noción de comunicación: “la llegada de la escritura y, sobre todo, la llegada de la imprenta pudieron haber cambiado el sistema de comunicación de modo que requiere una nueva comprensión de la comunicación, y una nueva comprensión requiere conceptos reformulados” (Luhmann, 2002, p. 17). El tiempo es una dimensión del sentido que va limitando y posibilitando el desarrollo de los sistemas sociales (Luhmann, 1998, p. 92) y, por lo tanto, marca fuertemente la evolución social. La escritura y la lectura, así, marcan un punto de inflexión para el sistema

societal en su desarrollo evolutivo, reestructurando su componente basal, vale decir, la comunicación.

Luego de distinguir entre sociedades segmentarias y sociedades estratificadas, según su tipo de diferenciación, aparece un tercer tipo de diferenciación social distinguible en la evolución social que permite el surgimiento de las sociedades funcionalmente diferenciadas. En éstas los procesos de comunicación son organizados como una red en torno a funciones específicas. Se presenta una descentración de la sociedad a partir de la especialización de sistemas parciales, orientados a determinadas funciones societales. En este proceso de mayor diferenciación funcional, eminentemente moderno, la escritura y su consecuente transformación de la comunicación tal como existió antes, toma un rol central. A medida que la diferenciación funcional se acrecienta, tales sistemas se vuelven autónomos, cerrando su ambiente gracias a la codificación de sus operaciones. Por lo tanto, se constituyen autorreferencialmente, de forma tal que cada sistema desarrolla sus propios códigos y programas, según se especialice en determinada función. Hablamos, así, de sistemas operacionalmente cerrados a su ambiente.

Los principios de autoselección en la formación de estos sistemas funcionales incluyen simultáneamente la desigualdad y la igualdad. Existe desigualdad en la medida que ningún sistema funcional puede ser reemplazado por otro, así como hay igualdad en el acceso equitativo a todos los sistemas funcionales; esta diferenciación es la que se da en la sociedad moderna. Son sistemas parciales funcionalmente diferenciados la educación, la política, la ciencia, la economía, la salud, el sistema jurídico, la religión, la familia y el arte. Cada uno de ellos posee una función específica, respondiendo a un problema para el que resulta una solución equivalente desde un punto de vista funcional. Así, por ejemplo, el sistema económico responde al problema de la escasez, el sistema político al problema del consenso, el sistema científico al problema del conocimiento, etc. A este nivel de diferenciación social, los procesos comunicativos que transmiten las selecciones o posibilidades actualizadas por el sistema descansan en lo que Luhmann denomina medios de comunicación simbólicamente generalizados. En la sociedad moderna no se da un predominio de alguno de estos sistemas parciales funcionalmente diferenciados, pues todas las funciones pueden satisfacerse de manera independiente.

Este alto nivel de diferenciación funcional y la consecuente creación de subsistemas sociales capaces de satisfacerse a sí mismos se posibilita con el desarrollo de la escritura, gracias al aumento de complejidad en la comunicación: “Obviamente el potencial de la escritura/lectura incrementa la cantidad de incertidumbre y la necesidad correspondiente de interpretación, incluyendo los mecanismos semánticos para controlar las interpretaciones de antemano” (Luhmann, 2002, p. 14). Es en este sentido que un texto escrito crea, al condensar y confirmar la escritura, un inmenso potencial para textos aún no escritos. Así, por ejemplo, “La Sagrada Escritura se pone en peligro a sí misma. Necesita especial protección al declarar enfáticamente su propia sacralidad. Necesita sabiduría” (Luhmann, 2002, p. 11), por lo mismo que se hacen necesarios observadores de segundo orden capaces de resguardar su sacralidad. Esto nos permite ver las improbabilidades evolutivas de la escritura y los modos en que la evolución se las arregla para resolver problemas específicos, tales como la distinción entre comunicación oral y comunicación escrita. De tal forma, lo que aparece primero como el problema de la incertidumbre se convierte en un potencial para la incertidumbre. La escritura se presenta como una nueva *forma* del lenguaje, alojada en otro *medio*:

“La invención de la escritura necesitó, ante todo, crear una segunda forma de lenguaje al usar el medio óptico de percepción. Tuvo que diseñar cosas artificiales que pudieran distinguirse de las cosas naturales tan fácilmente como los ruidos lingüísticos pueden distinguirse de otros ruidos. El primer problema era la discriminación perceptual. ¿Pero cómo alguien podría recordar todas estas señales artificiales y lo que significan, a no ser como un equivalente del lenguaje, o incluso como una segunda forma de lenguaje? Inicialmente, pudieron existir formas no lingüísticas de escritura, pero sin capacidad para desarrollar alta complejidad. Siguieron siendo registros con propósitos específicos. La solución —que combina lo efímero del medio acústico con la durabilidad relativa del medio óptico, en ambos casos para especiales y distinguibles acoplamientos rígidos apropiados al medio correspondiente— fue la *duplicación del lenguaje* en dos formas de percepción, siendo y permaneciendo el lenguaje en sí mismo un medio, un repertorio libremente acoplado de posibilidades para construir acoplamientos rígidos, de frases con un sentido restringido” (Luhmann, 2002, p. 12)

Así, con la llegada de la escritura lo que cambia es el *modo de observación*, ya que medios acústicos y ópticos —comunicación oral y escrita— representan el mismo mundo y el lenguaje refiere a los mismos objetos. Con la escritura, entonces, los mismos fenómenos pueden ser vistos o referidos de un modo distinto, a través del mismo lenguaje. Es esta diferencia en la referencia a lo mismo la que impulsa la evolución social a umbrales de mayor complejidad

(Luhmann, 2002, p. 12). Marca el inicio de las culturas letradas y conduce a nuevos niveles de reflexividad, al incluir las posibilidades de observar observadores como observadores.

En términos evolutivos, en un primer momento la comunicación tenía que apoyarse en la memoria individual. La escritura comienza utilizándose como apoyo y sustituto de la memoria personal, ayudando a la comunicación, pero no conduciéndola. En este momento, la función social de la escritura no era la información, sino la prueba, ya sea como envíos, contratos o la redacción exacta de un mensaje que el mensajero tenía que transmitir oralmente (Luhmann, 2002, p. 7). Esto sería distinto en Oriente, especialmente en China donde la escritura se habría desarrollado de otra manera: “Aquí, se podría decir, la lectura se introdujo antes de la escritura”, ya que las prácticas adivinatorias altamente desarrolladas y complejas utilizaban “en parte huesos calentados, en parte caparazones de tortuga intencionalmente preparados, para resaltar hendiduras en forma de garabatos que eran repasadas trazando líneas, y luego se leían e interpretaban los presagios favorables o desfavorables de lo desconocido”, de forma tal que “en unas cuantas décadas, la escritura pudo desprenderse de los huesos y las tortugas [...] por una suerte de mutación evolutiva de la forma” (Luhmann, 2002, p. 7-8). En cualquier caso, la forma escritura en el ámbito de la comunicación se da como la distinción entre comunicación oral y escrita.

Hasta el paso decisivo que marca la invención de la imprenta, la comunicación siguió siendo oral, aunque más o menos nutrida por textos escritos, no obstante ya se encontraban disponibles memorias escritas. Incluso en la actualidad hay una dificultad al expresar la unidad de la comunicación oral y escrita, “El término *comunicación*, a menos que se diga lo contrario, apunta a la comunicación oral, la que automáticamente pensamos como un juego de dos personas. Esto puede extenderse a la escritura epistolar. Para la comunicación impresa, sin embargo, resulta completamente inadecuado” (Luhmann, 2002, p. 8). El desarrollo de la modernidad conlleva un desplazamiento del lugar de la escritura:

“Pero el impacto de la escritura en los problemas cada vez más complejos de la comunicación oral siguió limitándose al discurso público (esto es, político) y no alcanzó el discurso del ámbito de lo privado (esto es, de la "economía" doméstica) hasta que la imprenta, la novela moderna y la adicción consecuente a ésta, hizo que el público tuviera conciencia de los vericuetos y las incomunicabilidades de la comunicación privada e íntima. Para entonces el público no fue más el público político de hombres independientes, sino el público lector de mujeres y hombres en busca de modos de comunicar lo relacionado con ellos mismos” (Luhmann, 2002, p. 15)

Al transformar la cultura letrada a la comunicación en la modernidad, también cambia el carácter de sus propios medios de comunicación anteriores, como son el libro o el códice, que sufren un cambio radical. Pues si la escritura antes era un apoyo a la comunicación oral, el libro también lo era, hasta que con la invención y el uso comercial de la imprenta se da una explosión en el número de libros disponibles (Luhmann, 2002, p. 18). Los textos dejan de tratarse como lenguaje congelado, pasando a poseer una autorreferencialidad. El desarrollo de esto puede visibilizarse en las lógicas de la producción de conocimiento y distribución de éste presentes en la actualidad en la ciencia: “En la ciencia occidental, por lo menos, nuevas publicaciones deben justificar su aparición por referencia a publicaciones previas, al estado del conocimiento, a su situación histórica. Los escritos que no tomen en cuenta estos requerimientos [...] no pueden justificar la selección de sus distinciones” (Luhmann, 2002, p. 17). Ya que la escritura por sí misma hace que la información sea más o menos independiente del tiempo y del espacio, de las condiciones de recepción y del número de lectores, esta misma extensión en el tiempo y el espacio, en condiciones y cantidades:

“interrumpe las reciprocidades inherentes a la comunicación oral y la reemplaza con otras condiciones [...] Como hemos visto, la interpretación de la escritura como comunicación puede eludirse excepto para casos como los de escritura de cartas, donde la situación es suficientemente similar a la comunicación oral. Pero cuando los libros se escriben cada vez más con la intención de informar a un público todavía no familiarizado con lo que se quiere informar, la interpretación como comunicación se impone por sí misma” (Luhmann, 2002, p. 18-19).

Por tanto, la escritura sí configura un tipo de comunicación, que, como vimos más arriba, presenta características nuevas. En este contexto, “los libros ya no son simplemente textos que preservan conocimiento; sino que afirman presentar nuevo conocimiento o, en la novela (*fiction*), composiciones "originales". Esto es comunicación, porque la información, los enunciados y la comprensión coinciden” (Luhmann, 2002, p. 19). Sin embargo, ya no se trata de una transmisión de información de individuo a individuo. De hecho, el escritor no puede conocer al lector y no puede saber su estado de información: “Se vuelve imposible tener el control de las necesidades e intereses a nivel de los individuos participantes. En lugar de esto, el proceso de comunicación debe controlarse a sí mismo, acondicionándose con indicadores sustitutos de interés y relevancia” (Luhmann, 2002, p. 19). Este proceso, gracias al potencial de autorreferencialidad de la comunicación, se refiere a sí mismo para poder continuar, así:

“Difiere de su propia historia al presentar información nueva y en general interesante. Requiere originalidad cuando se mueve hacia fuera de la realidad, y remodela al escritor como un genio que

complace a su audiencia sorprendiéndola. La oralidad puede copiarse dentro del texto con la función específica de diferenciar marcos dentro de marcos. El diálogo se convierte en una forma literaria. La novela epistolar cumple una función similar. Seguirán formas más refinadas de presentar pensamientos como si fueran hablados, en las que el "como si" debe ser transparente al lector sin instrucción del escritor: el problema se resuelve con recursos estilísticos adaptados a las condiciones de comprensión de los textos escritos. El narrador se hace invisible a sí mismo, evitando las confusiones de Tristram Shandy, que demuestra los efectos de autoinhibición que se producen al mezclar la narrativa y su narración” (Luhmann, 2002, p. 19)

La forma escritura consiste, en definitiva, en un logro evolutivo que orienta el desarrollo de la sociedad hacia umbrales de mayor complejidad, siendo utilizada, en tanto comunicación, por todos los subsistemas parciales que se van formando y autonomizando. Así también es que se hace posible la existencia de libros y su eventual lectura. La lectura de libros se constituye como una acción, que como tal es observable, fundamental para la comunicación y para comprender las operaciones comunicativas que son parte de la autorreferencialidad basal de la sociedad. Dentro de la lógica de Luhmann (2002), la lectura es una *forma* que vuelve a introducir una diferencia en un *medio*, como son los libros. En términos de la selección de lecturas, estas pasan a ser contingentes en una perspectiva sistémica, así como la comunicación en general lo es. El privilegio de los libros como medio lector no fue determinado como una relación necesaria, sino que responde a una función contingente. Por lo mismo, no hay certeza de que los libros mantengan su lugar privilegiado dentro del mundo de la cultura escrita, a la vez que no podemos predecir la muerte del libro.

Por último, cabe destacar la idea del sociólogo de Bielefeld de que, pese a los extensos estudios empíricos relativos al desarrollo de la escritura y la lectura –por ejemplo en la historia cultural o la sociología de la literatura–, teóricamente aún están insuficientemente desarrollados:

“En un nivel empírico, todo esto [lo relativo al desarrollo de la cultura letrada] es bien conocido. Al menos podemos encontrar literatura (¡literatura!) que reporta la investigación relevante y sus controversias. Teóricamente, sin embargo, el campo está todavía inexplorado. Considerando que usualmente se elaboran hipótesis teóricas y entonces se buscan los datos empíricos que las puedan verificar o refutar, en ese caso (como en muchos otros) tenemos los datos y debemos buscar teorías que puedan ampliar su significado y proporcionarles un mayor rango de correspondencia y comparación. Estos datos teóricamente no están suficientemente determinados. Necesitan interpretación teórica, pero podría haber más de una teoría, al menos más de una distinción teórica y más de una manera de observar al observador que realizó la construcción de los datos” (Luhmann, 2002, p. 15-16)

Dicha reflexión no sólo ha de interpretarse en el sentido de la subdeterminación de la teoría por los datos, sino que nos lleva a la necesidad de seguir desarrollando la cuestión de la constitución de la lectura de libros en la sociedad, como aporte a la tarea mayor de determinar teóricamente los procesos y funcionamientos de la cultura letrada. Si bien la distinción entre medio y forma de Luhmann respecto a la escritura brinda un marco para construir la evolución de la percepción, del lenguaje y de la escritura, es sólo un primer paso ya que “no explica suficientemente qué le sucede a la comunicación cuando la escritura se vuelve posible. En la medida en que concebimos a la sociedad como el sistema que abarca la comunicación, la relevancia social de la escritura es todavía una cuestión abierta” (Luhmann, 2002, p. 17). En este sentido, el circuito social de la lectura de libros que elaboramos al final de este capítulo busca dar un paso en esta dirección.

2.2. Jürgen Habermas, los libros como aporte al mundo de la vida

Para Habermas hay una insuficiencia en la tradición marxista donde se caracteriza lo propiamente social como el trabajo (Habermas, 1992). Según los desarrollos antropológicos contemporáneos es posible aseverar que el trabajo ya estaba presente en los homínidos como una forma de adaptación que deviene en economía. De hecho, trabajo y lenguaje son más antiguos que el ser humano y que la sociedad. Marx, así, no explica la reproducción específicamente humana de la vida. Se hace necesario relevar la dimensión de la interacción, lo que en el enfoque marxista se entiende como relaciones sociales de producción. Igualmente, Habermas reconoce que el trabajo social es fundamental, ya que la conquista evolutiva de la organización social del trabajo y de la distribución precede al desarrollo de la comunicación lingüística y esta, a su vez, al desarrollo de sistemas sociales de roles; no obstante, la forma de vida específicamente humana tan solo puede caracterizarse de un modo suficiente cuando se une el concepto de trabajo social con el de principio de organización familiar. Las estructuras de la actuación de roles determinan una etapa nueva de desarrollo con respecto a las estructuras del trabajo social, esto dado que se llega a un sistema de normas sociales que presupone el lenguaje. Los sistemas sociales de roles se fundamentan sobre el reconocimiento intersubjetivo de expectativas normativizadas de comportamiento, y no sobre el respeto a las posibilidades de sanción de que dispone el titular correspondiente del rol, determinado por la situación y en razón de las peculiaridades de su estructura de personalidad. Así es como se delinean dos dimensiones de la realidad social, las que se rigen

por reglas de actuación instrumental o estratégica y reglas de actuación comunicativa – entendidas como aquellas normas de acción con validez intersubjetiva y aseguradas de modo ritual–. Estas últimas no se pueden remitir a las primeras, ya que tienen una lógica propia (1992, p. 149). Por tanto, para el sociólogo alemán lo social consiste en la interacción lingüística. Donde cabe considerar que en ningún caso se descarta la relevancia del desarrollo material, sintetizable en el trabajo social, sólo se entiende que la interacción lleva la delantera en términos del desarrollo de la sociedad.

El concepto de comunicación que utiliza Habermas difiere sustantivamente del propuesto por Luhmann. El sociólogo de la Escuela de Frankfurt parte basándose en los desarrollos de la semántica y la pragmática, tomando como referente la teoría de los actos de habla de Austin, para elaborar una fundamentación para una teoría de la sociedad satisfactoria, la que denominará como teoría de la acción comunicativa. La comunicación en Habermas es eminentemente lingüística y se orienta al entendimiento, un uso con otra orientación es una desviación de este sentido original:

“En este sentido, lo que al principio llamábamos «empleo del lenguaje orientado a las consecuencias» no es un modo originario de uso del lenguaje, sino la subsunción de actos de habla que sirven a fines ilocucionarios, bajo las condiciones de la acción orientada al éxito [...] La actitud orientada al éxito, que es la que adopta el agente teleológico, no es constitutiva del buen suceso de los procesos de entendimiento, ni siquiera cuando éstos quedan insertos en interacciones estratégicas” (Habermas, 2010, p. 338-339)

Esto ocurre dado que el entendimiento es inmanente como *telos* al lenguaje humano. No obstante, lenguaje y entendimiento no se relacionan entre sí como medio y fin (2010: p. 333), ya que no toda interacción mediada lingüísticamente representa un ejemplo de acción orientada al entendimiento.

Valiéndose de la distinción entre locución (*decir* algo), ilocución (*hacer* diciendo algo) y perlocución (*causar* algo mediante lo que se hace diciendo algo) es que se llega al concepto de acción comunicativa, que consiste en:

“aquellas interacciones mediadas lingüísticamente en que todos los participantes persiguen con sus actos de habla fines ilocucionarios y *sólo fines ilocucionarios*. Las interacciones en cambio, en las que al menos uno de los participantes quiere provocar con sus actos de habla efectos perlocucionarios en su interlocutor las considero acciones estratégicas mediadas lingüísticamente” (Habermas, 2010, p. 340)

En la acción comunicativa el entendimiento es un componente basal, por lo mismo que la noción de entendimiento toma un rol preponderante no sólo para el lenguaje sino que también en la articulación de lo social. Este depende de condiciones de reconocimiento intersubjetivas, posibilitándose en la medida que se cumplan las pretensiones de validez: veracidad, verdad y rectitud, que responden correspondientemente al mundo subjetivo, objetivo y social. Así, en una acción comunicativa la intención comunicativa del hablante comprende el realizar un acto de habla que sea *correcto* en relación con el contexto normativo dado, para poder establecer así una relación interpersonal con el oyente, que pueda considerarse legítima, así como el hacer un enunciado *verdadero* (o bien presuposiciones de existencia que se ajusten a la realidad) para que el oyente pueda asumir y compartir el saber del hablante, y, finalmente, el expresar verazmente opiniones, intenciones, sentimientos, deseos, entre otros, para que el oyente pueda fiarse de lo que oye (Habermas, 2010, p. 355).

La evolución sociocultural se constituye a partir de la acción comunicativa y de la acción estratégica –lo que también se puede entender como un desarrollo a partir de la interacción y el trabajo– que, según sus lógicas propias, se institucionalizan como mundo de la vida y sistema respectivamente. Tiene preeminencia el desarrollo de la interacción, que responde a los problemas sociales de integración, permitiendo crecientes procesos de aprendizaje en el plano práctico-moral. De tal forma, la reproducción de la vida social encuentra su centro en el mundo de la vida, que se constituye como un horizonte de sentido compartido por los sujetos. Pues en esto radica la posibilidad de éxito de los procesos de entendimiento, al proveernos el mundo de la vida de convicciones de fondo, evita que siempre necesitemos fundamentar las pretensiones de validez para coordinar nuestras acciones. El riesgo de disentimiento es absorbido por el mundo de la vida –lo que no significa que no haya disentimiento–, y cuando discutimos, lo hacemos recurriendo al mundo de la vida que facilita los procesos de entendimiento. El mundo de la vida, entonces, depende fundamentalmente de las propias orientaciones de acción los sujetos.

Los componentes estructurales del mundo de la vida son tres: personalidad, sociedad y cultura. Este último es de especial interés para el análisis de la lectura de libros como actividad enmarcada socialmente. La cultura, para Habermas, constituye un saber del que disponemos –bajo todas sus formas, desde las ciencias hasta el sentido común– para nuestro

proceso de entendimiento, pues es el resultado de una experiencia común de los sujetos. Es un saber pre-reflexivo que facilita nuestro proceso de entendimiento. La constitución de la cultura tiene como hito el desarrollo de la cultura letrada. Tal como para Luhmann la escritura constituye un logro evolutivo, en Habermas reconocemos la alta importancia de ésta y lo que la rodea como aporte al mundo de la vida. Cabe recordar que el mundo de la vida y la acción comunicativa son complementarios. No existe acción comunicativa en el vacío social dado que la acción comunicativa es facilitada a través del mundo de la vida, así como el concepto de acción comunicativa es complementario al de mundo de la vida en el sentido en que no hay acción comunicativa si no existe un mundo de la vida intersubjetivamente compartido. Esto pues el mundo de la vida posibilita los procesos de entendimiento, pero además de eso es resultado de la acción comunicativa misma, la que a la vez contribuye a su reproducción. Dicha reproducción se da en un orden simbólico, mientras que la reproducción material del mundo de la vida se posibilita mediante otras acciones, como la acción estratégica o el trabajo. La cultura escrita, y especialmente los libros, como forma privilegiada de la escritura en la modernidad, hacen un aporte sustantivo a la cultura como acervo de saber. En el plano de reproducción simbólica, facilita la reproducción del mundo de la vida, a la vez que extiende el alcance de la acción comunicativa. La escritura, y en especial los libros como sustento de la memoria (Chartier, 2006), permiten la reproducción simbólica del mundo de la vida en tanto forma de conocimiento que recoge algunos de los ámbitos más formalizados del saber, como son la ciencia y la literatura. Gracias a esto, la comunicación a través de escritos extiende el alcance de la acción comunicativa, al ampliar la reproducción del mundo de la vida. De todas maneras, la reproducción del mundo de la vida no viene asegurada de por sí a través de la acción comunicativa. Habermas se da cuenta de que cualquier obstáculo que le aparezca al proceso comunicativo se traduce en perturbaciones en la reproducción del mundo de la vida.

Por otro lado, debemos considerar el factor agencial fuerte que posee el mundo de la vida. Al depender fundamentalmente de las propias orientaciones de acción de los sujetos, éste se configura desde la acción comunicativa que es coordinada intersubjetivamente, como agencia de *alter* y *ego*. La coordinación de la acción viene dada por una racionalidad orientada al entendimiento. Hay una fuerza de motivación racional propia que acompaña a las pretensiones de validez (Aguilar, 1994, p. 106), que se apoya, si es necesario, en razones.

Este apoyo puede ser otorgado por los libros o los escritos en general, en tanto acervo de conocimiento.

El acervo de conocimiento dispuesto por los escritos en general y los libros en particular queda ahí, disponible para ser integrado en el mundo de la vida y usado en la acción comunicativa como apoyo para satisfacer pretensiones de validez. El aspecto funcional relativo al entendimiento permite la renovación del saber compartido culturalmente. En una interacción comunicativa donde se tematizan las pretensiones de validez, al hacer uso del saber que compartimos facilitamos el entendimiento y también contribuimos a la renovación de ese saber, en primer lugar porque estamos volviendo a actualizar el sentido que porta, y además porque se puede producir un nuevo saber que facilitará procesos de entendimiento posteriores. Los libros y su lectura tienen un potencial en esta tarea de actualización de sentido y facilitación de procesos de entendimiento.

A su vez, vemos que el desarrollo de la lectura de libros requiere determinado nivel de entendimiento y, por lo tanto, portaría este factor agencial fuerte. Su producción y reproducción sólo puede comprenderse, desde Habermas, a través de la facilitación prestada por el mundo de la vida. Ya sea el caso de un lector que lee a un autor de hace muchos siglos o a un coetáneo, pues el entendimiento no ha de producirse en una relación autor-lector, sino en el proceso social en que las lecturas toman forma en un contexto determinado. En este sentido, si como vimos, los libros hacen un aporte a la reproducción simbólica del mundo de la vida, la lectura de libros también se articula gracias a esta. El operar de la lectura de libros como acción social nos abre a la consideración de la orientación al entendimiento que está a la base de su desarrollo y que, por consiguiente, indica la eficacia causal que el polo de la agencia tendría en la constitución social de las lecturas desde esta perspectiva. De otra forma es difícil explicar que exista un desarrollo coherente y racionalmente reconstruible tanto de la producción escrita como en la lectura de libros y otros escritos: es en este sentido que la producción escrita y la lectura es susceptible de sistematizarse en historias de la literatura¹, que dan cuenta de un orden de estos fenómenos de carácter eminentemente social, y que, por

¹ Autores como Auerbach (2011), Hauser, (1998) o Goic (1988-1990) son ilustrativos a la hora de evidenciar no sólo la posibilidad de reconstruir bajo criterios racionales la historia de la producción literaria, sino que también el alto uso de sus obras como referencia dan cuenta de lo compartido y aceptado de tales reconstrucciones, lo que también supone un proceso cruzado por el entendimiento.

tanto, aparecen compartidos como producto de determinado nivel de entendimiento. En cualquier caso, queda por verse hasta qué punto la coordinación de la lectura de libros en la actualidad, en tanto acción social, corresponde más al ámbito de la acción estratégica –donde prima una orientación racional con arreglo a fines– o de una acción con orientación al entendimiento, no obstante exista al menos parcialmente un grado de orientación al entendimiento de esta.

En definitiva, desde la teoría social de Jürgen Habermas observamos que al hacerse patente que “el mundo de la vida contiene un acervo de saber que provee convicciones de fondo aproblemáticas, dadas por descontado, las cuales configuran el contexto de la interacción comunicativa”, donde “la cultura y el lenguaje son elementos constitutivos del mundo de la vida” (Aguilar 1994, p. 125), los libros, en el contexto moderno, toman un rol importante en el acrecentamiento y resguardo de dicho acervo. Así como, por otro lado, la lectura de libros poseería un factor agencial fuerte en relación a su articulación social, debido al entendimiento necesario para su despliegue y reproducción en la sociedad.

2.3. Pierre Bourdieu, la lectura de libros como práctica cultural

La sociedad para Pierre Bourdieu puede ser descrita a partir de las fuerzas que actúan en ella y de las consecuentes posiciones resultantes en que se sitúan los agentes. Este espacio social de posiciones objetivas se comprende con el concepto de campo y su funcionamiento no está supeditado a leyes o reglas, sino que a regularidades. La trayectoria de los agentes se da a partir de estas regularidades sociales que, a su vez, se constituyen y son constituidas por un principio ordenador: el *habitus*. El obstáculo que se intenta sortear con esta teoría social es el caer tanto en una visión subjetivista de lo social, como en una objetivista. Para esto, el sociólogo francés elabora la teoría del *habitus* y la teoría del campo, que permitirían articular teóricamente la comprensión y explicación de lo social. Ambas teorías tienen puntos de encuentro y, en lo que respecta a la lectura de libros, ambas hacen aportes sustantivos para su descripción y explicación. Permiten comprender la lectura de libros como una práctica social inserta en un campo estructurado por distintos capitales que siendo generada por un *habitus* tiende a reproducir y hacer parecer naturales ciertas relaciones con la lectura en determinados sectores sociales; ya sea la cotidianeidad de comentar las lecturas que se están realizando o la sorpresa frente a la realización de una lectura tan exigente como puede serlo

la de un libro, así como la asociación de la lectura de libros a un acto tedioso, motivado sólo por la necesidad escolar o profesional.

El habitus es un sistema de disposiciones estructuradas y estructurantes poseído por los agentes, individuales o colectivos, que permite que estos se orienten en el mundo social. Posibilita que las decisiones de los agentes no se entiendan desde un cálculo racional o una teoría voluntarista de la acción, a la vez que deja espacio para el despliegue estratégico de la agencia. La orientación del habitus viene dada por un sentido práctico que permite ver que, en definitiva, los agentes toman decisiones razonables, más que racionales. Como resultado, observamos que lo social se estructura a través de regularidades que no son arbitrarias o producto del azar, sino que son resultado del habitus como principio generador de las prácticas. Los agentes, mediante una lógica interesada, se desenvuelven en la sociedad desplegando prácticas que:

“pueden ser objetivamente adaptadas a su meta sin suponer el propósito consciente de ciertos fines ni el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente ‘reguladas’ y ‘regulares’ sin ser para nada el producto de la obediencia a determinadas reglas, y, por todo ello, colectivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta” (Bourdieu, 2007, p. 86)

El habitus le otorga sentido a la práctica. De tal forma, el habitus tiene como consecuencia el que las experiencias subjetivas de los agentes se ajusten a las condiciones o posibilidades objetivas, es decir, permite que las expectativas se ajusten siempre a lo que objetivamente se puede alcanzar. El habitus provee, entonces, un principio de realidad. Como tal, este ajuste muestra su carácter eminentemente social, ya que el habitus es, en última instancia, la incorporación de la sociedad en los agentes: “el habitus es el resultado de la incorporación en los agentes de un conjunto de disposiciones de diverso orden (cognitivas, corporales, estéticas, etc.) que han sido determinadas por la posición relativa de los agentes en el espacio social” (Aguilar, 2008, p. 22). El ajuste que produce el habitus es lo que permite la reproducción del mundo social, haciendo de éste un mecanismo fundamental de morfoestasis (Aguilar, 2008).

En tanto principio generador de prácticas, el habitus es un sistema de disposiciones duraderas que se adquiere a través de la socialización –como proceso de incorporación de roles que tiene su mayor expresión durante la infancia– y marca la trayectoria de los agentes. Se

adquiere mediante la familiarización con unas prácticas y unos espacios que se producen siguiendo los mismos esquemas generativos y en los que se hayan inscritas las divisiones del mundo social. Esta adquisición no es un proceso reflexivo, por lo mismo que el habitus opera en un nivel profundo y no se puede burlar. En este sentido, observamos que tiene condiciones de producción y condiciones de realización. Entre estas condiciones se puede producir un desfase que es lo que da pie para considerar los procesos de transformación social. El caso de las variaciones intergeneracionales es ilustrativo al respecto, ya que las prácticas y su principio orientador, el habitus, pueden quedar obsoletas o pasar a ser rechazadas si ha habido cambios muy radicales en el tiempo, aunque sigan incorporados en los agentes. Esto ocurre ya que las disposiciones del habitus son duraderas y sobreviven a las condiciones económicas y sociales de su propia producción y “justamente cuando tales disposiciones funcionan a contratiempo, se producen fenómenos que podrían desembocar en cambios estructurales” (Aguilar, 2008, p. 22)

El habitus, entonces, explica cómo se producen los pensamientos y las prácticas de los agentes al formar un conjunto de esquemas prácticos de percepción –como una división del mundo en categorías–, apreciación –en tanto distinción entre lo bello y lo feo, lo adecuado y lo inadecuado, lo que vale o no la pena– y evaluación –como una distinción entre lo bueno y lo malo–. De esta manera se elabora una aproximación a lo social no objetivista ni subjetivista: ni los sujetos son libres en sus elecciones, entendiendo el habitus como el principio no elegido de todas las elecciones, ni están sólo determinados por condiciones estructurales, dado que el habitus es una disposición que puede operar en conjuntos de relaciones distintos y dar lugar a una mirada de prácticas diversas.

Al dar luces respecto a las disposiciones y (dis)gustos, el habitus es particularmente interesante para analizar la lectura de libros. Los gustos y disposiciones han de entenderse como algo natural o como dones, ya que se naturalizan en la medida que son generados por el habitus no reflexivamente. Sobre esto último, es ilustrativo que el sociólogo del Collège de France le adjudique la mayor eficacia de la lectura de libros a sus efectos mediados inconscientemente:

“El esfuerzo desesperado de todos los autores para controlar la recepción, para imponer las normas de la percepción de su propio producto, ese esfuerzo desesperado no debe ocultar que finalmente

los libros que más actúan son los que actúan de inconsciente a inconsciente” (Bourdieu, 2010, p. 266)

El habitus no opera mecánicamente como determinación de las prácticas y trayectorias. Las trayectorias que delinea el habitus son probables y no necesarias. Siempre hay trayectorias sociales que aparecen como “casos anómalos”, que no se corresponden con lo que el análisis del habitus particular nos llevaría a pensar. En términos generales, estos casos son marginales, porque el habitus opera a través de la exposición a condiciones objetivas que van determinando las disposiciones subjetivas; hay variaciones individuales, pero al observar el colectivo se pueden calcular las probabilidades. Las condiciones objetivas siempre son *clases* de condiciones que, consecuentemente, generan *clases* de disposiciones que vienen a dar paso a habitus de clases. Para el sociólogo francés el mundo está estructurado en clases, en tanto diferentes condiciones económicas, socioculturales, entre otras, generan disposiciones de prácticas diferenciadas. Las variantes socioculturales son variaciones de clase, por lo que los habitus son habitus de clase:

“La sociología trata como idénticos a todos los individuos biológicos que, siendo el producto de las mismas condiciones objetivas, están dotados de mismos habitus: clase de condiciones de existencia y de condicionamientos idénticos o parecidos, la clase social (en sí) es inseparablemente una clase de individuos dotados del mismo habitus [...] Si está excluido que *todos* los miembros de la misma clase (o incluso dos de ellos) hayan hecho *las mismas experiencias y en el mismo orden*, es cierto que todo miembro de la misma clase tiene probabilidades más grandes que cualquier miembro de otra clase de encontrarse confrontado con las situaciones más frecuentes para los miembros de esta clase” (Bourdieu, 2007, p. 97)

La cuestión de los habitus de clase abre un interesante terreno de reflexión respecto a las prácticas culturales en general y a la lectura de libros en particular. ¿Qué patrones articulan su distribución en el espacio social? ¿A qué clases corresponderían estos patrones? Bourdieu provee una pista sobre esto cuando enuncia que “en una civilización de lectores, persisten enormemente ciertos saberes previos que no se transmiten por la lectura pero que, sin embargo, la orientan” (2010, p. 268). Esta transmisión ciertamente lleva la impronta del habitus, en tanto orientación de un sistema de disposiciones, y refuerza la idea de que las prácticas lectoras no han de concebirse como autodeterminadas, sino que responden a una organización más general, que tiene a la base este principio social de visión y división. La motivación de la lectura no se trata de una relación del agente consigo mismo, como mero desarrollo y apropiación progresiva de contenidos, historias y conocimiento en general, sino que tiene relación con la posibilidad de instalar aquellas lecturas en el espacio social:

“Es probable que se lea en la medida en que haya un mercado en el cual se puedan ubicar discursos que conciernen a las lecturas. Si esta hipótesis resulta sorprendente, incluso chocante, es porque somos personas que tienen siempre a mano un mercado, el de los alumnos, los colegas, los amigos, los cónyuges, etc., a quienes se puede hablar de lecturas. Se termina por olvidar que en muchos medios no se puede hablar de lecturas sin parecer pretencioso” (2010, p. 259)

Para desarrollar con mayor profusión el problema de los patrones de la lectura y las prácticas culturales en la sociedad hemos de revisar la teoría del campo, que permite comprender las posiciones y movimientos que los agentes, con sus habitus respectivos, ocupan en el espacio social.

Cuando Bourdieu habla de campo lo hace desde la idea de que el mundo social existe bajo un estado objetivado, es decir, es un espacio objetivo susceptible de ser descrito a partir de la noción de posición. Dentro de este estado objetivado, el mundo social también es un estado práctico, por lo que se puede describir desde una toma de posición: surgen de tal forma los estilos de vida. El campo se constituye como tal a partir de las diferentes fuerzas que operan dentro de él y que, atrayéndose o repeliéndose, contribuyen a la (re)producción de lo social. La premisa detrás del concepto de campo es que el mundo social se puede estudiar como un espacio social, donde se puede identificar un sistema de posiciones, donde los agentes que ocupan tales posiciones se ven expuestos a las fuerzas que conforman el campo particular; es un sentido topológico de la descripción del mundo social. Para el concepto de campo es fundamental la idea de que *lo real es relacional* con la que el sociólogo del Collège de France se aleja de lo que entiende como un pensamiento sustancialista, ya que ontológicamente en el campo tienen preeminencia las relaciones de agentes y posiciones, que contrasta con una concepción de estos como entidades aisladas o independientes.

Entonces, un campo está constituido por posiciones objetivas y relaciones entre ellas, pero fundamentalmente está constituido por el *enjeux* (“lo que está en juego”, desafíos, apuestas), que refiere a lo que es objeto de disputas en un espacio de juego. Objeto por el cual los individuos en un espacio están dispuestos a entrar en disputas y luchas relativas al campo específico. En el mundo social siempre existe algo que mueve a los agentes a actuar estratégicamente en función de alcanzar ese *enjeux* específico. De tal forma, el espacio social está siempre constituido en términos de luchas que realizan los agentes situados en dicho espacio, y esas luchas adquieren el sentido que les otorga el objeto específico que está en juego ahí. El concepto de campo permite formular una teoría de la diferenciación, en la

medida que el espacio social se diferencia en términos de sub-espacios, diferenciados a su vez según las clases específicas de efectos que recaen sobre los agentes. El campo es, por tanto, un espacio diferenciado resultado de un proceso de diferenciación. Pueden observarse distintos campos, cuya constitución y límites se configuran a partir de los efectos de campo en el espacio social, según la existencia de las disputas internas y de un objeto de estas por el que vale la pena luchar; así, Bourdieu habla de los campos artístico y literario, del campo de las grandes escuelas, de los campos científico y religioso, del campo del poder, del campo jurídico, del campo burocrático, entre otros. Cada campo posee su propia lógica –principio de operación– que son estas luchas por lo que está en juego –*enjeux*– que es irreductible a otros campos.

El concepto de campo nos permite situar a la lectura de libros dentro del espacio social, relevando la posición que como práctica cultural tiene dentro del campo cultural:

“Por eso pienso que la lucha por los libros puede ser una apuesta extraordinaria, una apuesta que los intelectuales mismos subestiman. Están de tal modo impregnados por una crítica materialista de su actividad que terminan por subestimar el poder específico del intelectual que es el poder simbólico, ese poder de actuar sobre las estructuras mentales y, a través de ellas, sobre las estructuras sociales. Los intelectuales olvidan que un libro puede transformar la visión del mundo social, y, a través de la visión del mundo, transformar también el mundo social” (Bourdieu, 2010, p. 264)

A la vez que permite dar cuenta de las disputas internas que dan forma a este campo particular, donde está en juego la capacidad y efectividad de (im)poner ciertas lecturas:

“una de las apuestas de la lucha es apropiarse del monopolio de la lectura legítima: soy yo quien les dice a ustedes lo que se dice en el libro o en los libros que merecen ser leídos por oposición a los libros que no lo merecen [...] El poder sobre el libro es el poder sobre el poder que ejerce el libro” (Bourdieu, 2010, p. 263)

Las lecturas de libros, en tanto prácticas insertas en un campo, pueden ser explicadas a través del volumen de capital de los agentes –considerando el capital cultural, económico y social, así como el simbólico– y se configurarían según patrones homólogos a los de otros campos (Bourdieu, 2012). Esto se conoce como la teoría de la homología entre cultura y estructura, e indica que las prácticas culturales se distribuyen en una relación homóloga a la del espacio social general. Aunque cada campo tenga sus propias reglas, luchas y mecanismos de reproducción, estos presentan similitudes destacables, homologías, que se comprenden como similitud dentro de la diferencia. Por lo mismo, la distribución de las prácticas lectoras se correspondería con la distribución de capitales en el espacio social, en una lógica de

reproducción de las prácticas intra e intergeneracional, especialmente donde las condiciones sociales se mantengan estables, y no haya, por ejemplo, una revolución o una repentina y fuerte industrialización.

En relación al consumo cultural en general en Chile, Gayo (2009) muestra que la distribución de las diversas prácticas que lo conforman respalda esta teoría, siendo la clase de pertenencia, la educación y la edad las variables estructurantes del espacio. Aquello da luces sobre la distribución particular de la lectura de libros en el espacio social, que se correspondería con el patrón de distribución general de las prácticas culturales. En palabras de Bourdieu:

“La lectura obedece a las mismas leyes que las otras prácticas culturales, con la diferencia de que es transmitida más directamente por el sistema escolar, es decir, que el nivel de instrucción será el factor más poderoso en el sistema de los factores explicativos, y el origen social será el segundo factor” (2010, p. 258)

De tal forma, no obstante la lectura de libros puede ser analizada como un fenómeno aislado, goza de una autonomía relativa, supeditada a las fuerzas del campo donde se desarrollan también otras prácticas culturales, que vendría a ser el campo cultural. Considerada como práctica cultural, entonces, la lectura de libros provee una interesante perspectiva de análisis que es productiva para explicarla desde su sustrato social. Como tal, debe considerarse al habitus, en tanto principio generador de prácticas que orienta a los agentes en el espacio social, como un elemento central a la hora de describir y explicar la lectura de libros.

Por último, cabe hacer ciertos resguardos sobre los aportes que provee Pierre Bourdieu en relación a la articulación del habitus y el campo como fundamento de lo social. El dualismo agencia y estructura tendería a elidirse en dicha articulación, ya que no se clarifican los mecanismos que constituyen lo social en tanto interacción entre estos dos polos, así como los procesos de transformación social son insuficientemente descritos. Así, “la teoría del campo y la teoría del habitus explicarían fenómenos distintos sin lograr poder articularlos adecuadamente en una única teoría explicativa” (Aguilar, 2008, p. 24), resultando eminentemente en una teoría de la morfoestasis al constituir el habitus un principio de realidad, donde las expectativas se adecúan a las posiciones sostenidas por los agentes.

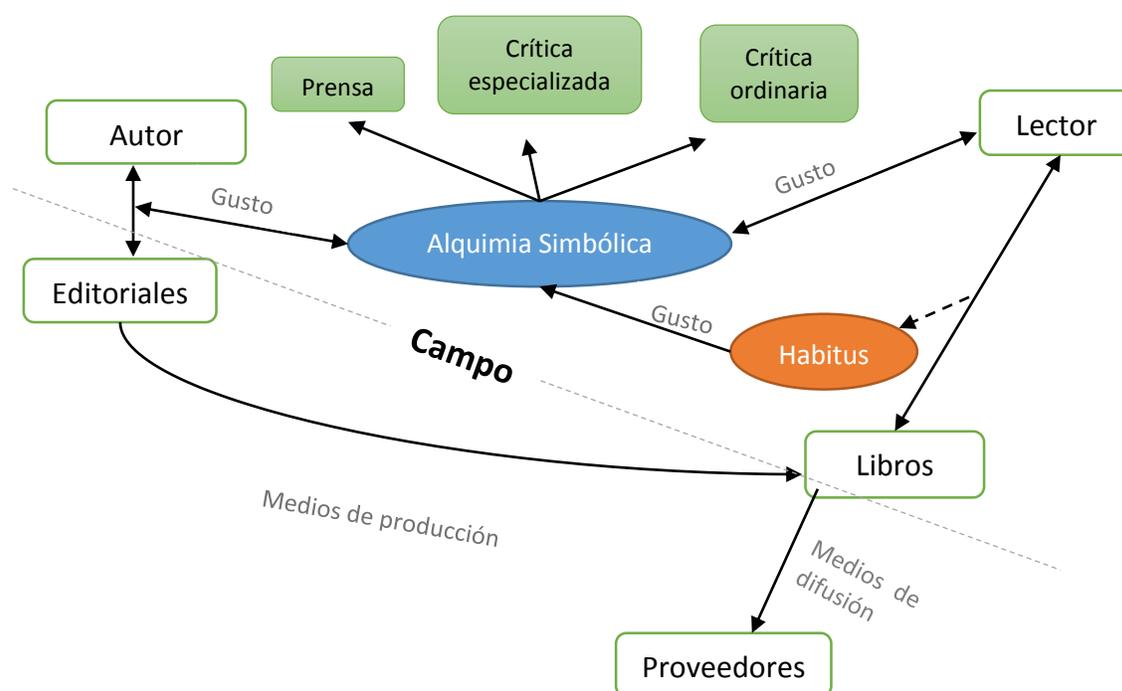
3. El circuito social de la lectura de libros

Los aportes de la teoría social revisados más arriba serán la base en este apartado para la construcción de un modelo comprensivo de la lectura de libros, a partir del cual pueda describirse esta como práctica cultural, dando luces respecto a su explicación en tanto fenómeno social. Como ya hemos establecido la necesidad de todo análisis de la lectura de libros de considerar su nivel social, partimos desde este marco social primero. Este carácter básico de lo social en la lectura de libros surge a partir del trasfondo comunicativo que subyace a esta; tanto en la concepción luhmanniana o habermasiana de la comunicación, como se revisó, la lectura de libros se hace parte de un proceso comunicativo que es, por tanto, eminentemente social. Para Niklas Luhmann la forma escritura constituye un logro evolutivo ya que transforma el concepto mismo de comunicación que deja de circunscribirse a la oralidad, expandiendo sus límites. Dentro de ella los libros en el contexto moderno son un medio que marca una proliferación antes inexistente de la comunicación, así como su lectura en este enfoque se entiende como la selección de la comprensión en la comunicación, al operar contingentemente como medio para la comunicación. En el caso de Habermas no sólo se trata de que la lectura porte un componente social, sino de que aporta a la reproducción de lo social, como contribución a la reproducción simbólica en el mundo de la vida, especialmente a la cultura en cuanto acervo de saber. Estas perspectivas son de especial interés para abordar la lectura de libros diacrónicamente, en términos de la evolución social, ya que permiten vincular la cultura escrita, y la lectura de libros en tanto especificación de ella, al desarrollo de la sociedad como elemento constitutivo de esta.

Este sustrato social de la lectura de libros nos lleva a observarla como un proceso en el seno de la sociedad, donde distintos agentes participan de su realización material y simbólica. Con la teoría del habitus y del campo de Pierre Bourdieu la lectura de libros ha sido caracterizada como una práctica cultural que opera en un espacio social, expuesta a las fuerzas de este. Por tanto, esta se exhibe como un proceso dinámico que emerge desde múltiples agentes, quienes, a través de alianzas y disputas, le otorgan un valor determinado y producen una creencia sobre la misma, de manera que se puede transformar en un capital simbólico, provocando un interés que, en general, se busca desinteresadamente. Dado el carácter de proceso social y dinámico, proponemos un modelo que nos permita describirlo y, hasta cierto punto, explicarlo denominado como *Circuito Social de la Lectura de Libros* (CiSoLL). En la figura

1.1. se muestra un esquema del modelo. Se busca con esto articular un modelo comprensivo para la lectura de libros como práctica inserta en la sociedad, que provea un esquema de análisis primero a la hora de profundizar en los estudios de la lectura de libros, pero que en ningún caso agota las posibilidades de indagación. Este circuito no sólo considera los aportes teóricos y de la investigación aplicada anteriores, sino que se orienta también desde y hacia la práctica. El objetivo de éste es ordenar y ampliar la posibilidad de análisis sobre la lectura de libros.

Figura 1.1. Circuito Social de la Lectura de Libros (CiSoLL)



El CiSoLL es el espacio social donde diversos actores e instituciones influyen y realizan, directa o indirectamente, la práctica cultural de la lectura de libros. Considera la gran trama de mediaciones que, acorde con la complejización de la sociedad, suponen una amplia gama de instituciones, actores y procesos intervinientes. Esta representación busca reconstruir la dinámica social en que los agentes producen y reproducen la práctica cultural de la lectura de libros y no busca describir pormenorizadamente a cada uno de estos. Tanto sus elementos como las relaciones entre ellos apuntan a establecer un modelo que figura a la lectura de libros como un proceso donde esta se pone en juego y en disputa, donde no hay un cálculo

racional de su realización, sino que una orientación de los agentes dada por el habitus. En este sentido, la lectura de libros aparece como una práctica que *vale la pena* por una determinación histórica que, como hemos señalado más arriba, se ancla en la creciente influencia de la cultura escrita en la sociedad. A partir de esto se generan, en primer lugar, una serie de diferencias y distinciones entre los que pueden acceder a la práctica y los que no, los que pueden manejar ciertos códigos y los que quedan fuera de ellos, tal como durante el siglo XX la categoría de analfabeto marca una distinción fundamental. Precisamente, esa creencia producida en el espacio social es la que hace a la práctica transformable, sino transmutable, en capital simbólico. El capital simbólico es una propiedad cualquiera, ya sea fuerza física, riqueza, perspicacia lectora, que, “percibida por unos agentes sociales dotados de las categorías de percepción y de valoración que permiten percibirla, conocerla y reconocerla, se vuelve simbólicamente eficiente, como una verdadera fuerza mágica” (1997, p. 172-173). Esta propiedad al responder a unas creencias y a unas *expectativas colectivas* – que se constituyen socialmente–, ejerce una especie de acción a distancia, sin contacto físico. Para Bourdieu la capacidad de esta acción es casi mágica, ya que funciona en una lógica de orden y obediencia: determinado autor extranjero y desconocido en un momento gana el premio nobel de literatura y al verano siguiente sus libros aparecen en las vitrinas de los librerías y en las manos de los lectores. Para esto es necesaria una labor previa –usualmente invisible o, al menos, olvidada y reprimida– que produzca, entre quienes se encuentran sometidos a la imposición o la conminación, “las disposiciones necesarias para que sientan que tienen que obedecer sin siquiera plantearse la cuestión de la obediencia” (Bourdieu, 1997, p. 173), tal como la mayor parte de los lectores del laureado autor ni siquiera entrarán a considerar la pertinencia del mérito o, más allá, los criterios de asignación de la distinción. Un premio nobel es un premio nobel. El capital simbólico es común a todos los miembros de un grupo:

“Debido a que es un ser–percibido, que existe en la relación entre unas propiedades, poseídas por unos agentes, y unas categorías de percepción (arriba/abajo, masculino/femenino, grande/pequeño, etc.) que, en tanto que tales, constituyen y establecen unas categorías sociales (los de arriba/los de abajo, los hombres/las mujeres, los grandes/los pequeños) basadas en la unión (la alianza, la vida en comunidad, el matrimonio) y la separación (el tabú del contacto, del matrimonio con una persona considerada como inferior, etc.), está vinculado a unos grupos —o a unos nombres de grupos, familias, clanes, tribus— y es a la vez instrumento y envite de unas estrategias colectivas que pretenden conservarlo o aumentarlo, y de unas estrategias individuales que pretenden adquirirlo o conservarlo, uniéndose a los grupos que lo poseen (el intercambio de

obsequios, la comunidad, el matrimonio, etc.) y diferenciándose de los grupos que lo poseen poco o carecen de él (las etnias estigmatizadas)”² (1997, p. 174)

La lógica misma de la lectura de libros le imprime a esta un valor eminentemente simbólico, puesto en circulación a través de este capital y que se marca en el nivel más general a través de la distinción entre lectores y no lectores de libros, manifestando numerosas otras diferencias y distinciones dentro de ambos grupos. La producción del valor y la creencia es tributaria de la alquimia simbólica, empresa que Bourdieu concibe en *Las reglas del arte* como la obtención de un valor por la acción del “conjunto de los agentes implicados en el campo de producción, es decir tanto los artistas y los escritores desconocidos como los «maestros» consagrados, tanto los críticos y los editores como los autores, tanto los clientes fervorosos como los vendedores convencidos” (1995, p. 257). Una alquimia simbólica “produce, en beneficio de quien lleva a cabo los actos de eufemización, de transfiguración, de conformación, un capital de reconocimiento que le permite consecuencias simbólicas. Eso es lo que yo llamo capital simbólico” (1997, p. 172). Para que la alquimia funcione:

“es necesario que esté apoyada por toda la estructura social, y por tanto por las estructuras mentales y las disposiciones producidas por esa estructura social; tiene que existir un mercado para las acciones simbólicas correctas, tiene que haber recompensas, beneficios simbólicos, a menudo reconvertibles en beneficios materiales” (Bourdieu, 1997, p. 171)

Por esta razón la alquimia simbólica ocupa un lugar importante en el CiSoLL, pues nos permite explicar la producción de la creencia en el circuito donde los agentes se despliegan sincrónica y diacrónicamente. Ya sea la canonización de un poeta, la masificación de un *bestseller*, o la trascendencia de un *longseller* –probablemente el negocio más fructífero y más difícil de concertar para un editor–, son posibles gracias a la alquimia simbólica que opera en el circuito. El uso de las lecturas en el espacio social se hace interesante para los agentes precisamente porque trae beneficios que, para que sean tales, se buscan desinteresadamente. Estos beneficios que se pueden conseguir a través del capital simbólico en el contexto nacional son, por ejemplo, el marcador de *status* que la lectura de libros trae aparejada (Torche, 2007).

² Para el caso de las propiedades poseídas por los agentes y sus categorías de percepción podríamos agregar las categorías analfabeto/letrado, así como es claro que los no lectores serían aquel grupo desposeído de capital simbólico, los no lectores, del que se distinguen quienes ponen en prácticas estrategias de lectura que son facilitadas por el sistema escolar, así como el matrimonio o el intercambio de obsequios lo hacen en otros casos.

La alquimia simbólica tiene tres mecanismos sociales fundamentales donde se observa su operación: la crítica especializada, la prensa y la crítica ordinaria. Cada uno de estos mecanismos tiene tiempos y alcances distintos. La crítica especializada, que refiere a los espacios intelectuales de validación, donde se encuentra la elaboración académica, tiene una fuerza particular sobre los procesos de largo alcance que requieren un poder mayor de legitimación, como la canonización de autores; mientras que la prensa es especialmente eficaz sobre los éxitos o los grandes desaciertos temporalmente cercanos, piénsese en el libro de autoayuda de moda que desaparece casi por completo en un par de años, o en el desastre editorial de un autor de mediano éxito cuyos lectores dan una mala acogida a su nuevo libro o que, simplemente, no puede trascender sus fronteras regionales o nacionales, relegándolo al olvido: el reducido efecto de estas lecturas sostiene su efímero éxito en la tribuna que la prensa le brinda; así como la crítica ordinaria, entendida como los comentarios, juicios y percepciones de los actores en general, es la que tiene el mayor alcance en términos de eficacia causal dentro del circuito y es la que tiene el vínculo más estrecho con el habitus. Pues los actores sociales ordinarios están capacitados cognitiva y prácticamente para el ejercicio de la crítica social (Boltanski, 1999; 2011; Celikates, 2006), capacidad que es reconocida en el CiSoLL como un acercamiento crítico a las lecturas, relativo a sus facultades para aceptar o rechazar una lectura, admirar o denostar un autor, y que está siempre enmarcada en los límites de su posición social objetiva y de sus tomas de posición³, por tanto según las fuerzas del campo, y que es, a su vez, guiada por el habitus como principio de realidad. Estos mecanismos no funcionan aisladamente, sino que de su conjunto emerge la alquimia simbólica al operar estos de manera relacional. La crítica ordinaria obtiene su alta eficacia causal precisamente por el vínculo con el habitus, dado que a través de los agentes que lo detentan puede extenderse a los otros dos mecanismos.

La alquimia simbólica y el habitus se vinculan con los lectores de libros, los editores y los autores especialmente por el gusto, como la manifestación más marcada del habitus en el CiSoLL. El gusto en el CiSoLL, pese a no clarificar la forma en que agencia y estructura interactúan, se constituye como el mejor indicio de lo que ordena la lectura de libros en este

³ En el campo encontramos por un lado posiciones sociales objetivas (*situs*) y tomas de posición, que son “el conjunto estructurado de las manifestaciones de los agentes sociales comprometidos en el campo —obras literarias o artísticas, evidentemente, pero también actos y discursos políticos, manifiestos o polémicas, etc.—” (Bourdieu, 1989, p. 23).

espacio particular. Permite entender, a su vez, la articulación de los dos polos: el de los lectores de libros, y el de los autores y editores. Ambos polos, lectores de libros y autores/editoriales son simultáneamente productores y receptores, de lecturas y libros respectivamente, determinándose bilateralmente a través del gusto como disposición con el potencial de activar la práctica de la lectura. Pues las lecturas determinan la producción de libros y esta marca los límites, por amplios que sean, de la lectura, haciendo emerger así la dinámica del circuito que se condensa en la producción de la alquimia simbólica con el gusto como explicitación del habitus. Dicha dinámica está expuesta a los efectos del campo de producción cultural⁴, según la correlación de fuerzas que lo configura desde las posiciones y las tomas de posición de los agentes, como espacio mediado por el campo intelectual y el campo del poder (Bourdieu, 1989). Esto lo conecta con el espacio social en general, estructurado por los distintos capitales, no como una réplica sino más bien como una homología, dado que se ponen en juego lógicas propias de este espacio particular:

“las determinaciones externas [al campo] nunca se ejercen directamente, sino sólo por conducto de las fuerzas y de las formas específicas del campo, después de haber sufrido una reestructuración tanto más importante cuanto más autónomo es el campo, cuanto más capaz es de imponer su lógica propia, es decir, el producto acumulado de su historia propia” (Bourdieu, 1989, p. 22)

Aquellas fuerzas hacen de este espacio uno de conflicto, donde la división primera, los dos grandes bloques si se quiere, está caracterizada por la distinción entre lectores y no lectores de libros, así como por los capitales correspondientes de cada uno. Luego, es posible establecer una serie de diferencias según los efectos de campo que se producen en el CiSoLL, por ejemplo entre los distintos géneros que leen los agentes (Gayo *et al.*, 2009) y que vienen asociados a distintos grados de legitimidad, o según la relevancia que se le otorgue a la lectura de libros (Torche, 2007), así como, en un espacio más reducido de lectores especializados, las formas de lectura marcan como efecto de campo una distinción entre las lecturas conservadoras y las rupturistas, las lecturas que avalan el *establishment* y las que buscan acabar con él. La amplitud y especificidad de estas diferencias se produce según el carácter más o menos heterónimo o autónomo que posea el campo, es decir, según su nivel de autonomía. En el siglo XIX, por ejemplo, el campo literario en Chile y América Latina, en

⁴ Debe recordarse que no nos referimos a un análisis de campo exclusivamente, sino que este viene a desplegar las fuerzas correspondientes, sobre todo las que se refieren al campo literario, en el marco de un análisis de la lectura de libros.

general, tenía una gran dependencia respecto a otras dimensiones, en especial la política, como lo muestran los agentes que ostentaban posiciones dominantes en él, tales como José Victorino Lastarria o Andrés Bello, quienes sintetizan, por un lado, facultades de liderazgo político y de producción cultural, junto a un cultivo de diversas expresiones y géneros literarios (Catalán, 1985). En dicho contexto, se reducen significativamente las diferenciaciones que se pueden establecer, en la medida que hay un abismo entre los letrados y el resto, así como hay una menor especificidad de las lógicas del campo literario, que se ve supeditado a las corrientes políticas y culturales más generales, como puede apreciarse en *Don Guillermo* de Lastarria.

Por último, dentro de la lógica del CiSoLL se encuentran los medios de difusión que permiten la provisión social de libros. Ya sean las librerías de alta bibliodiversidad, los puestos en la calle que ofrecen sólo los últimos *best-sellers*, la biblioteca municipal o universitaria, las librerías de libros usados o los cercanos que comparten sus libros, las tiendas que venden libros por la web, los supermercados, todos estos contribuyen a mantener una circulación de libros que sostenga la lectura y que, también según los efectos del campo, resultarán altamente atractivos para algunos mientras que para otros no alcanzarán a ser repulsivos, encontrándose excluidos de ellos eventualmente, dada su posición social. No se trata de que tal o cual agente sienta desprecio por hacerse socio de una biblioteca, sino de que ni siquiera le aparecerá como una opción acercarse a ella.

En suma, el CiSoLL brinda varios rendimientos para la comprensión de la lectura de libros como práctica cultural. En primer lugar, vemos que ningún análisis que pase por alto el nivel social de la lectura de libros la podrá comprender completamente. Las figuraciones de un lector monádico, aislado del mundo en su relación con un texto en decodificación, y que, a lo más, considera secundariamente su punto de producción, no puede dar cuenta efectivamente del fenómeno de la lectura de libros. En este sentido, algunos modelos hermenéuticos, como es el caso de los sistemas de interpretación más cerrados, como la hermenéutica bíblica o el estructuralismo literario que busca acabar la interpretación de un texto en sus elementos y estructuras intrínsecas, como lo hizo el formalismo ruso generando modelos inmanentes a la obra (Shklovsky, 1998), son incapaces de predicar acerca de una lectura adecuadamente, ya que aparecen como modelos insuficientes. Lo que se deja al aislar

la obra no es un componente ancilar, sino que un componente constitutivo de estas que es social y que se activa cada vez que se lee. Es posible, en contraste, aplicar modelos de análisis que se preocupan de una relación individual de los lectores y las lecturas, pero que sí tengan como horizonte un marco social. Ya sea con acercamientos etnográficos (Petit, 2001) o sociológicos (Leenhardt y Josza, 1982; Leenhardt, 1990, 1988). Así también, con el CiSoLL es posible avanzar en la caracterización de las divisiones dentro del mundo de la lectura y los libros, dando cuenta, a su vez, de los principios y mecanismos que las estructuran. Estos son principalmente dos: el habitus, especialmente a través de la alquimia simbólica y el gusto, y el campo. Estos dan las pautas para la explicación de la práctica cultural que, según cada momento histórico determinado, se traduce en un capital simbólico capaz de hacerse efectivo en otros aspectos de la vida social y que emerge desde un conjunto de agentes según la correlación de fuerzas en que estos se articulen. Destaca particularmente el gusto como manifestación observable del habitus, pese a que este no permite esclarecer, al menos en esta etapa de la investigación, el juego que agencia y estructura operan en la práctica en cuestión.

Los discursos institucionales sobre la lectura en Chile: entre el placer y el desarrollo

1. Los discursos institucionales sobre la lectura como parte del circuito

El presente capítulo busca dar cuenta de las posiciones del libro, la lectura y la lectura de libros dentro del discurso institucional nacional. Semejante análisis permite esclarecer en un contexto concreto –Chile– el trasfondo discursivo que hegemoniza no solo la promoción de la lectura y el libro en el circuito social correspondiente, sino que también muestra las orientaciones que rigen el universo de las prácticas culturales en tanto directrices planificadas, o al menos con intenciones de planificación. De esta manera, podemos conocer parte de la estructura social de una práctica como la lectura de libros, así como también abrimos camino a la caracterización del universo de prácticas culturales en general. Como veremos, la perspectiva de análisis diacrónica del discurso nos permite caracterizar el paso de una propuesta de política del libro y la lectura *librocéntrica* a una *lectocéntrica* (Lee Chile lee). En un primer momento esto nos lleva a considerar la relación entre la lectura y los libros, desde las construcciones discursivas pertinentes. Asimismo, será relevante el orden de los actores que están en juego dentro de esta discursividad, donde el Estado, a través de determinadas instituciones, tiene centralidad, pero donde también entran otros actores con intereses y esquemas referentes a la lectura (de libros) particulares. Luego, revisaremos la relación que se establece en estos discursos entre la lectura, los libros, el desarrollo económico y la participación ciudadana. Esto en la medida que es un hallazgo transversal a los discursos institucionales de la lectura y que aporta réditos al análisis de la concepción de la cultura como dimensión social particular, permitiendo algunas consideraciones a la teoría de la homología (Bourdieu, 2012). Finalmente, y a partir de esta relación, surge el problema de la base generadora de la práctica lectora: el gusto. Este y el eventual aporte de la lectura al desarrollo socioeconómico son un punto crítico en el análisis. Ambos elementos se articulan contradictoriamente, en cuanto se buscan utilitariamente los beneficios de la lectura, pero estos han de conseguirse, para que sean efectivos, desde el gusto, signo de una cultura del ocio que se constituye como un fin en sí mismo.

La (re)construcción social de una práctica cultural no solo se sostiene sobre los hábitos, costumbres y anomalías que la realizan –que sí son centrales en su constitución–; tienen un correlato discursivo, que puede o no articular acciones concretas hacia esta, y que tiene consecuentemente implicancias para el estado determinado de esta práctica. En el sentido que Grimson (2011) propone que “a través de mecanismos diferentes, hubo y continúa habiendo prácticas humanas –libros, discursos, símbolos– destinados a producir ideas de culturas [...] También existen, además de las anteriores, otras prácticas humanas –dispositivos institucionales y políticos en el sentido más amplio– destinadas a producir culturas” (p. 29), es que pueden comprenderse los réditos del análisis de discursos institucionales. Así, revisar el *corpus* de documentos sobre los diagnósticos, proyectos, políticas y programas relacionados a la lectura y el libro –donde las políticas y proyectos de fomento lector tienen preponderancia– es particularmente importante porque nos permite caracterizar el sustrato de los intercambios discursivos de dichas prácticas. Así, la necesidad de realizar una sistematización y análisis de estos discursos viene del eventual relevo de la dimensión discursiva asociada al circuito social de la lectura de libros; hay una serie de ideas, prejuicios y concepciones en sentido amplio asociadas a la lectura de libros que le dan cuerpo a su realización práctica. A través de este análisis podemos conocer lo que está en juego en un espacio particular, el circuito social de la lectura de libros, y qué tipos de intereses despierta. De algún modo, esto es buscar la *illusio* que implica un conjunto determinado de presupuestos –*doxa*– (Bourdieu, 2007, p. 107) dispuestos en este circuito social. Esto, a su vez, abre camino hacia una caracterización de la cultura como campo, en tanto permite, por un lado, profundizar en sus características asociadas a la cultura escrita y desde estas comparar las relaciones que guarda con el espacio social en general.

2. La cultura escrita y su relevancia histórica: los libros y la lectura

La relación entre el objeto privilegiado dentro de la cultura escrita –el libro– y su forma de apropiación más particular –la lectura– está velada por lo que aparece como una relación natural. Leer los libros puede sonar a redundancia, ¿qué más se podría hacer con esta pieza de escritura? En la Edad Media, tener un libro o un códice era un signo de *status*, muchos señores feudales los tenían por lo mismo, aunque buena parte no supiera leer. Claro está, tenían a su servicio expertos capaces de poner en uso esta tecnología. Los soportes para la lectura son vastos, y comprenden las transformaciones históricas tanto como las variadas

adaptaciones sincrónicas. Estos soportes son contingentes, y como tales no pueden ser considerados solo como la forma más eficiente encontrada por determinado contexto para comunicarse, si es que pueda considerárselos así siquiera.

Son siglos de desarrollo de la cultura escrita que a través de distintas formas y tecnologías – las tablillas, el papiro, el códice, el grafiti, el libro, etc.– ha ido ganando terreno hasta posicionarse ampliamente, ya sea como autoridad del autor o como materialidad de las leyes, creencias y conocimientos. La cultura escrita, en este sentido, adquiere paulatinamente preeminencia sobre las culturas orales. Un ejemplo paradigmático es el proceso vivido en América, a partir de la llegada de Colón a fines del siglo XV (Lienhard, 1993; Gruzinski, 1991; Cornejo, 2003; Mignolo, 1992) donde se desplaza la cultura oral y pictórica de los nativos, imponiendo las formas escriturales del imperio español. Ahora bien, esto no es un proceso transparente ni menos lineal. Por siglos conviven, hasta la actualidad, tanto formas de resistencia como formas de dominación, aunque, en definitiva, frente a la dominación europea los habitantes autóctonos se ven obligados a entrar al mundo de la cultura escrita, haciéndose parte de los futuros cambios que acaecerán en el seno de esta. Este proceso no es exclusivo de América, y podemos encontrar ejemplos en muchos otros espacios del planeta. Para Europa, Paul Zumthor (1990) describirá el proceso de oralidad que sustenta durante la Edad Media la “literatura” de la época y cómo se relaciona con la escritura, lo que en un proceso histórico –con Gutenberg de por medio– deviene propiamente una escritura literaria donde es ahora el libro el que tiene una posición dominante. Desde que la escritura en los siglos del Medioevo era fiel sirviente de la voz, como apoyo para la palabra ya conocida por los intérpretes, los códices agrupaban obras de muy diversos tipos, sin mención de autor; es la palabra oral y no la escrita la que movilizaba la comunicación, ya que la mentalidad escritural es minoritaria hasta el siglo XVI o XVII (Zumthor, 1990, p. 172). Este movimiento se proyecta hasta la aparición de los libros de bolsillo en el siglo XX y la presente masificación de libros y otras publicaciones en plataformas digitales.

Como apuntan Carvallo y Chartier:

“Contra la representación elaborada por la propia literatura y recogida por la más cuantitativa de las historias del libro, según la cual el texto existe en sí, separado de toda materialidad, cabe recordar que no hay texto alguno fuera del soporte que permite leerle (o escucharle). Los autores no escriben libros: no, escriben textos que se transforman en objetos escritos –manuscritos, grabados, impresos y, hoy, informatizados– manejados de diversa manera por unos lectores de

carne y hueso cuyas maneras de leer varían con arreglo a los tiempos, los lugares y los ámbitos” (1998, p. 16)

La referencia al libro como algo más que una materialidad es extendida. Así, en efecto, se construye la metáfora de este como poseedor de un "cuerpo", su mera materialidad, y un "alma", como el contenido que se actualiza en la lectura (por ejemplo Chartier, 2006; Subercaseaux, 2010). El libro puede ser una tecnología neutra, pero al ponerse en práctica deviene en una relación social. En este sentido, Borges en “Nota sobre (hacia) Bernard Shaw” escribe que “El libro no es un ente incomunicado: es una relación, es un eje de innumerables relaciones” (2011, p. 133). Robert Escarpit destaca en *La revolución del libro* que:

“Como todo lo vivo, un libro es indefinible. En todo caso, nadie ha logrado nunca, de un modo completo y para siempre, definir lo que es un libro. Porque un libro no es un objeto como los demás. En la mano, no es sino papel; y el papel no es el libro. Y, sin embargo, también está el libro en las páginas; el pensamiento sólo, sin las palabras impresas, no formaría un libro. Un libro es una «máquina para leer», pero nunca se puede utilizar mecánicamente. Un libro se vende, se compra, se cambia, pero no se le debe tratar como una mercancía cualquiera, porque es a la vez múltiple y único, innumerable e insustituible” (1968, p. 15),

Escarpit aporta una aproximación al libro cercana a la concepción de Subercaseaux como un fenómeno dual, que es bien cultural y bien económico, pero que no puede ser fácilmente determinado. De esta manera, los libros han de ser considerados en una pluralidad de sentidos, siempre teniendo presente que hay una forma de apropiación que los ha hecho particularmente exitosos: la lectura. El libro, como figura eminente de la cultura escrita, cristaliza una relación social que es principalmente comunicativa, pero que no termina ahí. La permanencia de la escritura se enfrenta a la volatilidad de las lecturas en el libro. Determinados libros se vuelven centrales para grupos que los usan como materialidad de creencias o que los hacen el respaldo escritural de conocimientos y saberes. En esta línea, es ilustrativa la imagen que nos presenta Cornejo Polar (2003) a propósito del diálogo de Cajamarca entre Atahualpa y Francisco Pizarro, mediada por el *padre* Vicente Valverde como portador del libro: el libro es una figura central durante toda la escena, en todos los relatos del episodio, aunque sea posible incluso que nadie pudiera leer propiamente el libro, ni los españoles ni Atahualpa.

La centralidad de los libros y la lectura se viene a reafirmar con un problema social diagnosticado a fines de siglo XX: el iletrismo o analfabetismo funcional (Chartier & Hébrard, 2002; Lahire, 1999). Los indicadores de alfabetización usados hasta ese momento

dejaron de ser suficientes, ya que se detecta, con gran alarma, que grupos importantes de lectores no pueden comprender lo que leen, o “adolecen” de comprensiones insuficientes, al menos. La lucha contra el iletrismo será en Europa la principal arista de la lucha por la cultura escrita. Además, en detrimento del libro se encuentra la ya instaurada dominación de los medios de comunicación de masas que vienen a restarle importancia en una función en la que fuera vanguardia: la difusión (Escarpit, 1968, p. 18). De tal forma, la promoción de los libros y la lectura toma el cariz de una defensa valórica, relativa a un tipo de cultura que se opondría al modelo de los *mass media*. Ya no son la forma dominante de construir y acrecentar las comunicaciones, pero sí serían la forma *correcta* desde algunas posiciones.

3. La necesidad de la lectura: desarrollo social y económico

Uno de los hitos dentro del discurso institucional chileno sobre la lectura de libros se encuentra en “Una política de Estado para el libro y la lectura” (Fundación Chile 21, 2005), documento que sintetiza el trabajo en la mesa del libro organizada por la Fundación Chile 21 que contó con representantes del mundo editorial, gubernamental, ONG’s y el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina⁵ (CERLALC). Al establecerse un diagnóstico muy desalentador para el libro y la cultura a nivel nacional, se plantean una serie de propuestas que tienen como eje el desarrollo de la industria editorial. Dentro del diagnóstico realizado se evidencia “la escasa importancia simbólica que se le da hoy a la palabra escrita en la sociedad chilena. El libro ha perdido entre nosotros su valoración subjetiva como elemento central del proceso educativo y de desarrollo y socialización de las personas” agregándose que “Hoy, asociado a los cambios democráticos de la sociedad chilena, más que nunca debería reconocérsele un lugar privilegiado al libro y la lectura” (p. 53). No solo el libro, como objeto digno de consagrar, se encuentra en crisis desde esta visión, ya que existe una relación de la lectura de libros y la democracia donde esta última se ve afectada también:

“Por otra parte, y complementando este diagnóstico, se comprueba y reconoce públicamente que, a pesar de los esfuerzos de la Reforma Educacional, el 78% de los estudiantes chilenos carece del nivel de lectura mínimo necesario para insertarse satisfactoriamente en el mundo de hoy (PISA+, 2000). Es decir, nuestro país enfrenta limitaciones culturales que no se condicen con el avanzado

⁵ Institución que cuenta con Chile entre sus miembros y que “orienta sus esfuerzos hacia la protección de la creación intelectual, el fomento de la producción y circulación del libro y la promoción de la lectura y la escritura”, según el mismo organismo declara.

nivel de sus logros económicos ni con el nivel de sus élites intelectuales, culturales y profesionales. Tal situación es, desde todo punto de vista, una amenaza contra los principios fundacionales de la democracia” (p. 21)

Las enunciaciones sobre la lectura y el libro apuntan a un valor positivo, por ejemplo al mencionar este carácter democrático y democratizador que tendría el libro. Al respecto, Ferreiro apunta: “Es fácil, demasiado fácil, hacer el elogio de los nuevos soportes electrónicos del texto impreso; es fácil (casi banal) aplicar el calificativo "democrático" a una nueva tecnología” (2000, s/p). Asimismo, el libro, como soporte de escritura y otrora nueva tecnología, no es propiamente democrático o democratizante, son las prácticas sociales que lo acompañan las que pueden constituirlo como tal.

A la vez que reaparece el vínculo entre prácticas lectoras y democracia vemos la asociación entre nivel de desarrollo económico y nivel de desarrollo cultural. Si la lectura y el libro son elementos indisociables desde esta enunciación, lo son por el valor emergente que son capaces de formar. Esto da cuenta de un marcador valorativo que justificará estrategias determinadas en lo relativo a esta práctica cultural. Antes de profundizar en la relación enunciada entre lectura, libros, desarrollo económico y democracia, haremos una revisión que permita esclarecer de dónde proviene dicha asociación y qué formas ha tomado en los discursos chilenos y foráneos.

En Chile existe una nueva preocupación por la cultura desde el primer gobierno de la transición a la democracia, al haberse visto fuertemente menoscabada durante la dictadura militar, al menos desde el ámbito institucional –que muchos han llamado “el apagón cultural”–; lo que se ha concretizado especialmente durante la última década. Luego de discusiones en distintas instancias durante los noventas, se llega a la creación del Consejo de la Cultura y las artes (CNCA) en 2003⁶. Entidad que bajo la premisa “Chile quiere más cultura” (2005) creará el Consejo Nacional del Libro y la Lectura. Organismo desde donde se elabora la Política Nacional del Libro y la Lectura, según la que es necesario:

“en el largo plazo, el esfuerzo por una nueva y mejor valoración social del libro y por mejorar sustantivamente los índices de lectura de los chilenos, fortaleciendo una amplia y rica red de bibliotecas públicas, instalando el libro y la lectura al centro de la educación escolar y universitaria, única manera de dar bases sólidas al esfuerzo educacional y a la inserción del país a partir de su propia identidad y valores en el mundo globalizado.” (CNCA, 2006: 5), tomando como

⁶ Respecto a las políticas culturales estatales y la institucionalidad cultural en Chile véase Aranda, 2004.

meta “hacer de Chile un país de lectores y lectoras, esto es, crear y difundir una cultura del libro, especialmente entre los niños y jóvenes, que genere, por una parte, un número creciente de amantes de la lectura y, por otra, que forme lectores y lectoras que comprendan críticamente lo leído, utilizando la lectura como un medio insuperable para estimular la imaginación, el aprendizaje, la información y el desarrollo personal y social” (CNCA, 2006, p. 6)

Estas políticas de Estado no responden al trabajo meramente gubernamental o estatal, sino que han sido formuladas desde las propuestas y avances ya realizados por distintos actores, tales como ONG's, asociaciones de editores, de escritores, de librerías, entre varios otros. Se puede entrever en esta política una fuerte identificación entre lectura y libros, dando a entender que la principal relación de la lectura se da privilegiadamente a través del libro. Un movimiento similar se encuentra en varios otros discursos institucionales relacionados con la lectura. Por ejemplo en algunas políticas francesas del libro, como en los documentos del CERLALC, así como en otras políticas nacionales de lectura de América Latina. Un caso ilustrativo en Chile lo encontramos en una institución privada –*Fundación la Fuente*– que ha realizado estudios sobre la realidad chilena en torno al libro (Fundación la Fuente, 2006; 2008; 2010). Estos estudios identifican una falta de interés por los libros, pero no así por la lectura. José Weinstein concluye en el segundo estudio: “...el problema principal no es el acceso físico a los libros, sino el más trascendente del deseo y la voluntad de asirlos...” (2008, p. 23), “La paradoja es que, en este cuadro deprimente para el libro, la lectura, como actividad, crece” (2008, p. 24). El libro es central a la lectura; de tal manera que para esta institución no basta con que solo se lea, es relevante leer un formato en particular como lo son los libros.

En el ámbito iberoamericano encontramos al CERLALC, creado en 1971, y que depende de UNESCO. Entre sus antecedentes enuncia: “A finales de los años sesenta se identificó, a través de diversos estudios de organismos internacionales, que el acceso a los libros y la lectura estaban directamente vinculados con el desarrollo de los países”⁷. Lo que enmarca la relevancia de ambos elementos, libros y lectura, para la cultura en las sociedades actuales; y que además permite entender los lineamientos de políticas de Estado sobre el fomento o impulso a la lectura de libros: vale la pena que el Estado invierta en acrecentar esta forma cultural. Una preocupación también existente en Chile, y que es especialmente relevante al

⁷ CERLALC. *Antecedentes* en página web:
<http://www.cerlalc.org/secciones/acercadelcerlalc/quienesomos/antecedentes.htm>

momento de figurar los movimientos del discurso que operan para la promoción de la lectura y los libros. En la actualidad, la mayoría de los países de Latinoamérica tienen planes nacionales de lectura con objetivos y plazos definidos por instituciones estatales.

A la vez que se crea el CERLALC, surgen en distintas regiones otros centros para el fomento del libro y la lectura. Así, los proyectos y políticas contra el analfabetismo y, en definitiva, la promoción de la lectura y los libros, se transforman en una bandera de lucha. Dentro de este movimiento de nueva institucionalización de la preocupación por la lectura y el libro, se da un hito relevante para Iberoamérica, a partir de la VI Conferencia Iberoamericana de Cultura, realizada en Santo Domingo el año 2002, con el plan de fomento de la lectura ILIMITA. Se destaca en el sitio web de la Conferencia que “atendiendo el estratégico papel de la lectura como factor de desarrollo y como instrumento concreto para garantizar la inclusión social y a partir de numerosas determinaciones internacionales como la Declaración Mundial sobre Educación para Todos (Tailandia, 1990) y la Década de las Naciones Unidas de la Alfabetización (2002), entre otros, la OEI y el CERLALC han adelantado acciones con el fin de poner en marcha el Plan Iberoamericano de Lectura”⁸. Este programa –ILIMITA– tiene como objetivo: “*Posicionar en Iberoamérica la lectura como un factor de desarrollo social, educativo, económico y cultural, y como herramienta de inclusión social*”⁹ y además considera entre sus objetivos el convertir el desarrollo de la lectura y la escritura en un asunto de política pública, crear conciencia sobre el valor social de la lectura, mejorar el acceso al libro y otros materiales de lectura y fortalecer la cadena para la creación, producción y comercialización del libro, entre otros.

Este panorama antecede el trabajo comenzado en 2003 en Chile con la creación del CNCA, que después aparece cristalizado en la Política Nacional del Libro y la Lectura en Chile del 2006 y que toma la forma del Plan Nacional de Fomento a la Lectura que funciona desde el 2007, para luego ser reelaborado con el Plan Lee Chile Lee en 2011. Respecto a la política del 2006, los objetivos y líneas de acción son prácticamente los mismos que los planteados en el programa ILIMITA. En general la región iberoamericana comparte estos puntos, por

⁸ En: <http://www.cumbre-iberoamericana.org/cumbreIberoamericana/ES/informacionGeneral/antecedentes/cooperacionIberoamericana/ILIMITA.htm> consultado el 12 de Julio de 2010.

⁹ *Ibid.*

un lado “*el reconocimiento de la lectura como una condición básica del desarrollo individual y colectivo; y en lo negativo, la identificación de los problemas para el acceso a los materiales de lectura y para la sostenibilidad de los planes nacionales de lectura*” (Peña e Isaza, 2005, p. 12); ya que a partir del programa ILIMITA (2002) y dos “Encuentro iberoamericano de responsables de políticas públicas de lectura” se trabajó regionalmente en fomentar la elaboración de estas políticas con estos énfasis.

En “Chile quiere más cultura” (2005), el CNCA enuncia que:

“[La lengua] es el sitio privilegiado de nuestra identidad, nuestro principal patrimonio, y por ello debe ser estudiada, cultivada y difundida con esmero, valorada como factor central de nuestra vida cultural y *protegida de reducciones y distorsiones*. La lectura y la escritura, factores de importancia fundamental en el desarrollo del idioma, han sido históricamente los principales vehículos de transmisión del conocimiento y constituyen competencias esenciales para el desarrollo de las personas” (p. 23-24) [cursivas añadidas]

La lectura y la escritura son herramientas de altísimo poder social, subordinadas a la lengua. Además de que la cultura escrita tiene esta centralidad, contiene formas privilegiadas. La preeminencia del libro en la propuesta de la Fundación Chile 21 es clara:

“Darle al libro un rol central en el desarrollo país y elevar el valor simbólico que le asignan sus ciudadanos, es uno de los desafíos centrales de una política nacional el libro y la lectura, como también permitir un acceso más equitativo a este bien por parte de la ciudadanía, pues el libro tiene un valor social superior a su valor privado” (2005, p. 71)

Así como en el plan nacional de fomento a la lectura Lee Chile lee se indica que “Una de sus propuestas más importantes fue la de pensar el fomento de la lectura como una política de Estado, reconociendo la importancia capital de la lectura para los procesos de desarrollo económico, cultural y social del país” (CNCA, DIBAM y MINEDUC, 2010, p. 25).

En Chile, por un lado, se destaca el accionar a favor de la lectura por los beneficios a nivel de participación ciudadana que puedan proveer, así como los réditos en el desarrollo económico que parece tener aparejado un alto nivel de desarrollo lector, ya que la lectura permite el estímulo de las habilidades y competencias de los chilenos, estimulando “*la imaginación, el aprendizaje, la información y el desarrollo personal y social*” (CNCA, 2006, p. 6). Ciertamente, no es coincidencia que el 2005 la Asociación de Editores Independientes y la Fundación Chile 21 hayan relevado esta relación, ya a comienzos de la década del 70 el CERLALC lo hacía. Esta relación no se explicita con mayor claridad, ni se presentan estudios

decisivos. Más que representar una falta de prolijidad aquello viene a dar cuenta de lo aceptable de dicha concepción: ¿podría dudarse de las virtudes de la lectura en general?

En el último plan nacional de fomento lector “Lee Chile lee” también se hace la relación entre nivel lector y desarrollo económico, en este caso pensando en los resultados de la prueba PISA:

“En otras palabras, los estudiantes de 15 años encuestados poseen un nivel de comprensión de lo que leen que está por debajo del nivel esperado dado nuestro nivel de desarrollo económico y probablemente tendrán mayores dificultades para insertarse en el mundo laboral y para aprovechar oportunidades de aprendizaje y capacitación” (2010, p. 22)

La idea del desarrollo económico ligado a la cultura es recurrente, en el documento citado de la Fundación Chile 21 con la Asociación de Editores Independientes aparece bajo otra forma:

“experiencias en el ámbito latinoamericano demuestran que si hay políticas sustantivas destinadas a apoyar la creación literaria y cultural, incentivar los hábitos de lectura en la población y fomentar la producción y comercialización del libro, es perfectamente posible desarrollar una industria en la que nuestro país tendría claras ventajas comparativas, dados los niveles de escolaridad que hemos alcanzado, la disposición de materia prima, la capacidad exportadora de nuestra economía y, en general, la estabilidad de que gozamos” (2005, p. 40)

En este caso, si dada la estabilidad económica del país es perfectamente posible la consolidación de una industria editorial –con condiciones como difundir las prácticas lectoras de libros– cabe cuestionarse por qué esto no ha sucedido y por qué se debería hacer que ocurriera. Cuando se habla del desarrollo de esta industria se hace referencia, en definitiva, a la creación de una demanda por un bien cultural particular como es el libro. Las condiciones en la propuesta merecen ser miradas con mayor detención pues apuntan a la necesidad de orientar racionalmente el desarrollo de las prácticas culturales, lo que implica una justificación anclada en el alto valor social de esta en particular.

Es precisamente este valor uno de los puntos transversales y más destacables en los discursos institucionales sobre la lectura y los libros. Aunque no se plantee explícitamente que la lectura de libros o la lectura a secas deban sobreponerse a otras prácticas culturales, el volumen de los esfuerzos dedicados a esto –como la enorme cantidad de recursos que se movilizan en distintos niveles de educación para (im)poner la lectura y el libro en el mundo de los niños y jóvenes–, así como la convicción positiva sobre los efectos de la lectura que observamos en las enunciaciones, al contrastarse con los respectivos esfuerzos y

enunciaciones relativos a otras actividades y prácticas culturales, así lo afirman. Es decir, hay una predilección por fomentar la lectura y el libro frente a cualquier otra práctica cultural en el ámbito práctico. La apreciación positiva de la lectura (de libros) que aparece en todos estos discursos inevitablemente pone a esta en relación a otras prácticas, así como consecuentemente permite articular la relación entre los desarrollos, social y económico, y las prácticas lectoras: lo que lleva a un resultado particular, como es el que la lectura de libros y la lectura de textos en general, como forma particular de la cultura escrita, se muestran como la forma *correcta* de transmisión cultural.

Esta forma de considerar a la lectura como valor cultural preeminente no ocurriría, por supuesto, si la lectura fuese una práctica ubicua y homogénea. Los indicadores estandarizados, ya sean las pruebas PISA¹⁰, IALTS¹¹ o análogas, alertan a los discursos institucionales sobre la necesidad de tomar acciones y posiciones para cambiar el curso de las lecturas. En términos comparativos, no solo estamos en desventaja respecto a otros países, sino que además hay una contradicción interna al no condecirse el nivel económico con el nivel de comprensión correspondiente. Al distribuirse desigualmente las lecturas, ya sea según la escala que dictan las pruebas de comprensión lectora o los indicadores de participación y consumo cultural¹², vemos la articulación de un conflicto en múltiples niveles. La respuesta al conflicto en su conjunto es tomar el fomento de la lectura como una bandera de lucha cultural, enfatizando dos puntos: los libros son el objeto privilegiado en ella y la justificación de esta ha de relacionarse mayormente con algún tipo de desarrollo socioeconómico, es decir, proveer réditos a nivel estructural.

En la práctica, no es posible establecer con rigor el nexo entre desarrollo, económico y social, y la lectura. Lo que sostiene esta relación es precisamente la emergencia de un valor asociado a la cultura escrita y a una forma particular de esta: la lectura de libros. Si, de esta manera,

¹⁰ Programme for International Student Assessment

¹¹ International Adult Literacy Survey

¹² Respecto a lo primero, el ejemplo de la prueba PISA es el más utilizado como indicador de que la comprensión lectora, en este caso la de escolares de 15 años, está segregada por ingresos del hogar y según tipo de establecimiento educacional: municipal, particular subvencionado o particular pagado (MINEDUC y OCDE, 2010). Otro ejemplo destacable, más extensivo en su muestra, es el trabajo de Cociña (2007) con los resultados de la prueba IALS: encuentra que las variables más significativas respecto a leer libros son nivel educacional, nivel de educación de los padres y nivel de ingresos del hogar. Por otra parte, las Encuestas de Participación y Consumo Cultural (por ejemplo CNCA, 2009) dan cuenta del desigual acceso a los libros y la lectura, marcado por nivel de ingresos, nivel educacional y por tramos etarios principalmente.

los réditos sociales e individuales que promete la lectura se quedan en el plano enunciativo, el valor que queda por relevar en esta tiene que ver con un valor tradicional o patrimonial que poseería. Esto en el sentido de ser una práctica asociada tradicionalmente a una cultura dominante o alta que, como tal, *vale la pena* y que, a la vez, *sería una tragedia perder*. Es así como se nos revela el fuerte componente normativo que subyace a estos discursos; en tanto en la práctica no tenemos mayores niveles lectores, médanse como se midan, y existe una inesperada y desfavorecida asociación entre el desarrollo económico y el desarrollo lector, el llamado es a reorientar el curso de las prácticas hacia una dirección distinta a la de su realización presente. Realización cruzada por desigualdades que son el obstáculo a la promesa provista por la lectura, su *bondad*, que permitiría superarlas.

Esto debe mirarse con una mirada de larga duración y con amplitud según los espacios sociales: ciertamente los grupos dominantes nunca han podido cerrar completamente el acceso a la cultura escrita. Es imposible, pues, monopolizar sus usos; se perdería eficacia comunicativa y simbólica si esto sucediera. Existen varios ejemplos tanto de la predominancia de la oralidad en sociedades, incluyendo los sectores dominantes de la estructura social (en la Europa medieval Zumthor, 2000; Frenk, 2005, por ejemplo), así como hay vasta evidencia de usos de la cultura escrita por dominados; el tema más revisado al respecto en Europa, en el marco de la primera modernidad, es el de la biblioteca azul (Chartier, 2005; 2002). De todas maneras, la cultura escrita y sus diversos usos y puestas en práctica sí han estado mayormente del lado de quienes son capaces de movilizar mayores capitales –económico, social y cultural–, es decir, existe una afinidad electiva entre grupos sociales dominantes y cultura escrita. En definitiva, los usos determinados de la cultura escrita dependen de un correlato social estructural, que, al menos desde la imprenta de Gutenberg, han tenido un desarrollo que privilegió el libro como soporte y una lectura alfabética logocéntrica¹³. Desarrollo que ha aparecido especialmente vinculado a grupos sociales dominantes y que, de esta manera, ha llevado a que la lectura de libros sea una práctica prestigiosa y consecuentemente marcada por una serie de desigualdades. Este movimiento decae con la aparición de los medios de comunicación masivos.

¹³ Esta es la forma “tradicional” de figurar la lectura en la modernidad: como forma de lectura teleológicamente orientada al entendimiento y dispuesta a la decodificación de lenguaje como estructura de comunicación racional.

4. ¿El gusto a la base del desarrollo?

En principio puede parecer extraño este llamado a fomentar la lectura que toma la expansión de las prácticas lectoras como bandera de lucha. Al parecer, no es necesario preocuparse de hacer que más personas vean televisión o de enviar al cine o al teatro al público lejano de estos, al menos no con la *seriedad* con que amerita el caso de la lectura. El caso de la imposición escolar de las lecturas es ilustrativo al respecto, ya que en términos curriculares la lectura, y especialmente la de libros, tiene una dedicación considerablemente superior a cualquier otra práctica cultural. Sería un escándalo que un estudiante egresara de secundaria sin las nociones y capacidades más básicas para abordar la lectura de libros, tal como lo expresa la alarma por los bajos resultados en las pruebas de comprensión lectora, como vimos que lo consigna el plan nacional de fomento de la lectura, agregando el desajuste del resultado con los niveles de desarrollo del país (CNCA, *et al.*, 2010, p. 22). Asimismo, una parte de las prácticas culturales queda relegada a espacios extraescolares, ya que no se considera constitutiva de la cultura legítima que se espera transmita la institución escolar; ya sea la interacción con obras electrónicas visuales o literarias, la asistencia y valorización de las artes circenses o la lectura de revistas, son prácticas y objetos culturales que quedan mayormente al margen de la escuela. La importancia que se le da a la lectura de libros respecto a otras prácticas culturales se establece relacionamente: es sintomático que la única política de fomento de prácticas culturales propiamente tal sea hacia la lectura, así como existen fundaciones y corporaciones privadas con esta preocupación tan general como hacer que más personas “lean” o “lean libros”, de la que la Fundación La Fuente es un claro ejemplo. La distancia entre las prácticas lectoras empíricas y las que son invocadas normativamente en los discursos institucionales de la lectura como una necesidad por la que deben invertirse distintos recursos y esfuerzos da cuenta, por un lado, de la importancia atribuida al desarrollo de la lectura en la sociedad, por los réditos mencionados más arriba, a la vez que ilustra la lejanía de ciertos sectores sociales respecto a la cultura del libro y la lectura.

Cuando se mencionan las diferentes formas de expandir las prácticas lectoras, ya sea haciendo llegar la cultura del libro y la lectura a sectores excluidos o mejorando indicadores de pruebas estandarizadas, se evidencia una claridad respecto a la necesidad de que estas prácticas se funden en una preferencia personal, que sean sustentadas, en última instancia, por el gusto. Leer libros por imposición no es sostenible para conseguir los desarrollos

estructurales e individuales. Si esta forma particular de la cultura escrita es la forma adecuada de formación y comunicación para los discursos institucionales, especialmente deseable, también tiene una forma adecuada de incorporación: el placer de la lectura. No son *útiles* los lectores que leen por encargo u obligación, es necesario crear un gusto por la lectura –dentro de los márgenes del libro o de formas análogas– que finalmente se torne en un *leer por leer*; solo así ha de formarse una disposición hacia la lectura duradera y estable.

Esto permite avanzar en una dirección interesante, pues la lectura de libros se muestra no solo como la producción de bien individual y social, es una marca de *status*¹⁴, a través de las series de valores que le son atribuidos: leer libros es *bueno*, mejor que cualquier otra práctica cultural según los propios discursos institucionales. Ahora bien, como mencionamos, hay una caída en la centralidad de la lectura –alfabética– desde la aparición de los medios de comunicación masivos. Funciones tradicionalmente asignadas a los libros y a los escritos en general –revistas, folletines, diarios– como la información y el ocio, pasan en un período relativamente breve a ser ejercidas por estos nuevos medios. El paso que hay entre el actual Plan Nacional de Fomento a la Lectura, Lee Chile lee, y el que lo precedía es ilustrativo en este sentido. Si se constataba una preeminencia de la lectura de libros, vale decir, un plan *librocéntrico*, esto se ve desplazado luego hacia la lectura en general. Al respecto, Chartier y Hébrard anotan:

“Como vector obligado del saber, de la información, de lo imaginario, la lectura es el paradigma de toda formación. Cuando, a mediados del siglo XX, las informaciones y los pasatiempos se trasladan hacia el sonido y la imagen, los adversarios de ayer se reencuentran en una unión sagrada para resistir al enemigo, la televisión, prototipo de la incultura y del consumo pasivo. Puesto que solo la lectura puede “formar”, hay que hacer lo imposible por hacer leer: el verbo “leer” se convirtió en intransitivo” (2002, p. 198)

Los promotores de todo tipo de lectura se van a ver obligados a aunarse bajo la consigna de la lectura, en genérico, para articular esta lucha. Esto no implica que la lectura de libros deje de ser una marca de *status* en el país (Torche, 2007). Por lo mismo que el gusto, en tanto base de un sistema de prácticas lectoras efectivo, queda segregado, lo que sostiene una barrera

¹⁴ Lo que se traduce en la serie de desigualdades que atraviesan el mundo de la lectura y el libro, permitiendo que variables como nivel socioeconómico o nivel educacional sean explicativas de las prácticas lectoras. En este sentido, la lectura de libros es una marca de *status* al producir un cierre social de carácter simbólico, es decir, que no se explica por prescripciones jurídicas o de otro tipo. Max Weber es quien dio las bases para considerar el prestigio o *status* como categoría de cierre social. Cfr. Aguilar, 2009.

simbólica –por tanto material también– en el universo de las prácticas lectoras. Pese a aquello, sí se encuentra en los discursos institucionales sobre la lectura una orientación hacia la promoción de acciones por la lectura cada vez más enfocadas a ese verbo intransitivo, el leer a secas. Tal como se enuncia en Lee Chile lee:

“En la actualidad, el desarrollo de las nuevas tecnologías ha incrementado la importancia de la lectura. Hoy más que nunca la práctica lectora es una actividad fundamental de la vida diaria, que permite a las personas construir un capital cultural, adaptarse a un entorno cada vez más cambiante y transformar la información en conocimiento” (2010, p. 61)

Lo que entronca en la línea de hallazgos como los de Griswold, Macdonell y Wright (2005), según los que en el siglo XXI se volvería a una división como la existente antes del siglo XIX, donde la escisión es entre leer y no leer, sin miras a las diferencias de lo que se lee. Ahora, claro, no por falta del saber leer, sino por el desplazamiento de las preferencias a otros medios de comunicación. De tal manera que, por una parte encontramos un paso de los discursos institucionales hacia la intransitividad de la lectura, a la vez que, por otra parte, se mantienen importantes divisiones dentro de las lecturas, donde destaca la lectura de libros como una modalidad lectora de prestigio social y donde el gusto queda, por tanto, más lejano de los sectores excluidos.

El plan nacional de fomento a la lectura “Lee Chile lee” viene a promover la lectura con una perspectiva que:

“entiende que la sola presencia de textos no promueve la lectura ni es condición suficiente para la formación de lectores. Por el contrario, se requiere de acciones intermediarias que faciliten los encuentros y cercanía con los materiales escritos, ayuden a fomentar el apego, interés y placer por la lectura” (CNCA *et al*, 2010, p. 52)

En tanto es necesario crear un gusto por la lectura, un placer incluso, se deben articular acciones concretas que puedan producir aquello. El resultado esperado no es una especie de hedonismo social, sino que desarrollo económico, cultural y social. De esta manera, desde el polo de la agencia se busca generar cambios en la estructura de la sociedad. Por un lado, esto nos lleva a considerar la dinámica profundamente anclada en las disposiciones subjetivas que implica este producir placer, que contrasta con la orientación racional hacia el aporte a la economía y a la democracia, mientras que, por otro lado, es necesario destacar las implicancias que esto tiene para la consideración de la cultura como un componente social. Respecto a lo primero, el contraste producido se traduce en el que leer no es, en definitiva,

un acto recreativo, pero sí debe fomentarse recreativamente. Por tanto, la necesaria creación del gusto, fundado en el placer de la lectura¹⁵, es un horizonte utilitario. ¿Pueden alcanzarse alguno de los desarrollos esperados de un nuevo sistema de disposiciones individuales, de un gusto nuevo o expandido? Para responder esta pregunta no puede soslayarse el hecho de que la cultura escrita y formas particulares de ella, como la lectura de libros, estén cruzadas por cierres sociales en la práctica.

Según la lógica de los discursos institucionales, el desarrollo de un gusto por la lectura conduce al desarrollo económico y social. Vale decir, un cambio a nivel estructural lleva a otro de la misma índole. El gusto no es un sistema de disposiciones que articula las preferencias individualmente ni menos que se forma de manera individual, hay regularidades y patrones sociales que lo sustentan y que se transforman en el tiempo. Considerado desde las prácticas culturales, esto ha sido mostrado en varios casos (Bourdieu, 1976; 2012; Chan y Goldthorpe, 2007; Zavisca, 2005; Tampubolon, 2010; entre muchos otros), y en Chile hay suficiente evidencia para seguir esta interpretación (Catalán y Torche, 2005; Gayo, Teitelboim y Méndez, 2009). Así, pues, se genera una contradicción discursiva al esperar que el gusto, signo de una cultura del ocio, se presente como el agente de cambio para los desarrollos económicos y sociales. ¿Es un desarrollo social con base en el gusto? Entramos en un círculo sin salida donde se necesita el desarrollo de la lectura para el desarrollo económico y social, para lo que, a su vez, la creación de este gusto por la lectura es sustancial, mientras que este gusto tiene una formación de base social, es decir, está estrechamente relacionado con el nivel de desarrollo socioeconómico. Esto es más claro al considerar, como lo planteara Bourdieu, que existe una homología entre el campo social y el campo cultural, de manera que los gustos vienen a reduplicar diferencias existentes en el seno de la vida social, donde existe una estructura con clases dominantes y dominadas. El llamado de estos discursos institucionales –así como los esfuerzos prácticos como programas de difusión de

¹⁵ Es importante destacar que gusto y placer no son términos directamente intercambiables, aunque sí están estrechamente relacionados. El gusto no se constituye exclusivamente por el placer o desde este y, como evidencia la estética como su racionalización, una parte del gusto tiene otras fuentes, como emociones estéticas de diverso tipo, que se expresan frente a experiencias difícilmente asociables al placer (por ejemplo, los *Desastres* de Goya). Cfr. Bozal, 1999. En el caso de la lectura el problema del gusto pasa por la preferencia de una forma cultural, no restringida exclusivamente al placer, como vehículo de transmisión y formación, donde podríamos oponer una cultura escrita a una cultura visual u oral que es la privilegiada por los medios de comunicación de masas.

libros, creación de bibliotecas, talleres de literatura, etc.– no considera este gusto que debe ser creado como un fin en sí mismo, sino que lo instrumentaliza para un bien superior, como son los desarrollos mencionados¹⁶.

Esto debe considerarse a la luz del estado de las prácticas lectoras en la sociedad: dada la alta segregación de estas que se ha constatado con insistencia, a la vez que se identifica como un obstáculo fundamental la lejanía con el “mundo” del libro y la lectura, es decir, con el gusto por este, la lógica de los discursos se pone *de cabeza*; la expansión de las prácticas lectoras está, en realidad, supeditada a las características de la formación social determinada, que es la que permitirá la emergencia de un gusto, no es el gusto el que llegará –surgido de los esfuerzos de instituciones y otros actores– a producir cambios estructurales en la sociedad. Hay una relación de causa y efecto invertida. Los discursos institucionales tienden a eludir el problema de la relación entre la estructura social y las prácticas lectoras. Si bien plantean la posibilidad de cambiar la sociedad con la lectura (de libros), dejan de lado en el diagnóstico la cuestión de cómo se han constituido las prácticas lectoras en su estado actual, generalmente ligadas a los sectores dominantes, y sostienen la existencia de la bondad de la lectura como promesa de transformación social.

Luego, las implicancias en la noción de cultura que se construye a partir de la idea de provocar cambios estructurales desde las disposiciones subjetivas, nos llevan a establecer a esta como un espacio limitado de funcionamiento autónomo, ya que solo así puede existir un desfase, por ejemplo, entre nivel lector y desarrollo económico. Además, permite establecer una jerarquía interna, donde la lectura de libros está en una posición superior a la de otros soportes o materiales. Estas posiciones que aparecen en el plano discursivo, a su vez tienen correspondencias en las prácticas culturales dentro del espacio social. La evidencia empírica da cuenta de una serie de variables que permiten ordenar las prácticas culturales, como nivel educacional, nivel socioeconómico o edad (por ejemplo Gayo *et al*, 2009).

¹⁶ Este punto en particular lleva a una larga disquisición a partir de Kant y su *Crítica de la facultad de juzgar* que no cabe aquí. Al respecto, hacemos algunas consideraciones. En tanto “fundar un gusto autónomo es un rasgo decisivo de la modernidad” (Bozal, 1999, p. 10), y la estética viene a racionalizar dicho gusto con la búsqueda de su fundamento, debemos tener presente que el gusto deja de ser ancilar a otros ámbitos. La autonomía de lo estético respecto de los fines prácticos y del concepto teórico sitúa al gusto precisamente como un fin en sí mismo. Así, entra en contradicción la bondad de la lectura enunciada por los discursos institucionales y el fin en sí mismo del gusto como la base generadora de esta práctica.

Además, la identificación de la relación entre niveles lectores y desarrollo social, aunque sea solo como promesa, construye una noción de cultura que plantea una homología entre niveles de desarrollo en distintos campos. No es, en sentido estricto, la homología entre patrones de comportamiento cultural y clase social que planteó Bourdieu en *La Distinción*, pero sí evidencia una relación entre cultura y estructura. Esta relación aparece articulada por un valor que denominamos como la *bondad de la lectura*, en tanto se asocia a los efectos positivos de esta sobre la vida personal y social. Así, desde los discursos institucionales se entiende que los efectos de realizar esta práctica cultural, leer, constituyen importantes aportes que, como tales, deben ser fomentados. Ahora bien, una vez que ocurre esta “unificación” de las luchas por la lectura, es decir, que ya no solo hablamos de determinadas lecturas, sino de esta en general, lo que queda por defender se vuelve una práctica tan general, que el asidero restante es precisamente este valor. La lectura aparece como una actividad ennoblecedora, sin miras a su modalidad (Barbero, 2005; Leenhardt, 1990), soporte o contenido. Asimismo, la bondad de la lectura, que es promesa aquí, entra en contradicción con las condiciones para crear el gusto por la lectura, como base generadora de esta práctica, identificada por los mismos discursos.

5. Discusión

Como hemos revisado, existe una contradicción entre fomentar la lectura por sus réditos no recreativos, y el planteamiento consiguiente de que esto sólo podría hacerse recreativamente. Si observamos los alcances de esto, se hace patente que existe una separación entre el horizonte utilitario de las bondades de la lectura –los desarrollos que provee– y la metodología “participativa” para acrecentar los índices lectores, que tiene como fin último provocar el gusto por la lectura. Esto daría cuenta de otro fenómeno en la sociedad, al dar luces sobre las formas y límites de las orientaciones planificadas que se le dan a esta, o más bien del tipo de tareas que la sociedad se asigna a sí misma. Así también, es claro que hay elementos discursivos que se quedan en ese plano, más como una declaración de principios que como una acción efectiva en la dirección propuesta, por lo que el objetivo no se cumple en la práctica y queda sólo a nivel de consigna.

El privilegio de la lectura de libros desde la planificación estatal no solo muestra el interés de este agente –unido a otros de la sociedad civil y el mundo privado–, sino que nos da una

clara señal del intento deliberado de este por moldear las relaciones sociales. Ninguna otra práctica cultural es promovida e impuesta tanto como la lectura –y en especial la lectura de libros–. Acerca del interés de los distintos agentes que participan en la promoción e imposición de la lectura, este se relaciona directamente con el valor positivo y ennoblecedor asignado a la práctica. De esta manera, se muestra cómo hay un predominio de la cultura escrita, fundada en una lectura alfabética, como herramienta de formación y comunicación social que, como tal, cuenta con una mayor legitimidad.

Además, según se establece una relación entre la lectura, los libros, la democracia y el desarrollo económico, que plantea que el desarrollo lector, en especial el vinculado a los libros, conlleva un desarrollo económico, así como tendría efectos positivos sobre la participación ciudadana, observamos que se constituye como una relación espúrea desde el diagnóstico mismo realizado por los discursos. Pues el diagnóstico da cuenta de distintas formas de la no coincidencia entre los niveles lectores y el desarrollo o la sana estabilidad económica. La contradicción basal aquí se expresa al considerar al gusto como principio generador de prácticas lectoras efectivas y constantes, a la vez que se le confiere un horizonte utilitario según la bondad de la lectura permitiría cambios en la sociedad, desarrollos de distinto tipo. En esta lógica se deja de lado el problema de la autonomía del gusto y la relación de su constitución y la formación social que lo genera, es decir, el que el gusto se forma en buena medida a partir de condiciones estructurales, antes que constituir el gusto la estructura de la sociedad.

En este sentido, este desacople entre desarrollo lector y desarrollo económico constatado en Chile, que contradice la esperanza anclada en la directriz racional que justifica la promoción e imposición de la lectura en general, permite avanzar en la comprensión de la configuración cultural (Grimson, 2011) determinada del contexto y, más allá, aporta a la comprensión de la cultura como una dimensión social autónoma donde la lectura y los libros gozan de una alta estima y legitimidad.

Si lo que está en juego es un aporte al desarrollo económico y a la participación ciudadana, esto sólo se sostendrá como una promesa –la bondad de la lectura– en el plano de la enunciación mientras sea una práctica que requiere del gusto debido a lo indirecto de sus réditos. Hasta el momento, este gusto pareciera estar insuficiente y desigualmente

distribuido, según el mismo componente normativo que lo consagra desde su utilidad social en los discursos revisados. La lectura –en especial la de libros– posee un valor particular que se manifiesta en tomar su fomento y (re)creación como bandera de lucha, destacándose frente a lo que podrían ser otros frentes culturales de defensa. Los niveles de escucha de música folclórica decaen, el público de los espectáculos de danza es minoritario y parece particularmente difícil consolidar una industria cinematográfica en el país ¿no deberíamos tener planes de fomento y orientación para la música folclórica, la danza o el cine nacional? Según estos discursos, no al nivel en que se hace necesario fomentar la lectura, no con la seriedad que ameritaría esta. Aquella seriedad se establece en términos relacionales respecto a las otras prácticas, en tanto ninguna ha de contar con los ingentes esfuerzos de parte del Estado, ya sea en el ámbito escolar o a través de las políticas de fomento a la lectura, así como no encontramos instituciones privadas dedicadas a una tarea tan general como acrecentar los niveles de lectura en la población o crear hábitos lectores.

El valor creado alrededor de la lectura de libros puede ser asociado con un largo proceso histórico vinculado con la cultura escrita que se mantiene como un pilar o eje articulador en la cultura. No obstante, hay una serie de tensiones que evidenciamos en el contexto contemporáneo, relacionadas, por ejemplo, al tener que pasar del fomento de la lectura de libros al de la lectura en general, como práctica intrínsecamente virtuosa. Este paso puede verse en la Política Nacional de Libro y la Lectura y los planes de fomento previos al plan nacional de fomento a la lectura *Lee Chile lee*, formulado en 2010: se pasa de una perspectiva *librocéntrica* a una *lectocéntrica*.

Por último, podemos establecer una serie de características de la noción de cultura que se construye desde estos discursos institucionales que hacen aparecer a esta como un espacio limitado de funcionamiento autónomo. Asimismo, hay una jerarquía interna que tiene a la lectura de libros en un espacio superior a la de otros soportes o materiales, así como a la lectura por sobre otras prácticas culturales. Además, con la relación entre niveles lectores y desarrollo social planteada aparece una relación homóloga entre cultura y estructura, lo que a su vez se articula, enunciativamente, por el valor construido en el discurso de la bondad de la lectura.

Los obstáculos a la lectura de libros en Chile: el gusto como un nuevo factor

1. Los obstáculos a la lectura de libros en Chile

En el mundo contemporáneo la lectura alfabética mantiene un lugar central para la cultura, aunque bien distinto al que tuvo en la Europa de la Ilustración o en la América Latina decimonónica. Prueba de esta posición distinta es la extensión que han visto los procesos de alfabetización alrededor del mundo, no sin reparos, desde comienzos del siglo XX. La lectura se convierte para muchos agentes en una bandera de lucha que traerá progreso, civilización y que será, en definitiva, una herramienta de enorme potencial para los que la dominen. Las tasas de alfabetización superan el 90%¹⁷ en la mayoría de los países, y una de las misiones más básicas del sistema escolar es producir lectores perspicaces. Asimismo, los lectores son disímiles y las lecturas tienen una desigual distribución en el espacio social¹⁸. Esta distribución no es azarosa, sino que responde a patrones sociales que dan cuenta de un orden particular susceptible de reconstruirse según principios que estructuran este y otros espacios sociales. De tal manera, indagar en la lectura como práctica social permite no solo representarse el orden de esta práctica, sino también contrastarlo con el orden de otras prácticas y espacios. En especial, la lectura de libros promete importantes réditos al caracterizarse como un marcador de *status* en Chile (Torche, 2007), lo que enfatiza las distancias y distinciones dentro de los que realizan la práctica. De hecho, según el Estudio de Comportamiento Lector de 2011 (CNCA, 2011), un quinto de la población de 9 o más años no lee libros nunca (ver tabla 3.1.), lo que es una cifra significativa si consideramos que en Chile la alfabetización alcanza al 98,6% de la población de 15 o más años (UNDP, 2011, p. 158).

¹⁷ Según el reporte de Desarrollo Humano 2011 del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (UNDP) en las regiones de Europa, Asia central y del este, Pacífico, América Latina y el Caribe los índices de alfabetización superan el 90% (p. 161). Este indicador corresponde a la población de 15 años o más que puede leer y escribir al menos una afirmación corta y simple sobre su vida cotidiana, comprendiéndola.

¹⁸ Dos ejemplos son pertinentes aquí. Un indicador comúnmente citado son las pruebas estandarizadas de habilidad lectora como la Encuesta Internacional de Alfabetización en Adultos (IALS), que para el caso chileno muestra sesgos en el nivel educacional, entre otros (Cociña, 2007). También puede verse este fenómeno en un espacio más reducido y especializado como el de la crítica literaria. Largas discusiones sobre el valor literario de este y otro autor remiten, en buena parte, a las distintas y desiguales lecturas producidas al interior del grupo de lectores profesionales dedicados a la crítica y (re)creación del canon.

Como destaca Bourdieu (2010), entre los principales factores que se han identificado como explicativos de la lectura de libros están el nivel de instrucción y el origen social, donde es particularmente importante el capital cultural heredado de los padres. Para el caso chileno, Matías Cociña (2007) constata la relevancia de estos factores, así como encuentra que el sexo también influye en la lectura de libros, en el sentido de que las mujeres leen más que los hombres. Estos factores dan cuenta de la necesaria existencia de un medio social particular para el desarrollo de esta práctica, que tiene dos espacios fundamentales, la familia y la escuela. Es a través de tal espacio que la lectura de libros puede cobrar sentido, tanto como herramienta funcional o como objeto del placer, tomando la forma de una actividad común y cotidiana, lo que conlleva la adquisición de una serie de competencias inherentes a un exitoso proceso de lectura. Esta incorporación práctica se sostiene, en última instancia, en una disposición particular hacia la cultura escrita, que tiene como forma principal el gusto por la lectura.

El sistema escolar intenta con ahínco impregnar de una cultura escrita legítima –donde la lectura de libros tiene un lugar privilegiado– a los estudiantes, ya sea a través del rescate y puesta en valor de clásicos de la llamada literatura universal, o bien por medio de los próceres literarios nacionales, como también a través de un método de interpretación apropiado, guiado por las directrices escolares que buscan aislar las obras, presentándolas como unidades de análisis. Este intento no solo puede ser insuficiente, como muestra la desigual distribución de las lecturas y los lectores, sino que ha de traer efectos contrarios eventualmente, alejando a los estudiantes –incluso a los que son considerados buenos o exitosos– del mundo de la lectura (Singly, 1989; Baudelot, Cartier, Detrez, 1999).

Por otro lado, la importancia del capital cultural heredado es fundamental. Esto es, en definitiva, haber crecido en un entorno donde la cultura legítima –de la que los libros son un excelente exponente todavía– sea *pan de cada día*. Así, desde la socialización primaria hasta las siguientes relaciones cotidianas acaecidas en el seno de la familia, se crea un fuerte influjo que permea hacia las disposiciones de los individuos frente a los bienes y las prácticas culturales. De esta manera, tanto el capital cultural familiar, como el capital escolar son factores que deben tenerse en cuenta al momento de analizar la lectura de libros (Verboord y Van Rees, 2003; Karykaamp, 2003).

Además, los cambios que ha sufrido la lectura durante los últimos tres siglos (Carvallo y Chartier, 1998) nos llevan a considerar en términos relacionales la lectura de libros frente a otras prácticas culturales. Los medios de comunicación de masas son el principal referente, en tanto han tomado el lugar que antes detentaban mayoritariamente los escritos, ya sea como medios de información o esparcimiento. Como cierto discurso de tono apocalíptico ha identificado, medios como la televisión habrían desplazado a un plano secundario a la lectura, especialmente la lectura de libros (Chartier y Hèbrard, 2002). No obstante, algunas investigaciones indican que este desplazamiento no es tal, ya que los no lectores no son necesariamente los que más acceden a otros medios; por ejemplo Escarpit, Robine y Guillemot (1966) constatan en Francia que no existe una relación excluyente entre leer libros y ver televisión. De todos modos, es indiscutible que dado el desarrollo de los medios de comunicación de masas y las nuevas tecnologías, encabezadas por internet, el contexto de la lectura en el siglo XXI es radicalmente distinto del que la cultura escrita viera en cualquier otra época. Por lo mismo, tomando en cuenta la ubicuidad de la televisión en las prácticas culturales de los chilenos¹⁹, ha de ser revisado el efecto de esta sobre la lectura de libros, así como el efecto del uso de internet, como eje de las nuevas tecnologías.

En el contexto contemporáneo la lectura de libros disminuye en su uso utilitario, al menos en términos relativos, por el auge de otros medios de comunicación. Son las capas superiores las que más realizan esta práctica (Horrelou-Lafarge y Segré, 2007, p. 72) y como objeto de lectura los libros aparecen en Chile como un marcador de *status* (Torche, 2007), tradicionalmente vinculados a una cultura alta e ilustrada (Subercaseaux, 2010); quienes quedan fuera de la lectura de libros son los que mantienen una distancia social que, por supuesto, excede esta mera práctica, y que tendría un principio articulador, el gusto. El gusto por la lectura de libros se hace más significativo al reducirse la necesidad de esta como medio de instrucción o esparcimiento, dada la aparición de los nuevos contendores. El gusto viene a cristalizar en los agentes los procesos incorporados en el espacio social, especialmente en el sistema escolar y en la familia, haciendo que para algunos la lectura de libros tome una

¹⁹ Según la Encuesta de Participación y Consumo Cultural del 2009, el 98,6% de los chilenos de 15 o más años decía haber visto televisión la semana anterior al ser consultados.

seriedad consagrada, a la vez que deja a otros indiferentes o renuentes al mundo de los libros y la lectura –hasta que se topan o tropiezan con una cultura legítima dominante–.

En este capítulo nos centraremos, entonces, en el impacto del gusto por la lectura como factor determinante de la lectura de libros. Esto, ya que cabe revisar si es suficiente con los factores tradicionales que han explicado la lectura de libros, o si el gusto por la lectura los excede y, por ende, habría que investigar en profundidad los mecanismos de adquisición, producción y reproducción del gusto. En la sección 2 revisaremos el contexto en el que se encuentra inmersa la lectura de libros en Chile, luego, en la sección 3, desarrollamos el problema del gusto para la lectura de libros. Presentamos la hipótesis, los datos y el análisis realizado en la sección 4, mientras que en la 5 se exponen los resultados. Finalmente, en la sección 6, se concluye.

2. Las prácticas culturales en Chile, el orden de los libros y la lectura en un nuevo escenario

2.1. El universo de las prácticas culturales

Una serie de estudios, realizados en la última década, que abordan los patrones de consumo cultural (Gayo, Teitelboim y Méndez, 2009; Catalán y P. Torche, 2005; PNUD, 2002; F. Torche, 2007), así como las tres encuestas de participación y consumo cultural realizadas por el CNCA (2004-2005; 2009; 2012), junto a otras similares (por ejemplo, en el caso de la lectura, Fundación la Fuente, 2006; 2008; 2010; CNCA, 2011), permiten establecer una descripción de las prácticas culturales en Chile. Todas las prácticas culturales presentan una segregación por nivel socioeconómico y clase social, aunque en el caso de las que son ubicuas –la televisión y la radio– la segregación se daría según los contenidos. También el *status* es relevante a la hora de dar cuenta de este universo, así como, en menor medida, la edad. La figura 3.1 muestra un resumen de las principales prácticas –constatadas por los estudios– realizadas en Chile por la población de 15 o más años:

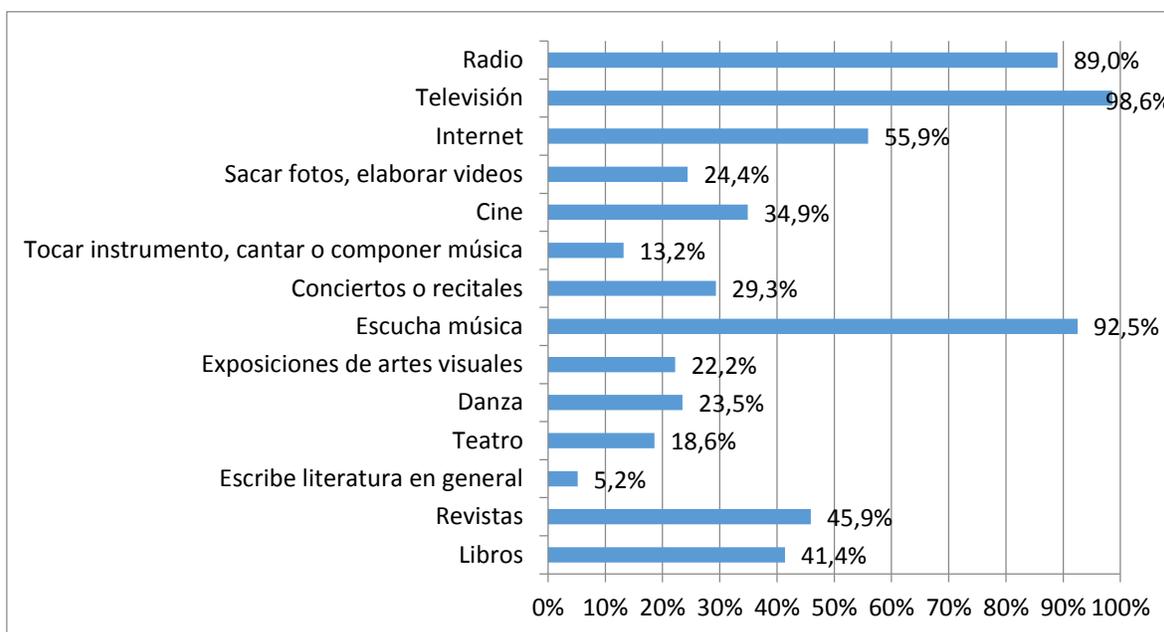


Fig. 3.1. Principales prácticas culturales de la población de 15 o más años en Chile. Fuente: Encuesta Nacional de Participación y Consumo Cultural 2009.

Se observa el enorme impacto de los medios de comunicación de masas, estos han permeado la vida de la población en su conjunto. El internet, pese a ser el medio con menor utilización (55,9%), y tomando en cuenta su aparición reciente, en comparación con la radio y la televisión, va en fuerte aumento²⁰. En el caso de los espectáculos de artes escénicas, el teatro y la danza, alrededor de un quinto de la población ha asistido a estos el 2009, a la vez que una parte similar ha asistido a exposiciones de artes visuales. En el caso de las prácticas vinculadas con una producción directa, como sacar fotos o tocar un instrumento, casi un quinto de la población (24,4%) ha sacado fotos o realizado videos, lo que se reduce casi a la mitad (13,2%) en el caso de la producción musical, cantar, tocar un instrumento o componer música, y que, para las prácticas de producción literaria, ya sea escribir poemas, cuentos u otros, se reduce fuertemente (5,2%). Llama la atención el número de quienes declaran haber leído al menos un libro en los últimos 12 meses (41,4%), en comparación con el número de quienes declaran leer libros en el Estudio de Comportamiento Lector que utilizamos en

²⁰ La velocidad de penetración de las conexiones de banda ancha en hogares ha sido muy alta en Chile. Según la Subtel, el 2000 un 15,01% de los hogares contaba con banda ancha, mientras que el 2012 un 40,88% de los hogares contaba con una.

nuestro análisis (79,9%). Probablemente, esto se deba a que es más restrictiva la pregunta de la ENPCC²¹.

La lectura de libros es menos preferida que otras prácticas, como ver televisión, escuchar radio o música, leer revistas, o utilizar internet. Así como es más común que prácticas como ir al teatro, a espectáculos de danza, o exposiciones de artes visuales. Dentro de las prácticas que implican una producción más directa, como escribir, interpretar un instrumento, cantar o componer música, o realizar videos y sacar fotografías, la que está más estrechamente vinculada con la lectura, es decir, la escritura, es la menos realizada. Es claro que la lectura de libros, y las prácticas relacionadas al mundo de escritura y lectura, no son las más preferidas, aunque en ningún caso son marginales o minoritarias.

2.2. *El orden de los libros y la lectura*

Dentro del universo de las prácticas culturales, la lectura de libros se identifica como una que cuenta con ciertas particularidades. El mundo de los libros y la lectura ha sido tradicionalmente uno vinculado a las élites, aunque de distintas formas. Desde los usos de la escritura en la Antigüedad, pasando por la transformación de los escritos en *codex* durante la Edad Media, hasta la producción masiva permitida por la imprenta y los libros electrónicos; todas estas modalidades de lo escrito se han sostenido sobre usos sociales que, *grosso modo*, han sido hegemonizadas por los sectores dominantes de la sociedad (Carvallo y Chartier, 1998). En Chile, el libro ha sido históricamente un objeto alto e ilustrado (Subercaseaux, 2010). La herencia de esta matriz ilustrada persiste hasta la actualidad, ya que aunque la proliferación de escritos no ha tenido comparación con otras épocas, los libros, como forma escrita y soporte de lectura, persisten como marcadores de una cultura de élite (Torche, 2007).

Entonces, si consideramos que la lectura de libros responde a jerarquías sociales (Horrelou-Lafarge y Segré, 2007, p. 72), lo que en Chile ya se ha constatado en términos de segregación

²¹ Mientras que en la Encuesta de Participación y Consumo Cultural 2009 se pregunta “Con excepción de libros de texto o manuales de estudio y considerando libros usados o nuevos, ¿Ha leído usted algún libro en los últimos 12 meses?”, el Estudio de Comportamiento Lector 2011 plantea la interrogante “¿Con qué frecuencia lee libros en formato impreso?”, donde se desprende de la categoría de respuesta “Nunca” quienes no han leído libros. Entonces, por un lado, la primera pregunta presenta una restricción temporal –los últimos 12 meses–, así como de tipo de libros –excluyendo los libros de texto o manuales de estudio–. Al efecto restrictivo de la pregunta se le suma que la muestra del Estudio de Comportamiento Lector contiene más estudiantes escolares, al abarcar encuestados desde los 9 años.

por nivel socioeconómico en las Encuestas de Participación y Consumo Cultural del CNCA, así como por nivel educacional (Torche, 2007; Cociña, 2007), se hace evidente que las prácticas lectoras, tal como otras prácticas culturales, tienen una correspondencia con la estructura social. Esto, a su vez, no significa que dicha correspondencia tome la forma de un reflejo directo. Existe, efectivamente, una desigual distribución de las lecturas y de los libros; son los sectores dominantes los que más realizan esta práctica –deviniendo marcador de *status*– y los que más poseen libros, pero se hace necesario profundizar en otros factores de esa desigualdad y de su relación con la estructura social.

Hay un valor atribuido a la lectura de libros que le otorga cierta sacralización a esta práctica. Esto aunque no todos los libros son considerados dignos de lectura, así como por ejemplo, algunos géneros, tales como las novelas románticas o de misterio, han sido tradicionalmente considerados como una literatura menor por la élite (Hagel, 1996). Dicha sacralización tiene relación con la consideración de la lectura de libros como una práctica que hace del libro un objeto ilustrado e ilustrante. Como Subercaseaux (2010) muestra, el libro aparece como un objeto que no se queda en el entretenimiento y el ocio, sino que apunta a un uso cultural donde hay *más* en juego, lo que viene a manifestarse como ese valor ilustrado. Dicho valor tomaría forma en los gustos por la lectura de los agentes, gustos que se incorporan según la posición social y la trayectoria de vida.

Por otro lado, cabe considerar la posición de la lectura de libros respecto a las otras prácticas en la actualidad, ya que “desde un punto de vista metodológico resulta un error considerar hoy a la lectura como una experiencia cultural aislada, en circunstancias de que se trataría de una experiencia cultural interconectada con otras experiencias” (Subercaseaux, 2010, p. 318). Siendo los medios de comunicación masivos preponderantes en la actualidad, no puede soslayarse el impacto de estos sobre la lectura de libros. Varios estudios han mostrado que la usual asociación entre no leer libros y ver televisión no es tal (Establet y Felouzis, 1992; Cociña, 2007), pero no se ha indagado acerca del impacto de la disposición a ver televisión, preferirla en el tiempo libre, sobre la lectura de libros. Asimismo, dada la penetración de

internet en Chile, cabe revisar la relación entre el uso de internet y la lectura de libros, en tanto promete, como tecnología, el acceso a interminables escritos²².

3. El gusto por la lectura

No es en vano que en los planes de fomento lector, en Chile y en otros países, se identifica como la única forma duradera y significativa de aumentar los índices lectores la creación del gusto por la lectura, lo que es la creación de una motivación que no responde, en apariencia, a factores exógenos al individuo una vez adquirida²³. Crear la voluntad de asir los libros es, tal como los mismos planes constatan, una tarea ardua, donde confluyen diversos factores. A la hora de explicar la lectura de libros, sus determinantes más importantes son las credenciales educativas y el origen social, según la investigación empírica en Chile (Cociña, 2007; Torche, 2007). Estos factores se han constatado para varios otros casos también (Zavisca, 2005; Katz-Gerro y Shavit, 1998; Van Rees *et al.*, 1999; Kraaykamp y Dijkstra, 1999). En estos estudios, la educación está asociada a la lectura de libros como el determinante más influyente, a la vez que se identifican otros que tienen menor intensidad, como la clase social, el ingreso y el sexo, en tanto el ser mujer favorece la lectura frente al ser hombre.

3.1. El gusto por la lectura como un nuevo factor

Precisamente porque la lectura de libros no se sostiene en las opciones individuales es que el gusto puede ser un factor tan poderoso a la hora de explicarla. Si bien el gusto es la expresión más patente en los agentes de un principio ordenador, de visión y división, como diría Bourdieu, este tiene una distribución en el espacio social que responde en buena parte a una serie de factores relativos a la estructura social, ya sean credenciales educativas, clase social, sexo, grupo socioeconómico, etc. *La distinción* de Bourdieu (2012) marca un hito al respecto, dando cuenta de cómo las prácticas y los bienes culturales son, respectivamente, realizadas y consumidos por grupos según su posición en el espacio social, esto es, la teoría de la

²² Los cambios que las nuevas tecnologías introducen en las prácticas culturales y en la sociedad en general deben tenerse en cuenta en este punto. Al respecto véase Gainza, 2003. Estos cambios llegan al seno mismo de la producción literaria, bajo la forma de la literatura electrónica (Gainza, 2012).

²³ Por ejemplo, el plan nacional de fomento lector *Lee Chile Lee* “entiende que la sola presencia de textos no promueve la lectura ni es condición suficiente para la formación de lectores. Por el contrario, se requiere de acciones intermediarias que faciliten los encuentros y cercanía con los materiales escritos, *ayuden a fomentar el apego, interés y placer por la lectura*” (CNCA *et al.*, 2010, p. 52. *Cursivas propias*).

homología estructural. El gusto aparece, así, como la cristalización de esos factores estructurales en los agentes, como parte de un habitus que orienta en el mundo de la lectura y los libros –o que aleja con vehemencia de este–, que permite, en definitiva, la realización de la lectura de libros como algo ordinario, que no se considera una actividad particularmente placentera.

En este sentido, Bozal al plantear que “Por gusto entiendo un sistema de preferencias individual o colectivo. Es inmediato y tiene pretensión de universalidad en sus juicios” (1999, p. 22), pone de relieve, aunque quizás sin quererlo, la doble condición del gusto, como principio colectivo e individual. Principio que responde a un sentido práctico (Bourdieu, 2007; 1999) que, como tal, es estructurado y estructurante. Ciertamente, como ya hemos visto, hay factores claros que estructuran la lectura de libros, los que deberían, a su vez, determinar en mayor parte el gusto por la lectura. Las investigaciones existentes muestran que la lectura de libros se puede explicar mayormente a través de estos elementos estructurales, sin embargo no indagan en la capacidad estructurante de los mismos agentes estructurados. Cabe la posibilidad, muy tentadora para la interpretación, de que cualquier otro efecto sea marginal, siendo su eventual inclusión un lastre para una explicación parsimoniosa de la lectura de libros. El gusto, en este caso, no sería más que un epifenómeno de variables estructurales.

El problema evidente en esta idea es el riesgo de terminar con un modelo determinista, donde los lectores no son más que su posición social. ¿No existen, acaso, lectores asiduos del mundo popular? Probablemente haya otro factor estructurante que permita abrir una interpretación no determinista²⁴ con mayor claridad. En este sentido, el gusto por la lectura se presenta como un candidato interesante. Aunque no asegura una capacidad de estructuración de los agentes, sí permite dar un importante paso en esta dirección. Si el gusto por la lectura excediera, con un efecto considerable, los factores estructurales que han explicado tradicionalmente la lectura de libros, podríamos plantear con una prudente seguridad que, en tanto el gusto por

²⁴ Esto no quiere decir que las interpretaciones existentes sean propiamente deterministas, aunque algunas puedan tender a aquello. Cuando se destacan los principales factores que explican las prácticas lectoras se apunta a que estos, probabilísticamente, son los que la articulan. Tal explicación busca dar cuenta de un modelo que explique con parsimonia la práctica en cuestión y no totaliza su realización. Se busca, a través de la teoría de probabilidades, plantear las opciones con mayores posibilidades de suceder, las variables que favorecen o desfavorecen la ocurrencia de un suceso. El caso de la interpretación determinista es uno radical, en este sentido.

la lectura también estructura la lectura de libros, más que el producto de variables estructurales como la educación, hay un principio activo –dispuesto por el actor– que debe tomarse en cuenta para explicar este fenómeno con mayor precisión.

El gusto por la lectura puede ser, entonces, un factor interesante para explicar la lectura de libros, ya que nos permite ponerlo a prueba no solo como un factor estructurado, es decir, que responde a las variables utilizadas comúnmente para explicar la estructura social y la lectura de libros en particular, sino que también como uno capaz de estructurar. Esto dado a que el gusto emerge, aunque sea parcialmente, desde una contingencia acaecida en la trayectoria de vida, que eventualmente excedería el determinismo de los tradicionales ejes articuladores del espacio social. Aquello no quiere decir, en ningún caso, que la lectura de libros responda a la arbitrariedad de las decisiones individuales, sino que, en caso de no ser el impacto del gusto por la lectura neutralizado por las variables tradicionales, existiría un nuevo factor importante para la lectura de libros, portador de un potencial activo, en términos de agencia. Al ser el gusto producido por las distintas instancias de socialización (Fleury, 2011), es tributario del habitus y, por lo tanto, responde a un orden social determinado, lo que no se circunscribe solamente a relaciones necesarias entre posiciones sociales y gustos específicos.

4. Hipótesis, Datos y Análisis

A partir de lo anterior, planteamos dos hipótesis. En primer lugar, y como es evidente, H1: *existe una asociación significativa entre el gusto por la lectura y la lectura de libros*. La realización de la práctica habría de estar íntimamente ligada con el gusto declarado por ella, pero este mismo gusto sería explicado por variables estructurales, como las socioeconómicas. Como han mostrado estudios anteriores, el principal determinante de la lectura de libros es el nivel educacional. Así, H2: *el impacto del gusto por la lectura sobre la lectura de libros desaparece al controlar por variables socioeconómicas, especialmente por educación*. En caso de aceptar esta última hipótesis, comprobaríamos la idea de que el gusto es un epifenómeno de factores estructurales, en caso contrario, podríamos conmensurar el impacto del gusto controlado por estas variables.

4.1. Muestra

Los datos provienen del Estudio Comportamiento Lector realizado para el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes por el Centro de Microdatos de la Universidad de Chile el 2011. La muestra es probabilística y su población teórica corresponde a todos los chilenos de 9 o más años residentes en todas las regiones, en zonas rurales y urbanas de Chile. La muestra es estratificada geográficamente, multietápica y de conglomerados.

La población marco es la misma, excluyendo zonas de difícil acceso: Ollagüe, Isla de Pascua y Juan Fernández, Chaitén, Futaleufú, Palena, Lago Verde, Guaitecas, Chile Chico, O'Higgins, Tortel, Torres del Paine, Río Verde, Laguna Blanca, San Gregorio, Primavera, Timaukel, Cabo de Hornos y Antártica. La población encuesta, luego, excluye de este grupo a quienes no se pueden ubicar, por no encontrarse en el hogar en la visita de encuesta, así como a quienes rechacen responder el instrumento o quienes están incapacitados para responderlo. La muestra tiene un tamaño de 1.217 entrevistas.

4.2. Variable dependiente y método

Utilizamos una regresión logística binaria para analizar la probabilidad de no leer libros según un grupo de variables. Se construye una variable *dummy* a partir de la pregunta “¿Con qué frecuencia lee libros en formato impreso?”, donde se desprende de la categoría de respuesta “Nunca” a quienes no han leído libros, quienes toman el valor 1. El resto de las categorías, es decir, los lectores de libros, según distintas frecuencias, toman el valor 0. Al ser la variable dependiente dicotómica, este modelo permite predecir en términos de probabilidades, lo que lo hace adecuado para explicar el fenómeno en cuestión. Además, la regresión logística permite trabajar con variables que no se relacionan linealmente, y por no tener ningún antecedente de la linealidad de la relación entre la no lectura de libros y las variables independientes seleccionadas, se considera pertinente la utilización de dicha técnica. Vale señalar que esta técnica nos permitirá, también, conocer el porcentaje de casos bien clasificados por el modelo, conocer la magnitud de la relación entre las variables independientes y la dependiente, observando así cuánto varía la probabilidad de no leer libros al aumentar en una unidad determinada variable independiente.

En particular, utilizamos una regresión logística con el procedimiento “Introducir”, para que el modelo ingrese todas las variables a la vez. Además, se seleccionó un nivel de confianza

de 95% para el odd ratio de 0,05, en tanto implica un alto nivel de confianza, así como, a su vez, no extiende demasiado el intervalo de confianza para la inferencia a la población.

4.3. Variables independientes

Se incluye un grupo de variables socio-demográficas descritas a continuación. Sexo, se recodificó como variable *dummy* siendo la categoría de referencia mujer, es decir, 1 "hombre" y 0 "mujer". Se utiliza también edad, ya que distintos estudios en Chile han mostrado que la edad es un factor influyente en relación al consumo cultural en general y en relación a la lectura, en particular (Gayo *et al.*, 2009). Por lo mismo, es relevante revisar el efecto de esta variable sobre la no lectura de libros. Así también, se incluye la variable de nivel educacional, ya que es un marcador fundamental del capital cultural que también está relacionado con el consumo cultural en general y especialmente con la lectura. Se presenta como variable *dummy*²⁵ que toma valor 1 para los que han cursado estudios de educación superior de cualquier tipo (instituto profesional, centro de formación técnica o universidad), y 0 para todos los que tienen estudios inferiores al nivel superior. Además, se incluye la variable del estímulo de los padres a leer libros fuera del colegio, ya que funciona como marcador de la trayectoria de vida de los sujetos, así como constituye un indicador de capital cultural heredado. Esta se mide como variable *dummy*: tomando el valor 1 para los que han sido estimulados a leer fuera del colegio por sus padres y 0 para los que no recibieron este estímulo. La variable gusto por la lectura es fundamental, ya que la lectura de libros, como marca de *status*, pasaría por un gusto adquirido a través de distintos procesos de socialización. Dicha variable está medida con una escala *likert* de 5 categorías: me gusta mucho, me gusta, ni mucho ni poco, no me gusta, no me gusta nada. Por último, en relación al contexto de la lectura en el siglo XXI, es relevante revisar el efecto sobre no leer libros de la preferencia por ver televisión en el tiempo libre por sobre cualquier otra práctica y el de la utilización de internet. Ambas variables son *dummy*, tomando el valor 1 preferir ver televisión en el tiempo libre y utilizar internet, respectivamente²⁶.

Presentamos los estadísticos descriptivos de todas las variables:

²⁵ Se probó esta variable en distintas recodificaciones, optamos por usar la que presentaba el mayor impacto en los modelos que se presentarán más adelante.

²⁶ La variable ingresos del hogar se deja fuera del modelo porque presenta muchos casos perdidos. Aun así, se analizaron modelos con los casos disponibles y el efecto de los ingresos no era estadísticamente significativo.

Tabla 3.1.

Estadísticos descriptivos de variables

VARIABLES	Media	Desviación Estándar	Mínimo	Máximo
Lee libros	0,2	,401	0	1
Gusto por la lectura	2,62	1,108	1	5
Prefiere T.V. en tiempo libre	0,37	,483	0	1
Estímulo padres a leer libros	,59	,491	0	1
Utiliza internet	,68	,466	0	1
Hombre	,43	,495	0	1
Edad	33	16,173	9	65
Educación superior	,24	,429	0	1

5. Resultados

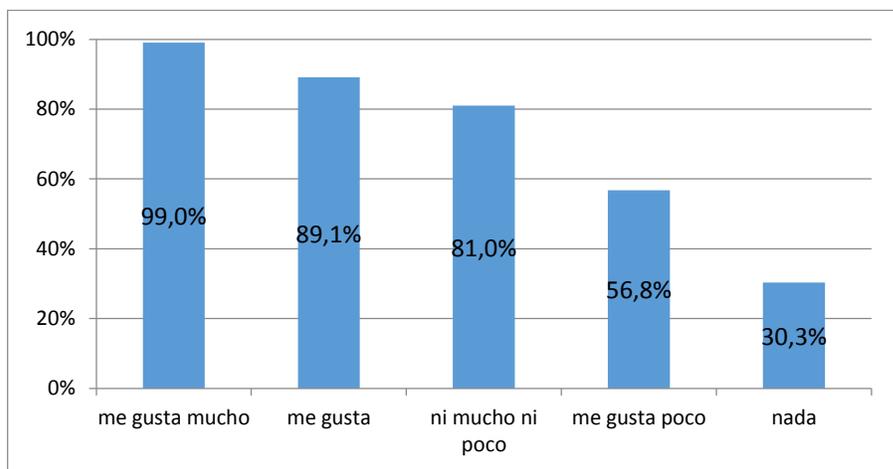
5.1. Análisis bivariado

En primer lugar, presentamos las asociaciones bivariadas entre leer libros y las variables independientes, con excepción de la edad por motivos de extensión. En la figura 3.2A presentamos el porcentaje de quienes leen libros según el gusto por la lectura declarado. Como es de esperarse, hay una clara tendencia al descenso de lectores en la medida que decrece el gusto por la lectura. Si entre a quienes les gusta mucho la lectura prácticamente la totalidad lee libros (99%), entre quienes les gusta poco un 56,8% lo hace, mientras que solo un 30,3% de a quienes no les gusta nada lee libros.

Luego, en la figura 3.2B observamos que el haber sido estimulado a leer fuera del colegio por los padres, el utilizar internet, el ser mujer y el haber cursado estudios de educación superior están asociados positivamente con la lectura de libros. Entre quienes tienen estos atributos hay más lectores de libros, frente a quienes no los poseen. Las diferencias más

importantes se dan entre quienes utilizan internet y quienes no lo hacen, ya que un 89,4% de los primeros lee libros, frente al 60,2% de quienes no lo hacen, con una diferencia de 29,2 puntos porcentuales. Le sigue la diferencia entre quienes han cursados estudios de educación superior, de los que un 91,8% lee libros, frente a los que tienen un nivel educacional inferior, donde un 76,1% lee libros, con una diferencia de 15,7 puntos porcentuales.

(A)



(B)

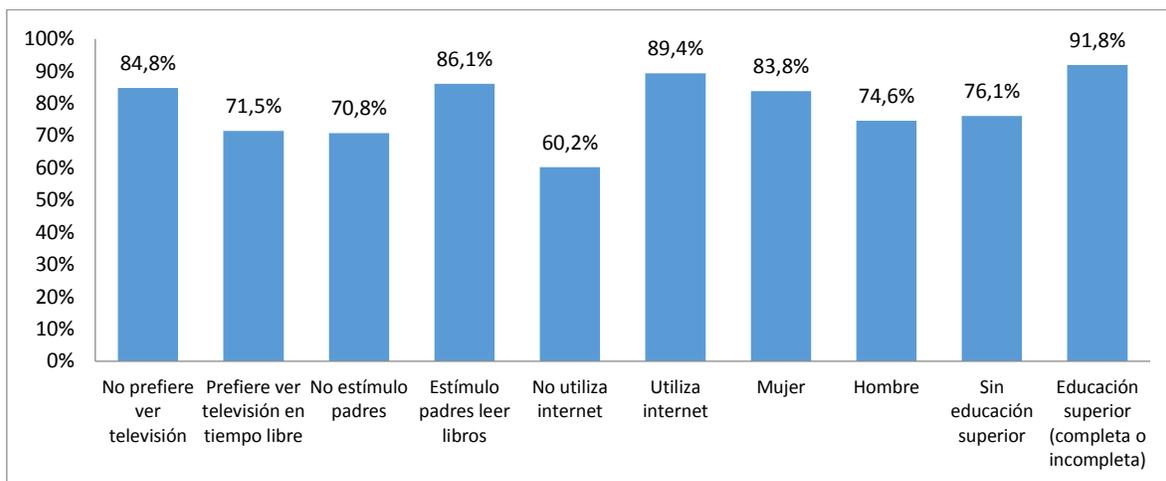


Figura 3.2. (A) Porcentaje de encuestados que leen libros según gusto por la lectura. (B) Porcentaje de encuestados que leen libros según preferir o no ver televisión en el tiempo libre, haber recibido o no estímulo de sus padres a leer libros fuera del colegio, utilizar o no internet, hombre o mujer, y según haber recibido educación superior o no.

En cambio, el preferir ver televisión en el tiempo libre está asociado negativamente con la lectura de libros, ya que entre quienes lo prefieren hay menos lectores (71,5%) que entre quienes no lo prefieren (84,8%), con una diferencia de 13,3 puntos porcentuales.

5.2. Análisis multivariado

En la tabla 3.2. se presentan los resultados del análisis de los modelos de regresión logística de no leer libros según grupos de variables. En el modelo I se incluye solo la variable de gusto por la lectura, en el modelo II se añaden las variables de preferir ver televisión en el tiempo libre, el haber sido estimulado por los padres a leer libros fuera del colegio y el utilizar internet. Finalmente, en el modelo III se incluyen las variables socio-demográficas: sexo, edad y educación.

Se mantiene H1, ya que en los tres modelos vemos que el gusto por la lectura tiene una asociación estadísticamente significativa con la lectura de libros. El efecto es, de hecho, altísimo. En el modelo I, el efecto del gusto por la lectura –el que varíe en una categoría de las 5, por ejemplo, de "me gusta mucho" a "me gusta"– sobre la lectura de libros es de un 196,4%, y al controlar por el resto de las variables (modelo III) el efecto aumenta a un 215,9%. Lo que más sorprende como hallazgo es que el efecto de haber cursado algún nivel de educación superior deja de ser estadísticamente significativo en este modelo, por lo que descartamos H2. Asimismo, la varianza explicada de la lectura de libros por nuestros modelos es considerable, ya que en el modelo I con sólo el gusto por la lectura se explicaría alrededor de un 27%, y al agregar las demás variables, en el modelo III, alrededor de un 44%.

En el modelo II, observamos que al añadir las variables preferir ver televisión en el tiempo libre, haber sido estimulado por los padres a leer fuera del colegio y el utilizar internet, todas son estadísticamente significativas. El gusto por la lectura sigue teniendo el mayor efecto sobre la lectura de libros. El segundo efecto más importante es el de utilizar internet, ya que quienes no lo utilizan tienen un 79,5% más de probabilidades de ser no lectores de libros. Quienes no han sido estimulados por sus padres a leer libros fuera del colegio tienen un 44,2% más de probabilidades de no ser lectores de libros. En cambio, quienes prefieren ver televisión en su tiempo libre tienen un 59,6% más de probabilidades de no leer libros. Con este grupo de variables, la varianza explicada aumenta desde alrededor de un 27% en el modelo I hasta alrededor de un 39% en el modelo II.

Por último, en el modelo III, al añadir las variables edad, sexo y nivel educacional, vemos que las dos primeras son estadísticamente significativas, mientras que la educación deja de serlo. Ser hombre desfavorece la lectura de libros ya que quienes lo son tienen un 88% más de probabilidades de no leer libros. Por otra parte, al aumentar 1 año de edad se aumentan en 3,9% las probabilidades de no leer libros, o bien, cada 10 años hay un 39% más de probabilidades de no ser lector de libros.

Además de mejorar la varianza explicada con cada modelo, es decir, al ir agregando las variables respectivas, mejora también la bondad de ajuste del modelo. El $-2 \log$ de verosimilitud (frente al modelo nulo) se reduce de 951,032 en el modelo I a 788,375 en el modelo III.

Tabla 3. 2. Modelos Anidados de Regresión Logística de no leer libros según gusto por la lectura, preferencia de T.V. en tiempo libre, estímulo de los padres a leer libros, utilización de internet y variables socio-demográficas.

Variables	Modelo I Gusto por la lectura		Modelo II Gusto; T.V; Estímulo padres: Internet		Modelo III Gusto; T.V; Estímulo Padres; Internet; y Socio-demográficas	
	Odd ratio	Error estándar	Odd ratio	Error estándar	Odd ratio	Error estándar
Constante	,009***	,288	,030***	,319	,003***	,541
Gusto por la lectura	2,964***	,085	2,839***	,091	3,159***	,101
Prefiere T.V. en tiempo libre			1,596***	,176	1,630***	,183
Estímulo padres a leer libros			,558***	,177	,678**	,185
Utiliza internet			,205***	,179	,332***	,219
Sociodemográficas						
Hombre					2,079***	,188
Edad					1,039***	,007
Educación superior					,899	,280
-2 log de verosimilitud v/s modelo nulo		951,032***		832,386***		788,375***
R cuadrado de Nagelkerke		,266		,393		,437
n		1176		1176		1176

*p<0,1, **p<0,05, ***, p<0,01

6. Discusión

Luego de establecer el contexto de la lectura de libros dentro del universo de las prácticas culturales, así como en lo respectivo a su posición particular en la actualidad, hemos realizado una regresión logística para analizar cuáles son los determinantes de la lectura de libros en Chile. En este caso, aparecía como de especial importancia constatar la incidencia del gusto por la lectura, controlando por los determinantes tradicionales, sobre la lectura de libros. El gusto por la lectura, como factor determinante de la lectura de libros, tiene un potencial activo muy interesante, en la medida que los agentes disponen sus gustos no solo a través de la determinación de factores estructurales, sino que también según las vicisitudes propias de trayectorias de vida que pueden ser regulares, mas no uniformes. Esto podría llevarnos a considerar la tesis de Bernard Lahire (2004a), según la que los actores son plurales, en la medida que poseen distintos esquemas de acción, ya sea como habitus múltiples o una singularidad plural.

Dada la fuerte influencia de la educación y otras variables, en menor medida, que se ha constatado en estudios previos, se esperaría que al controlar por estas, el efecto del gusto de la lectura sea significativo, pero muy reducido. En el presente análisis encontramos que, por un lado, se mantiene significativo el efecto del gusto por la lectura sobre la lectura de libros al controlar por educación, edad, sexo, estímulo de los padres a leer libros fuera del colegio, preferir ver televisión en el tiempo libre y utilizar internet; a la vez que tiene una incidencia muy alta sobre el leer libros. Este es un hallazgo de sumo interés, en la medida en que el gusto por la lectura no sólo mantiene este alto efecto sobre la lectura de libros al ser controlado por estas variables, especialmente la educación, sino que esta última deja de ser significativa al ingresar la variable al modelo.

Tal hallazgo nos lleva a considerar la necesidad de profundizar en el gusto como un determinante altamente explicativo de la lectura de libros. El componente agencial que portaría este, frente a otros como el nivel educacional, el sexo o la edad, lo constituye como un factor muy interesante y que ha sido poco indagado en otros estudios. Un impacto tan fuerte del gusto es un llamado a atender tanto su adquisición y formación, como su producción y reproducción. Si bien hay bases sociales del gusto (Bourdieu, 2012), en el sentido de que este no se distribuye arbitrariamente, también se produciría a partir de

fenómenos que responden a trayectorias individuales. No obstante con este hallazgo podemos conmensurar lo gravitante del gusto en las prácticas lectoras de libros, queda por ver qué tan estructuralmente determinado se encuentra este. Podemos afirmar que, al menos, el gusto por la lectura no se reduce al nivel educacional. Nuestros hallazgos, por otro lado, vienen a confirmar el énfasis de los lineamientos de programas de fomento lector que buscan, en definitiva, crear un gusto por la lectura.

Asimismo, en la línea del gusto, vemos que el preferir ver televisión en el tiempo libre se asocia negativamente con la lectura de libros; lo que, cabe precisar, es distinto a que la práctica de ver televisión tenga este efecto. Esto no contradice los estudios que no han encontrado una asociación negativa entre ver televisión y leer libros, sino que nos sitúa frente a una tensión entre preferencias –manifestaciones patentes del gusto–. Además, es importante prestar atención a que el contexto en que se encuentra la lectura de libros en la actualidad no pasa inadvertido para la práctica. Utilizar internet se relaciona positivamente, con un efecto considerable, con leer libros, así como al ser hombre y al aumentar la edad hay más posibilidades de no leer libros. En estos dos últimos casos, habría que considerar un efecto generacional en juego.

Conclusiones

Vimos cómo la lectura de libros tiene un sustrato social que es irreductible e insoslayable a la hora de estudiarla. Ya sea que se quieran establecer las distintas modalidades de lectura en determinada clase social, encontrar los determinantes de la lectura en una gran población, o bien caracterizar la relación más cercana de un lector y su lectura particular, siempre será necesario tomar en cuenta el factor social que está en juego en esta actividad. Pues su realización considera la incorporación de los lectores del contexto social a su alrededor, así como su trayectoria en determinado espacio social. En distintos aspectos, como las preferencias de géneros literarios, las herramientas de interpretación, la velocidad de lectura, entre muchos otros, se observan variaciones que responden a fenómenos sociales y que, por tanto, indican el carácter de producción social de la lectura. Así, esta incorporación de la sociedad que se cristaliza en la lectura de libros, consecuentemente se exterioriza manifestando su carácter propiamente social.

Sobre la relación de la lectura de libros y lo social, en general, Niklas Luhmann nos permite establecer la importancia de la escritura como forma dentro de la evolución social, que llega al punto de transformar un componente basal de la sociedad, como es la comunicación. La lectura de libros al ser parte de este proceso de transformación adquiere una capacidad y necesidad autorreferencial que marca su circulación en la sociedad, de forma que las lecturas aparecerán muchas veces *encadenadas*, en el sentido de referirse unas a otras. El caso de los libros y las publicaciones científicas es ilustrativo al respecto, ya que tienen un fuerte requerimiento por remitir a los libros y las publicaciones anteriores.

Por otro lado, desde la teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas es posible dar cuenta de la relevancia de los libros y su lectura como aporte a la reproducción simbólica de la sociedad, especialmente en lo que refiere a la cultura comprendida como un acervo de saber. Pues los libros, al contribuir a la cultura, reproducen un trasfondo de saber compartido, lo que Habermas llama mundo de la vida (*Lebenswelt*), que permite el entendimiento en la vida social. El entendimiento, a su vez, se muestra como un concepto clave para dar cuenta de la lectura de libros en tanto acción social, que, siguiendo la lógica de Habermas (2010), tendría un factor agencial fuerte y se constituye intersubjetivamente. Si la lectura de libros

no tuviera una orientación al entendimiento, es difícil explicar que exista un desarrollo coherente y racionalmente reconstruible tanto de la producción escrita como de la lectura de libros y otros escritos: es en este sentido que la producción escrita y la lectura es susceptible de sistematizarse en historias de la literatura que dan cuenta de un orden de estos fenómenos de carácter eminentemente social, y que, por tanto, aparecen compartidos como producto de determinado nivel de entendimiento. Al jugar un papel en la realización de la lectura de libros, esta orientación al entendimiento es un indicio de la eficacia causal que el polo de la agencia tendría en la constitución de las lecturas desde esta perspectiva.

Para figurar la lectura de libros en su marco social hemos propuesto el circuito social de la lectura de libros (CiSoLL) que busca describir y explicar la lectura de libros como práctica cultural utilizando los rendimientos aportados principalmente por Pierre Bourdieu. El CiSoLL es el espacio social donde diversos actores e instituciones influyen y realizan, directa o indirectamente, la práctica cultural de la lectura de libros. Considera la gran trama de mediaciones que, acorde con la complejización de la sociedad, suponen una amplia gama de instituciones, actores y procesos intervinientes. Este modelo busca reconstruir la dinámica social en que los agentes producen y reproducen la práctica cultural de la lectura de libros, a través de producciones materiales y simbólicas. Los réditos que provee Bourdieu vienen de la teoría del campo y de la teoría del habitus, especialmente en lo que respecta al gusto. Las lecturas se traducen en un capital simbólico gracias a la alquimia simbólica que ponen en valor determinadas prácticas de leer libros, a partir del volumen de capital –económico, social y cultural– de los agentes. Este proceso se manifiesta particularmente en tres mecanismos: la crítica especializada, la prensa y la crítica ordinaria. Cada uno de estos mecanismos tiene tiempos y alcances distintos, donde destaca la crítica ordinaria, entendida como los comentarios, juicios y percepciones de los actores en general, ya que es la que tiene el mayor alcance en términos de eficacia causal dentro del circuito y es la que se vincula más estrechamente con el habitus. En tanto la alquimia simbólica y el habitus se relacionan con los lectores de libros, los editores y los autores especialmente por el gusto, este aparece como la manifestación más marcada del habitus en el CiSoLL.

Al analizar los discursos institucionales sobre la lectura se releva, precisamente, el gusto. Aparece como un problema, en tanto se identifica una alta importancia de la expansión de

las prácticas lectoras para el desarrollo social y económico de los países, mientras la forma más duradera y eficaz de hacer esto es creando un gusto por la lectura. Esta necesidad de la creación de un gusto parece un buen diagnóstico, pues este es fundamental para dar cuenta de la lectura de libros como una práctica cultural, tal como se manifiesta en el CiSoLL. No obstante, nos encontramos con una lógica invertida: donde se constata que el gusto está socialmente segmentado, se espera crearlo sin enfocarse en transformar los fenómenos que lo segmentan. Así, los recursos económicos y las credenciales educativas, como el capital cultural en general, tienen un efecto fundamental para la constitución social del gusto. ¿No debería transformarse la distribución de estos para conseguir una expansión de las prácticas lectoras y el gusto por ellas? El carácter necesario de la lectura de libros que se constata en estos discursos da cuenta del lugar privilegiado que se le atribuye a esta práctica, en relación a otras. Muestra de aquello es la función asignada al sistema escolar de (im)poner las lecturas en los estudiantes. Ciertamente, aquí se sigue la línea que vimos en Luhmann, al ser la cultura escrita y, dentro de ella, la lectura de libros, hitos de la evolución social que son observados como tales. La tarea que se asigna la sociedad, a través de diversos planes de fomento lector, nacional y transnacionalmente, viene a cristalizar la relevancia de la producción escrita y su apropiación por medio de la lectura.

A partir del Estudio de Comportamiento Lector hecho por el Centro de Microdatos de la Universidad de Chile para el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes el 2011, analizamos con modelos logit los principales determinantes de la lectura de libros, especialmente revisamos el efecto del gusto por la lectura sobre esta. Los hallazgos respaldan el rol fundamental del gusto sobre la lectura de libros, que aparece como el factor de mayor efecto sobre la lectura de libros y, por lo tanto, como el mayor obstáculo a la lectura de libros en este contexto. Además el utilizar internet se relaciona positivamente con leer libros, lo que indica que la penetración de las nuevas tecnologías tiene efectos sobre otras prácticas culturales, confirmando su carácter relacional. En el mismo sentido, el preferir ver televisión en el tiempo libre se asocia negativamente con leer libros. Cabe destacar que se trata de la preferencia declarada, lo que podría considerarse como una especie de gusto. No se trata de que la práctica misma de ver televisión tenga un efecto negativo sobre la lectura de libros. Por otro lado hay factores asociados al sexo y a la edad, ya que al ser hombre y al aumentar la edad hay más posibilidades de no leer libros. Aquello confirma lo que investigaciones

previas han planteado como un ciclo vital relacionado con las prácticas lectoras, que se ven fuertemente reducidas al entrar las personas al mundo del trabajo y al constituir familias con hijos. Por último, es de mayor importancia que el efecto del nivel educacional deje de existir al introducir la variable de gusto por la lectura, existiendo una baja correlación entre ambas.

Aquello implica que el gusto, en tanto factor fundamental para comprender la lectura de libros como una práctica cultural, como exhibe el CiSoLL, así como identifican los discursos institucionales sobre la lectura, es un fenómeno del que falta bastante por conocer todavía. Investigaciones como la de Bourdieu (2012), en la década de los 70 en Francia, han mostrado que el gusto se constituye como un producto social estructurado por el capital cultural y los recursos económicos; tomando forma en el espacio social, entonces, según patrones propios de este. Ahora bien, si el gusto excede el nivel educacional que se había mostrado como uno de sus componentes más importantes para el caso de la lectura de libros (Bourdieu, 2010), se hace necesario indagar en cuáles son los elementos que lo componen y las relaciones entre estos. Se abren dos posibilidades, de gran interés ambas: por un lado, siguiendo la línea expuesta desde Habermas, la lectura de libros podría tener un factor agencial fuerte, ya sea si se caracteriza como acción social orientada principalmente hacia el entendimiento, o bien si, por otro lado, ha producido una individuación del gusto, perdiendo fuerza su componente social (Güell *et al.*, 2012). Vale decir, fenómenos como la educación, la clase social o el prestigio social no serían tan fuertes a la hora de explicar el gusto. En general, parece poco plausible esta alternativa, ya que, aunque puede existir un factor agencial en la lectura de libros, los análisis desarrollados aquí muestran que sí sigue un patrón social. La segunda alternativa en la que es posible avanzar se refiere a la necesidad de encontrar los componentes del gusto por la lectura en nuevas variables sociales, así como sería pertinente explorarlo en distintos niveles, por ejemplo en casos donde exista un gusto por la lectura muy alto o muy bajo, en contextos rurales o urbanos, con todas las diferenciaciones posibles dentro de cada uno de estos contextos. Más allá del gusto circunscrito a la lectura, sería necesario establecer el vínculo de este como un fenómeno general, para establecer los mecanismos que lo producen, reproducen y los efectos del mismo. El gusto aparece como un componente importante de la cultura que se corresponde con el habitus, en cuanto es una síntesis particular de la manifestación que hacen los agentes de su incorporación de la sociedad y que, en el

caso del gusto por la lectura, no sigue el patrón más probable dispuesto por el nivel educacional, sino que la lectura de libros está dispuesta por el gusto por la lectura.

En definitiva, la producción de la lectura de libros se encuentra fuertemente marcada por el gusto por la lectura, y este último necesita ser profundizado para comprender mejor la lectura y las prácticas que se vinculan con este. Esto constituye un aporte para la comprensión del fenómeno que hemos revisado en este trabajo, ya que confirma parcialmente los lineamientos que se siguen para expandir las prácticas lectoras, en tanto el diagnóstico acierta en el peso del gusto, a la vez que abre interesantes interrogantes para investigaciones venideras, al no ser el gusto un epifenómeno del nivel educacional.

Bibliografía

- Aguilar, Omar. (1994). *Trabajo y Acción Comunicativa. Un estudio exploratorio de la teoría de Jürgen Habermas*. Tesis para optar al grado de sociólogo. Santiago: Universidad de Chile.
- Aguilar, Omar. (2008). “La teoría del habitus y la crítica realista”. En: *Persona y sociedad*, vol. 22, n°1. Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado.
- Aguilar, Omar. (2009) “Principios de diferenciación material y simbólica en la estratificación social”, en *El arte de clasificar a los chilenos. Enfoques sobre los modelos de estratificación en Chile*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Allington, Daniel y Swann, Joan. (2009). “Researching literary reading as social practice” [Versión electrónica] *Language and Literature*, Agosto, vol. 18, no. 3, pp. 219-230. doi: 10.1177/0963947009105850
- Aranda, Verónica. (2004). *Políticas culturales estatales y el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes: análisis descriptivo de las políticas culturales estatales e institucionalidad cultural en Chile durante los gobiernos de la concertación*. Tesis para optar al grado de Magíster en Sociología. Santiago de Chile: PUC.
- Archer, Margareth. (2009). *Teoría social realista. El enfoque morfogenético*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Auerbach, Erich. (2011). *Mímesis: la representación de la realidad en la literatura occidental*. México: FCE.
- Barbero, Jesús Martín. (2005). *Los modos de leer*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina.
- Baudelot, Christian; Cartier, Marie; y Detrez, Christine. (1999). *Et pourtant ils lisent...* Paris: Seuil.
- Boltanski, Luc y Thévenot, Laurent. (1999). “The sociology of critical capacity”, en *European Journal of Social Theory*, vol. 2, n° 3.
- Boltanski, Luc. (2011). *On critique. A sociology of emancipation*. Cambridge: Polity Press.
- Borges, Jorge Luis. (2011). *Obras completas*, vol. 2. Buenos Aires: Sudamericana.
- Bourdieu, Pierre. (1976). “Anatomie du goût”. *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 2, n° 5. pp. 2-81.
- Bourdieu, Pierre. (1989). “El campo literario. Prerrequisitos críticos y principios de método”, en *Criterios*, n° 25-28. pp. 20-42. La Habana.
- Bourdieu, Pierre. (1995) *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre. (1997). *Razones prácticas*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre. (1999). *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre (2012). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Buenos Aires: Taurus.
- Bourdieu, Pierre; Chartier, Roger. (2010). “La lectura: una práctica social”. En Bourdieu, Pierre *El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura*. México: Siglo XXI.
- Bozal, Valeriano. (1999). *El gusto*. Madrid: Visor.

- Braslavsky, Berta. (2008). *Enseñar a entender lo que se lee. La alfabetización en la familia y en la escuela*. Bs. Aires: FCE.
- Cámara Chilena del Libro e INE. (1999). Encuesta nacional de lectura y consumo de libros.
- Carvallo, Guglielmo y Chartier, Roger. (1998). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus.
- Catalán, Gonzalo. (1985). “Antecedentes sobre la transformación del campo literario en Chile entre 1890 y 1920”. En Brunner, José Joaquín y Catalán, Gonzalo (eds.) *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Catalán, Carlos y Torche, Pablo (eds.). (2005). *Consumo Cultural en Chile. Miradas y Perspectivas*. Santiago de Chile: INE/CNCA.
- Chan, Tak Wing y John H. Goldthorpe. (2007). “Social Stratification and Cultural Consumption: Music in England”, *European Sociological Review*, vol. 23, n°. 1. pp. 1-19.
- Celikates, Robin. (2006). “From Critical Social Theory to a Social Theory of Critique: On the Critique of Ideology after the Pragmatic Turn”, en *Constellations*, vol. 13, n°1.
- Centro de Investigación Social Multidisciplinario [CISMO]. (2009). *El hábito lector como estrategia sagrada*. Valparaíso: CISMO.
- CERLALC. (2004). Estudio de Canales de Comercialización del Libro en Chile. En: Cerlalc *Hacia la Conformación de una Red de Librerías en América Latina: la necesidad de un sistema de información*.
- CERLALC, SIER. (2008). *El espacio iberoamericano del libro*.
- CERLALC. Peña, Luis Bernardo Peña y Beatriz Helena Isaza. (2005) *Una región de lectores. Análisis comparado de planes nacionales de lectura en Iberoamérica*.
- Chartier, Anne-Marie; Hebrard, Jean. (2002). *La lectura de un siglo a otro, Discursos sobre la lectura (1980-2000)*. Gedisa.
- Chartier, Anne-Marie; Hebrard, Jean. (1994). *Discursos sobre la lectura*. Gedisa.
- Chartier, Roger. (2002). *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa.
- Chartier, Roger. (2005). *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*. México D.F: Universidad Iberoamericana.
- Chartier, Roger. (2008). *Escuchar a los muertos con los ojos*. Barcelona: Katz.
- Chartier, Roger. (2006). “¿Qué es un libro?” en: *¿Qué es un texto?*. Roger Chartier (ed.). Madrid: Circulo de Bellas Artes.
- Chartier, Roger. (2000). *Las revoluciones de la cultura escrita, Diálogo e intervenciones*. Barcelona: Gedisa.
- Cociña, Matías. (2007) *Determinantes de la lectura en Chile*. Tesis para optar al grado de Magíster en Economía Aplicada, Universidad de Chile.
- Consejo Nacional de la Cultura y las Artes [CNCA]. (2005). *Chile quiere más cultura*. Santiago de Chile: CNCA.
- Consejo Nacional de la Cultura y las Artes [CNCA]. (2009). *Encuesta Nacional de Participación y Consumo Cultural 2009. Síntesis descriptiva*. Santiago de Chile: CNCA.
- Consejo Nacional de la Cultura y las Artes [CNCA]. (2006). *Política Nacional del Libro y la Lectura*. Santiago de Chile: CNCA.

- Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos y Ministerio de Educación. (2010). *Lee Chile lee. Plan nacional de fomentar lector*. Santiago de Chile: CNCA.
- Consejo Nacional de la Cultura y las Artes [CNCA]. (2011). *Estudio de Comportamiento Lector*. Santiago de Chile: CNCA.
- Cornejo Polar, Antonio. (2003). *Escribir en el aire. Ensayos sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Lima-Berkeley: CELACP-Latinoamericana Editores.
- Escarpit, Robert; Robine, N; Guillemot, A. (1966). *Le livre et le Conscrit*. Burdeos: SOBODI.
- Escarpit, Robert. (1962). *Sociología de la literatura*. Buenos Aires: Mirasol.
- Escarpit, Robert. (1968). *La revolución del libro*. Madrid: Alianza.
- Establet, Roger; y Felouzis, Georges. (1992). *Livre et télévision. Concurrence et interaction*. París: PUF.
- Ferreiro, Emilia. (2000). *Leer y escribir en un mundo cambiante*. Conferencia dictada en: Sesiones Plenarias del 26 Congreso de la Unión Internacional de Editores (CINVESTAV-México) del año 2000, disponible en: http://craaltaribagorza.net/article.php3?id_article=895
- Fleury, Laurent. (2011). *Sociologie de la culture et des pratiques culturelles*. Francia: Armand Colin.
- Fundación Chile 21. (2005). *Una política de estado para el libro y la lectura, estrategia integral*. Santiago: Chile 21 y Asociación de Editores de Chile.
- Fundación La Fuente y Adimark GFK. (2006). Chile y los libros. Santiago de Chile.
- Fundación La Fuente y Adimark GFK. (2008). Chile y los libros. Santiago de Chile.
- Fundación La Fuente y Adimark GFK. (2010). Chile y los libros. Santiago de Chile.
- Gainza, Carolina. (2003). “Sociedad, Estado Y Tecnología: ¿Qué Pasa Hoy Con Nuestras Sociedades?”. *Revista de Sociología*, n°17. Universidad de Chile.
- Gainza, Carolina. (2012). *Escrituras Electrónicas en América Latina. Producción Literaria en el Capitalismo Informacional*. Tesis para optar al grado de Ph.D. en Lengua y Literatura Hispánica, Univesidad de Pittsburgh.
- Gayo, Modesto; Teitelboim, Berta y Méndez, María Luisa. (2009). “Patrones culturales de uso del tiempo libre en Chile: Una aproximación desde la teoría Bourdieuana”. *Universum*, vol.24, n.2. pp. 42-72.
- Girardoni, Claudia. (2006). Universitarios y lectura: análisis cualicuantitativo del uso, accesibilidad y valoración de los libros. *Revista calidad de la educación*, n°25, diciembre. Santiago.
- Goic, Cedomil. (1988-1990). *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*. 3 tomos. Barcelona: Crítica.
- Goldmann, Lucien. (1965). *Pour une sociologie du roman*. Paris: Gallimard.
- Grimson, Alejandro. (2011). *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Griswold, Wendy; McDonell; y Wright, Nathan. (2005). “Reading and the reading class in the twenty-first century”. En *Annual Review of Sociology*, vol. 31. pp. 127-141.

- Gruzinski, Serge. (1991). *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI-XVIII*. México: FCE.
- Güell, Pedro; Peters, Tomás; y Morales, Rommy. (2012). “Individuación y consumo cultural: las afinidades electivas”. En Güell, Pedro y Peters, Tomás (eds.) *La trama social de las prácticas culturales. Sociedad y subjetividad en el consumo cultural de los chilenos*. Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado.
- Habermas. (1992). *La reconstrucción del materialismo histórico*. Madrid: Taurus.
- Habermas, Jürgen. (2010). *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Trotta.
- Hagel, J. (1996). “Recuperar al Lector Perdido”. En: Diaz-Eterovic, Ramón. (ed.), *El Escritor y el Fomento de la Lectura*. Santiago: Sociedad de Escritores de Chile.
- Hauser, Arnold. (1998). *Historia social de la literatura y el arte*. 2 tomos. Madrid: Debate.
- Horrelou-Lafarge, Chantal; y Segré, Monique. (2007). *Sociologie de la lecture*. París: La Découverte.
- Kant, Immanuel. (1992). *Crítica de la facultad de juzgar*. Caracas: Monte Ávila.
- Katz-Gerro, T; y Shavit, Y. (1998). “The stratification of leisure and taste: classes and lifestyles in Israel”. *European Sociological Review*, vol. 14. pp. 369–386.
- Kraaykamp, G; y Dijkstra, K. (1999). “Preferences in leisure time book reading: a study on the social differentiation in book reading for the Netherlands”. *Poetics*, vol. 26. pp. 203–234.
- Kraaykamp, G. (2003). “Literary socialization and reading preferences. Effects of parents, the library and the school”. *Poetics*, n° 31. pp. 235–257.
- Lahire, Bernard. (1999). *L'invention de l'illettrisme. Rhétorique publique, éthique et stigmates*. París: La Découverte.
- Lahire, Bernard. (2004a). *El hombre plural: los resortes de la acción*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Lahire, Bernard (Comp.). (2004b). *Sociología de la lectura*. Barcelona: Gedisa.
- Leenhardt, Jaques ; y Jozsa, Pierre. (1982). *Lire la lecture, Essai de sociologie de la lecture*. Paris: Le Sycomore.
- Leenhardt, Jaques. (1988). *Les effets esthétiques de l'œuvre littéraire*. Dans Martine Poulain (dir.), *Pour une sociologie de lecture. Lecture et lecteur dans la France contemporaine*. Paris: Ed. du Cercle de la Librairie.
- Leenhardt, Jacques. (1990). “El “saber leer”, o modalidades sociohistóricas de la lectura”. *Criterios*, n° 25-28, enero-diciembre, pp. 54-65. La Habana.
- Lienhard, Martin. (1993). “Los comienzos de la literatura “latinoamericana”: monólogos y diálogos de conquistadores y conquistados”. En: Ana Pizarro (org.). *América Latina: Palabra, Literatura e Cultura* (vol. I). São Paulo: UNICAMP.
- Luhmann, Niklas. (1973). “Función y causalidad”. En *Ilustración sociológica y otros ensayos*. Buenos Aires: Editorial Sur.
- Luhmann, Niklas. (1998). *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. México: Anthropos, Universidad Iberoamericana y Centro Editorial Javerino.
- Luhmann, Niklas. (2002). “La forma escritura”. *Estudios sociológicos*, vol. XX, n° 58. México: El Colegio de México.

- Martínez Aránguiz, Nicolás. (2004) *Relaciones de acople y desajuste entre políticas e industrias culturales en el Chile de los noventa: el caso del libro*. Tesis para optar al grado de Magíster en Sociología de la Modernización. Universidad de Chile.
- Mauger Gérard, Poliak Claude. (1998). “Les usages sociaux de la lecture”. En: *Actes de la recherche en sciences sociales*. Vol. 123, junio. pp. 3-24.
- Mignolo, Walter. (1992). “La colonización del lenguaje y de la memoria: complicidades de la letra, el libro y la historia”. En: Iris Zavala (coord.). *Discursos sobre la ‘invención’ de América*. Amsterdam-Atlanta: Rodopi.
- Ministerio de Educación (MINEDUC) y Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). (2010). Resumen de resultados PISA 2009. s/d.
- Peronard, Marianne. (2007). “Lectura en papel y en pantalla de computador”. [Versión electrónica] *Revista signos*, vol.40, n.63 [citado 2010-05-18], pp. 179-195.
- Peroni, Michel. (2004). *La lectura como práctica social. Los equívocos de una evidencia*. Conferencia magistral pronunciada en el II Encuentro de Promotores de la Lectura, celebrado en el marco de la XVIII Feria Internacional del Libro de Guadalajara. México, 2004.
- Petit, Michèle. (2001). *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. México: Fondo de Cultura Económica.
- PNUD. (2002). *Informe sobre Desarrollo Humano en Chile. Nosotros los chilenos: un desafío cultural*. Santiago de Chile: PNUD.
- Salas Lamadrid, Consuelo (2010) El rol del Estado en el fomento del libro y la lectura: estudio de la situación en Chile. *Serie Bibliotecología y Gestión de Información* n° 58, Junio. Santiago: UTEM.
- Shklovsky, Viktor. (1998). *Theory of prose*. Illinois: Dalkey archive press.
- Schücking, Levin. (1960). *El gusto literario*. México D.F: FCE.
- Singly, François de. (1989). *Lire à 12 ans. Une enquête sur les lectures des adolescents, Observatoire France Loisirs de la lecture*. París: Nathan.
- Subercaseaux, Bernardo. (2010). *Historia del libro en Chile. Desde la Colonia hasta el Bicentenario*. Santiago de Chile: LOM.
- Tampubolon, G. (2010). “Social stratification and cultures hierarchy among the omnivores: Evidence from the Arts Council England surveys”. *The Sociological Review*, vol. 58, n°1. pp. 1–25
- Torche, Florencia. (2007). “Social status and cultural consumption: The case of reading in Chile”. *Poetics*, vol. 35, n° 2–3 (junio): pp. 70–92.
- UNDP. (2011). *Human Development Report. Sustainability and Equity: A better Future for all*. Nueva York: UNDP.
- Van Eijck, K; y Van Rees, K. (2000). “Media orientation and media use: television viewing behavior of specific reader types from 1975 to 1995”. *Communication Research*, vol. 27. pp. 574–616.
- Van Rees, K; Vermunt, J; y Verboord, M. (1999). “Cultural classifications under discussion: latent class analysis of highbrow and lowbrow reading”. *Poetics*, vol. 26. pp. 349–365.
- Verboord, M. y Van Rees, K. (2003). “Do changes in socialization lead to decline in reading level? How parents, literary education, and popular culture affect the level of books read”. *Poetics* n° 31. pp. 283–300.

- Wendy Griswold, Terry McDonnell, y Nathan Wright. 2005. "Reading and the Reading Class in the Twenty-First Century", *Annual Review of Sociology* 31 (Agosto). pp. 127-141
- Zavisca, Jane. (2005). "The Status of Cultural Omnivorism: A Case Study of Reading in Russia", *Social Forces* vol. 84, n.º. 2 (Diciembre 1,). pp. 1233-1255.
- Zumthor, Paul. (1990) *La letra y la voz. De la "literatura" medieval*. Madrid: Cátedra.